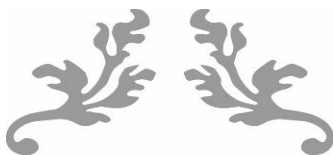


A L B A D U R O

HECHAS POLVO

COLECCIÓN DE TRES NOVELAS ERÓTICAS
CON BDSM Y MUJERES DOMINADAS



HECHAS POLVO

*Colección de Tres Novelas Eróticas con BDSM y
Mujeres Dominadas*



Por **Alba Duro**

© Alba Duro, 2019.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Alba Duro.

Primera Edición.

Dedicado a Mar y a Sara

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> [**Haz click aquí**](#) <--

La Bestia Cazada

Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero



~~2,99€~~

Gratis

--> [**www.extasiseditorial.com/amazon**](http://www.extasiseditorial.com/amazon) <--

*para suscribirte a mi boletín informativo
y conseguir libros el día de su lanzamiento
GRATIS*

Índice

Zorra Cazada — *Venganza, Sexo y Amor con la Cazafortunas*

Secuestrando a Ana — *Romance Oscuro y BDSM con la Mafia Rusa*

Sacudida por el Dominante — *Sexo y Amor con el Padre Soltero*

Bonus — *Preview de “La Mujer Trofeo”*

Z*rra Cazada

Venganza, Sexo y Amor con la Cazafortunas

I

El pronóstico del tiempo había anunciado que el día sería soleado y con el cielo despejado. Sin embargo, los 14° grados que estaba haciendo más el gris de siempre, despejó cualquier entusiasmo de un poco de calor.

Alejandro, quien iba a su trabajo, ya estaba de mal humor porque el frío se le metía en los huesos a pesar de las capas de ropa. Por si fuera poco, el coche no encendió. La batería murió sin que se diera cuenta.

-Maldita sea.

Respiró profundo y sacó su cajetilla de cigarros. Llegaría tarde al trabajo pero al menos se tomaría un momento para fumar y tratar de relajarse un poco.

Cada vez más era posible sentirse aturdido por el ruido de las cornetas. Era la clara señal de que era hora de tomar el autobús y tratar de no quedar atrapado en él. Alejandro, entonces, tomó sus cosas y miró de reojo a su viejo Corvette.

-Mierda.

Salió dando pasos rápidos hasta la parada de autobús. Un viento frío, más la línea de personas esperando, lo recibieron. Su entrecejo se hundía más.

En ese momento sonó su teléfono. Se trataba de su hermano Rodrigo.

-Hey, tío. ¿Dónde andas?

-Estoy liado en la parada de autobús. El coche no encendió y voy un poco tarde.

Justo en ese momento, aparcó junto a él un modelo nuevo de Alfa Romeo. Bajaron el vidrio y, para sorpresa de Alejandro, se trataba de Rodrigo.

-Venga, yo te llevo al trabajo.

Alejandro, mentalmente, agradeció haber tenido la oportunidad de salvarse del frío y la desesperación de los que van tarde.

-Justo pasaba por aquí y quise preguntar si estaba todo bien.

-Venga, Rodrigo, no eres buen samaritano de la nada.

Ambos se querían mucho. De hecho, sólo se llevaban un par de años de diferencia. Rodrigo era un típico hombre de negocios y Alejandro un exitoso arquitecto con amor por las cosas viejas o, como él diría, por lo clásico.

Al verlos, nadie se daría cuenta que son hermanos. Rodrigo, el mayor, era blanco, rubio y de ojos verdes, mientras que Alejandro era casi todo lo opuesto: moreno, ojos cafés y de cabello negro tupido. Aun así, tenían un par de similitudes, compartían la altura y aquella sonrisa torcida pero amable que heredaron de su madre.

-¿Acaso es sospechoso que me encuentre con mi hermano y lo lleve a su oficina?

-Sí, lo es. ¿Qué ha pasado?

Rodrigo se quedó callado y miró de repente hacia al frente.

-¿Estás bien? –Insistió Alejandro.

Luego de un rato, Rodrigo pensó que ya era hora de dejarse de tonterías.

-He conocido a alguien, Ale. No te puedo dar más detalles salvo que me tiene encantado.

-... Aquí vamos otra vez. ¿Qué modelo es?

-No es ninguna modelo. Ella... Ella es diferente.

-Todas han sido diferentes, Rodrigo... Dobla aquí, a la derecha.

-Quiero que la conozcas. De verdad sé que te gustará.

Alejandro no dijo palabra hasta que el coche se había parado frente a las puertas de un hermoso edificio recubierto de vidrio y metal.

-¡Ale!, ¿a qué hora sales?

-A la misma de siempre.

-Estupendo, te paso buscando y comemos algo. ¿Vale?

Alejandro sabía que eso significaba una sola cosa. Hablarían de ese tema hasta el cansancio y, a pesar que la idea no era nada seductora, pensó que quizás evitaría el tráfico infernal de vuelta a casa.

-Vale. Avísame.

Cerró la puerta y dejó a su hermano allí, con la expresión de bobo enamorado.

Toda la conversación, le recordó a Alejandro todas aquellas parejas de mujeres bellas y vacías que tanto amaba Rodrigo. Sus aventuras comenzaron cuando este era un adolescente y su atracción hacia las chicas era innegable. Desde ese momento, Rodrigo se convirtió en todo un seductor.

La fama lo acompañó, incluso más, cuando se encargó de crear su propio negocio. El éxito vino aderezado también con más mujeres atractivas, coches de lujo y cenas caras.

El rostro de Rodrigo aparecía en casi todas las portadas de moda. No lo incomodaba, al contrario, gracias a la cantidad de sesiones fotográficas, ya había logrado la facilidad de modelar y hacer poses como un todo profesional.

Lo más curioso de todo es que Rodrigo, a pesar de su imagen de hombre de negocios, internamente era llevado por la pasión. En la oficina, era metódico y frío, pero fuera de ella, su temperamento era intenso y fogoso... Lo cual también le valía noticias de prensa rosa y rumores de todo tipo.

Por otro lado, Alejandro era el extremo opuesto. Tanto física como emocionalmente. Desde niño había centrado su atención a la construcción y el arte, por lo que la Arquitectura era una elección natural.

Su atractivo era equiparable al de su hermano pero él prefería tener relaciones menos efímeras. Esto, por cierto, le ganó la fama de hombre imposible de conquistar.

Trataba de mantenerse lejos de la fama construida por su hermano porque sólo deseaba tener una vida tranquila y apacible. Todo aquel alboroto le resultaba perturbador e innecesario. Pero claro, todo era cuestión de gustos.

La conversación que habían tenido quedó en su mente por largo rato. Le pedían que firmara planos, que revisara proyectos y que preparara una presentación. Lo hacía casi en modo automático, tenía el presentimiento que

se avecinaba algo que cambiaría sus vidas para siempre.

-Entonces mañana revisamos esto mejor, ¿vale?

La mesa de trabajo quedó vacía luego que todos se fueran. Alejandro se quitó lo lentes y se masajeó un poco la sien. Ya comenzaba a sentir el cansancio y el hambre cuando escuchó su móvil.

-Estoy cerca. Espérame abajo.

Rodrigo cumplió su promesa, así que aquello de lo que quería hablar era un asunto serio. Más que serio.

Tomó el impulso y guardó sus carpetas, lápices y libretas en un bolso ancho de cuero que le había regalado su hermana mayor. Tenía una elegante “A” de relieve que era imperceptible a la vista. Apagó las luces de su oficina y salió al encuentro con su hermano.

Una pequeña estela de humo salía de la boca de Rodrigo.

-Disculpa la tardanza, estaba terminando una reunión.

-Vale, ¿tienes hambre? Hay un sitio de hamburguesas por aquí cerca.

-Perfecto.

Se subieron al coche y comenzaron a hablar sobre los últimos resultados del juego de fútbol y de que la cerveza negra era simplemente superior.

-Estos tíos hacen las hamburguesas a la parrilla. Es impresionante.

-No recordaba que sueles escoger lugares pijos para hacer entender a la gente que tienes buenos gustos.

-No seas tan duro conmigo, eh. Me lo recomendaron y quiero probar a ver si la gente tiene razón o no.

Alejandro rió incrédulo.

-... Aun así quiero que tengamos tiempo para hablar sobre lo que te mencioné en la mañana.

Aparcaron cerca de un local concurrido e hicieron fila para pedir y retirar sus hamburguesas. Al cabo de unos minutos, los dos estaban sentados en una mesa un tanto alejados de la multitud típica de un viernes en la noche.

Chorreantes y con queso derretido, las hamburguesas lucían apetecibles y

más con el cesto de patatas fritas y las cervezas con las que las acompañaban. Alejandro no pensaba nada más que en comer pero no era lo mismo con Rodrigo. Más bien estaba buscando las mejores palabras para comenzar una conversación que sabía que sería difícil.

-Tengo que hablarte de ella...

Alejandro acababa de dar una gran mordida a su hamburguesa y tenía la boca llena de grasa y queso. Su mirada de obstinación habrá sido suficiente para hacer que su hermano continuara con la conversación.

-Bien... Se llama Vanessa y, como te he dicho, es muy diferente de las demás. La conocí en una fiesta de la compañía. Y te digo, entró al salón como una diosa. Tenía un vestido rojo, ajustado y que hacía ver sus curvas como una de las cosas más hermosas que jamás verás... El pelo, Ale, el pelo es negro, largo, abundante. Es exótica como nadie.

Alejandro asentía sin prestar mucha atención. Un sorbo de cerveza fría, hizo que formulara una pregunta como para dar a entender a su hermano que continuase.

-¿Qué pasó entonces?

-Todo pasó. Ella pareció abrirse paso y todos la miraban, como si estuvieran hipnotizados. Te juro que estaba en medio del salón, observándola hasta que ella se acercó a mí con una gran sonrisa. Me sentí el tío más afortunado del mundo.

Rodrigo hizo un largo suspiro y miró hacia un lado como si estuviera reviviendo aquellos recuerdos. Alejandro estaba impresionado, no había visto así a su hermano desde hacía mucho tiempo y no sabía si se trataba de una broma.

-Hablamos durante toda la noche. Bailamos, bebimos y comimos. Los demás sobraban, mi universo era ella, enteramente por y para ella. Entonces llegó el punto en el que debía irme así que le pedí su número. Lo anotó en un papel con tanta gracia que estuve a punto de arrepentirme por mi decisión. Fui a casa, me acosté en la cama y no pude sacármela de la cabeza, así que tomé el móvil y comencé a escribirle...

-Eso es más rápido que tus propios estándares, ¿no?

-Vamos, que aún no he terminado.

-Vale.

-Me trasnoché. No hacía eso desde la universidad así que fui a la oficina como un tío treintón mal descansado. Fui el chiste del día. La cuestión es que, al final, hablamos todo el rato y hasta nos encontramos para hablar. Te juro, Alejandro, qué espectáculo de mujer. Mientras la esperaba para almorzar, la vi llegar y ese caminar me tenía loco. Sí, loco. Nos saludamos y bueno, pensé que el encanto se iría pero no, seguía allí, intacto.

-Vaya... Conoces a una tía y en dos días estás así de encantado.

-Es que vieras cómo es lo entenderías. No sé qué me hizo, quizás me embrujó, no lo sé. No lo entiendo y tampoco quiero hacerlo. Mi corazón dice que siga hacia adelante.

En ese punto, Alejandro estaba preocupado, no sabía qué aconsejar. Los ojos de su hermano parecían perdidos ante ese panorama exótico.

-A ver, creo que deberías estar un poco precavido al respecto. No la conoces bien y ya hablas como si fuera el amor de tu vida. Perdóname pero creo que no eres así.

-Sé qué quieres decir, de verdad. Pero lo que estoy sintiendo hace que quiera ir más y más lejos. Vanessa me hace querer arriesgar todo... Todo.

-¡Hey! –Dijo Alejandro con un poco de voz alta- Tienes que pensar un poco con cabeza fría, hombre. Un tío como tú debería saberlo, eh.

Rodrigo, por un instante, lamentó haberle contado a su hermano. Por un lado, necesitaba compartir lo que sabía pero también quería escuchar la opinión de alguien que sabía que no le mentiría. La dureza de la mirada de su hermano menor le recordaba que tenía que tener un poco de sensatez.

-Vale, vale. De todas maneras tengo pensado presentarla a la familia en la cena del fin de semana. ¿Qué te parece?

-¿La verdad?

-Sí.

-Un poco apresurado pero sé que cualquier cosa que te diga la desestimarás. Dejando eso de lado, creo que será una buena oportunidad para conocer un poco a esta dama misteriosa.

-¿Estarás allí?

-Claro que sí.

Quedaron en silencio hasta que el móvil de Rodrigo comenzó a sonar. Él lo tomó con indiferencia hasta que se dio cuenta que se trataba de Vanessa. Alejandro miró la pantalla y frunció el entrecejo con ese toque malhumorado propia de su personalidad.

-Debo irme. Ven, déjame llevarte a casa.

-¿Estás seguro? Si estás ocupado, puedo tomar el autobús.

-No seas tonto, Alejo, te dejo y ya.

Limpiaron la mesa y fueron hacia el coche. Rodrigo estaba notablemente entusiasmado porque el motivo para terminar la velada. La excusa perfecta.

Luego de arrancar, los dos permanecieron en silencio. Rodrigo pensaba en Vanessa mientras que Alejandro aún tenía su cabeza concentrada en tratar de ayudar a su hermano tanto como pudiera. El camino se volvió corto, inusualmente corto.

-Bueno, tío, espero que puedas andar con el coche luego. Avísame si quieres que te ayude con eso.

-Seguro. Gracias por la cena y por todo, en realidad.

-Espero verte el sábado, Ale. De verdad.

-Ya te he dicho que sí.

Se estrecharon las manos y el Rodrigo se alejó lentamente hacia la oscuridad.

El poste de luz iluminaba el rostro preocupado de Alejandro. Nuevamente, esa sensación de duda le carcomía la mente.

II

Un par de llamadas después, un mecánico aparcó frente a la reja del edificio en donde vivía Alejandro. Había una nueva empresa de mecánicos cuyo servicio principal, era el envío de baterías y repuestos pequeños a los clientes que estaban en aprietos.

-Listo tío. La batería que te instalé tiene más potencia y te durará más porque ahora estas cosas las hacen con eco-boberías y supuestamente son mejores para el ahorro de energía del coche.

-Vaya, me entero de esto.

El mecánico quiso hacerle más comentarios pero no pudo debido a la transacción y que el cliente ya tenía prisa. Minutos después y luego de escuchar el chirrido de las ruedas de la moto que se alejaba, Alejandro encendía la máquina para prepararse e ir al trabajo.

-Al fin, joder.

Salió con el humor un poco mejorado hasta que se encontró que la avenida principal estaba repleta. Un choque estaba frente a él y la esperanza de que saldría de ahí prontamente, se disipó de su cabeza. Acostumbrado a este tipo de situaciones, encendió su iPod y lo conectó al coche. Cowboys From Hell parecía el soundtrack adecuado para el momento.

Sus dedos tamborileaban el volante hasta que escuchó el móvil. Era una llamada de Rodrigo.

-¿Aló?

-Hey, tío. ¿Te llevo al trabajo?

-Hola. No, ya pude resolver el tema de la batería pero ahora estoy en medio de este jodido tráfico. ¿Cómo estás?

-Pues, ese es el motivo de mi llamada, compartir cómo me siento.

-Eso se escuchó un poco extraño.

-A ver, estoy contento porque Vanessa accedió a ir conmigo a la reunión familiar del sábado. ¿No es genial?

-¿Ah sí? Vaya, qué noticia.

El sarcasmo de Alejandro era algo que él no reparaba en disimular.

-Venga, tío. No seas gilipollas. Deberías apoyarme.

-Lo hago, lo hago. ¿Le has avisado a mamá?

-Aún no. Quiero que sea una sorpresa.

-Vale, entonces nos veremos el sábado.

-Estoy emocionado, tío. Las cosas van muy bien, mejor que bien.

-Rodrigo, recuerda lo que hablamos el otro día. No te apures y trata de pensar con cabeza fría, hombre.

-Esto hago pero, te advierto, te darás cuenta de lo que hablo cuando la conozcas. Allí me darás toda la razón.

Alejandro colgó con gesto cansado y volvió a tamborilear los dedos al ritmo de Pantera.

Como por un milagro, 30 minutos después, ya se encontraba en la oficina revisando el papeleo de siempre. A pesar de su concentración, se percató que había recibido un email. Al abrirlo vio la fotografía de una de las mujeres más hermosas que había visto. Junto a ella, estaba su hermano.

“Quise enviarte una foto de Vanessa para que la vieras. Es preciosa, ¿cierto? Ve familiarizándote con ella. ;)”.

Rodrigo tenía esa costumbre. Le encantaba mostrar a sus mujeres para que otros le admirasen. Obviando el hecho del gesto necio, Alejandro no pudo evitar sentirse atraído ante la sonrisa y el aspecto exótico de Vanessa. Rodrigo tenía razón, era hermosa y quizás más que eso.

Debido a ello, un pensamiento agudo le atravesó la mente. La indiscutible exuberancia de Vanessa podría ser un arma de doble filo... Y más con eso de “familiarízate con ella”, ¿qué querría decir con eso?

-Este tío seguro se viene con algo... Joder.

Decidió olvidar el pensamiento y volvió a dedicarse a la pila importante de deberes que tenía en frente. No había tiempo que perder imaginando situaciones complicadas e incómodas.

Los días transcurrieron y ya era sábado. Alejandro despertó en su cama cansado gracias a los trasnocheos acumulados. La luz del día le calentaba la

mano y la intensidad de la misma parecía una señal de que debía levantarse y prepararse.

De mala gana se sentó al borde la cama, se colocó los lentes y tomó el móvil como solía hacer todos los días al despertar.

“Hijo, ¿vendrás a comer?”.

“Alejo, por favor, lleva un poco de cerveza que nos hemos quedado cortos.

Su madre y su padre, respectivamente. Se frotó los ojos y, antes de tomar impulso para ir a tomar una ducha, se percató de otro mensaje sin leer.

“Tío, estoy que flipo. Espero que no faltes. Cuento contigo”.

Rodrigo valiéndose de un cómplice para cuando lance la bomba que él sabía que estaba preparando. Respiró profundo y se levantó.

Estaba desnudo, algo que agradecía del vivir solo. El baño estaba a unos cuantos pasos de su cama así que era cuestión de entrar y salir. Se vio en el espejo y notó que la barba de tres días ya estaba saliéndose de control. Palpó las mejillas y se miró un rato más.

-Pareces un perro viejo.

Pero la verdad no era sí. Alejandro, a pesar de no lucir excesiva vanidad, le preocupaba el tema de las canas. No por cuestiones estéticas sino porque le eran recordatorios de que se estaba volviendo viejo y la idea le resultaba preocupante.

Abrió la llave de agua caliente y fría al mismo tiempo y un chorro placentero le entibió el cuerpo. Comenzó a sentirse relajado y casi deseó quedarse allí por más tiempo... Pero no podía.

Salió de la ducha y preparó un poco de crema para rasurarse. La piel estaba lista y procedió a pasarse la hojilla con cuidado. Aunque tenía ciertas reservas con los vellos blancuzcos, Alejandro podía jactarse de un físico cuidado y de un rostro atractivo. Sus grandes ojos eran un rasgo llamativo, al igual que su cabello negro. Procuraba comer bien y hacer ejercicio si el trabajo se lo permitía.

Al terminar, sonrió satisfecho del resultado final y procedió a buscar la ropa para el gran día en el que conocería a la famosa Vanessa... Vanessa, sabía que ese nombre le traería problemas.

Un par de jeans, una camisa de cuadros rojos y negros, más unas zapatillas deportivas, fue la ropa que le pareció adecuada para la reunión. Además, quería sentirse lo más cómodo posible. Lo siguiente en la lista serían un par de cajas de cerveza.

El camino hacia la casa de los padres de Alejandro y Rodrigo estaba poblado de árboles altos y de montañas. Lucía tan diferente de la ciudad que era fácil sentirse en otro lugar. Portishead era el sonido del fin de semana. Silbaba con entusiasmo a pesar que albergaba cierto recelo con lo que estaba a punto de suceder.

Los neumáticos y el roce con las pequeñas piedras de la entrada de la casa, anunciaban que faltaba muy poco para que Alejandro se encontrara con sus padres.

Aparcó frente a la entrada y bajó del coche. Abrió la puerta del asiento trasero y sacó dos paquetes de cerveza como le había pedido su padre. Seguía silbando cuando tocó la puerta y escuchó los ladridos del perro. Sonrió y esperó.

-¡Alejo!

Su madre, en cuanto lo vio, le dio un fuerte abrazo.

-Hijo... Pensé que no vendrías. Ah, mírate qué delgado estás. Deberías comer más.

Alejandro rió.

-Mamá, pero qué exagerada. Además, me hago más viejo y debo cuidarme más, ¿no ves?

-Cuidarte no es matarte de hambre, eh.

-Venga, ayúdame con esto.

El olor del asado mezclado con la tarta de chocolate y pacanas que su madre solía hacer, fue lo primero que percibió Alejandro al entrar. Los olores de su infancia le hacían revivir sus recuerdos más entrañables de la época. Se sentía feliz.

-Alejo, querido. –Dijo su padre al término de pelear frente a la televisión.

-Traje lo que me pediste y unos bocadillos. ¿Ya estás liándote con el juego?

-Ja, ja, ja, ja. Ya sabes cómo soy, ¿no? Sí. Estos inútiles no saben ni siquiera

en dónde está el balón.

-Ya veo el partido contigo, déjame dejar esto.

Fue a la cocina y se topó con una gran fuente de maíz hervido y otra con puré de patatas.

-Má, esto huele increíble.

-Tardé un montó en cocinar. Tu hermano me dijo que vendría alguien más y he querido lucirme un poco... Y eso que no has visto todavía lo que tengo en el horno.

Lo abrió con orgullo y miró a su hijo. Alejandro estaba ansioso por sentarse y alimentarse con la deliciosa comida que preparaba su madre.

-A ver, cuéntame, ¿quién vendrá?, ¿otra conquista de Rodrigo?

-Es posible. No puedo adelantar mucho porque no le quiero quitar la sorpresa.

-Entonces sí. ¿Modelo?, ¿actriz?

-No sé, no tengo idea.

Alejandro miró el reloj de la cocina y suspiró.

-Bien, supongo que dentro de poco lo sabrás.

Hablaron por un largo rato hasta que volvió a sonar el timbre.

-Que comience el show-Afirmó Alejandro para sí mismo.

Su padre se había levantado ofuscado por el resultado del partido y aprovechó la excusa para alejarse del televisor.

-Vale, vale...

Abrió la puerta y encontró a un sonriente Rodrigo acompañado de una mujer que le resultó bella pero a la vez misteriosa.

-¡Hola, papá! He traído visitas... Vanessa, conoce a mi padre.

-Bienvenidos, adelante, por favor.

Vanessa cruzó el umbral y desplegó una gran sonrisa. El padre de Rodrigo, acostumbrado a las mujeres y a los romances de su hijo, saludó a la mujer con la mayor naturalidad del mundo.

-Mucho gusto, Vanessa. Por favor, pasa, la sala está por allá.

El ruido de las voces de la entrada habían advertido a Alejandro. Permanecía sentado, jugando con el perro con el mismo desinterés de siempre. Veía la pantalla cuando sintió la presencia más cercana del grupo.

-... El gusto es mío. Gracias por recibirme.

-Venga, querida. Siéntate que pronto la comida estará lista.

Rodrigo llegó a la estancia y le hizo un gesto a Alejandro para que se levantara a saludar. Este, para variar, frunció el cejo pero la expresión le cambió luego de ver a Vanessa. El primer pensamiento que le cruzó la mente fue que la fotografía no le hacía ni un mínimo de justicia.

Vanessa resultaba más bella de lo esperado. A pesar de su baja estatura, su abundante cabello rizado negro, la hacía lucir un poco más alta. Ojos oscuros, piel morena que parecía brillar, cintura pequeña y unas curvas que volvería loco a cualquiera. Por si fuera poco, tenía la sonrisa más dulce que jamás había visto.

-¡Hola!, debes ser Alejandro. Rodri habla mucho de ti.

Se espabiló del ensimismamiento y respondió.

-¿Rodri ha hablado mucho de mí? Vaya, me encantaría saber qué te ha contado de mí.

Su hermano notó el sarcasmo pero Vanessa lo manejó de la mejor manera posible. Una ligera carcajada que alivió internamente a Rodrigo y sorprendió a Alejandro.

El silencio incómodo se vio interrumpido por el llamado de la madre a almorzar. Aquí vendría la verdadera prueba fuego.

Tras unas presentaciones rápidas y saludos, todos se sentaron en la mesa. El perro dormía al sonido de los tenedores. Un poco de puré, maíz con manteca, una pierna de pollo jugosa y un poco de vino. Todo se veía copioso.

-Mmm... Esto está... Mmm, delicioso. Sin palabras.

-Gracias, querida. Me alegra que te haya gustado.

Alejandro, desde el otro extremo de la mesa, observaba silenciosamente. Contaba a su favor que, como buen introvertido, había aprendido las artes de prestar atención a todo y a todos. Por un lado, su hermano Rodrigo sostenía la

mano de su novia, sus padres reían ante las anécdotas de ella y él, pues, miraba tratando de estudiar todo.

-Rodrigo es un chico que siempre le gustó la ciudad. Cuando estudiaba en la universidad, pues, se escapaba e iba a fiestas. Parecía tener la energía de mil personas.

Vanessa sonreía, como si estuviera maravillada por las historias que escuchaba.

-Eso no me lo habías dicho, mi amor.

-Vane, mi madre es una exagerada, que te lo diga Alejandro.

De repente, las miradas fueron hacia él. Alejandro sintió cómo el corazón le latía con fuerza ya que odiaba quedar como el centro de atención. Entonces, tragó el trozo de pollo horneado y tomó un trago de cerveza. Se tomó el tiempo para responder.

-Creo que mi madre tiene razón. “Rodri” ha sido un chaval de ciudad desde que recuerdo pero también es alguien que disfruta de la tranquilidad de la naturaleza. Es una persona con gustos variados.

-Esta es quizás la respuesta más salomónica que escucharás de mi hermano. Gracias, Alejo.

Alejandro hizo un ademán de un brindis mientras devoraba un trozo de maíz.

-Déjenme decirles que los envidio un poco. Mi familia y yo no somos muy unidos y me encanta saber que hacen este tipo de reuniones.

-¿De dónde es tu familia, Vanessa?

Lanzó incisivamente Alejandro desde el otro lado de la mesa.

-Bien, somos del Caribe. Mi padre es de Trinidad y mi madre de Los Roques, una isla de Venezuela. Aunque crecimos en Belice. Luego de hacernos grandes, cada quien tomó caminos diferentes.

Una expresión de dolor se asomó sobre la superficie amable de Vanessa. Para Alejandro, fue lo único sincero que pudo obtener de ella.

Tras un incómodo silencio, Rodrigo completó.

-... Es por ello que deseo informarles algo muy importante.

Se levantó con una gran sonrisa y se arrodilló frente a Vanessa. Ella pareció

sorprendida y sus padres estaban conmovidos.

-Quiero ofrecerte la familia que mereces. El amor que mereces. La felicidad que mereces. Quiero que seas mi esposa.

Del bolsillo del pantalón de Oscar De La Renta, extrajo una pequeña caja aterciopelada de color azul. Al abrirla, se veía una piedra brillante traslucida.

-Rodrigo... Yo... ¡Acepto!

Él le colocó el anillo y ella saltó de la silla para tomarlo en brazos y darle un beso. Todos parecían impresionados y, Alejandro, lamentó saber que su presentimiento se había cumplido.

La hora del almuerzo terminó entre pequeñas lágrimas y café. Todos seguían en la mesa, hablando y riendo. Al final, Alejandro decidió que lo mejor que podía hacer era hablar a solas con su hermano para desearle suerte.

-Debo irme. Mañana tengo una reunión muy importante y debo prepararme. Espero verlos pronto y a ti también.

Alejandro miró fijamente a Rodrigo como una señal para que se acercara para hablar con él.

Vanessa se quedó en el marco de la puerta junto a los padres de Rodrigo y su hermano, despidiéndose con una amplia sonrisa. La imagen quedaría grabada en la mente de Alejandro por mucho tiempo.

-Tío, espero que todo esto tenga sentido.

-Lo tiene, de verdad que sí. ¿Tienes dudas?

-Me conoces bien.

-Alejo... Debes confiar en mí... En Vanessa.

-Si no confío en ti, menos en ella, Rodri.

-No seas mamón, eh.

-Vale. Me voy. Le das un beso a mi madre de mi parte.

El sonido de las piedrecillas sobre los neumáticos marcó el final de una reunión cuyo desenlace era más que obvio.

De regreso a casa, Alejandro se dejó caer en el sofá para pensar un poco sobre lo que había pasado. La propuesta de matrimonio era algo que había

previsto, por lo cual eso no lo tomó por sorpresa... A diferencia de Vanessa. Su imagen había quedado clavada en sus neuronas con tanto ahínco que se sorprendía. Recordaba sus curvas, la sonrisa y el cabello que parecía moverse a un ritmo sensual e hipnótico. Si ese era el efecto que tenía sobre él, no quería saber cómo era con su hermano.

III

-Sí, sí. Ya sé que hay que aprobar el proyecto pero los planos están mal. ¿Qué queréis? ¿Una catástrofe?

Un día cualquiera en la vida de Alejandro incluía, al menos, una llamada que lo hacía enojar. Miraba al techo, tamborileaba alguno de sus dedos o mordía un lápiz para calmar el malestar. Siempre había algo nuevo.

Colgó y volvió a concentrarse en la corrección que debía hacer pero de nuevo el móvil le interrumpía. Ignoró la llamada y continuó en lo suyo hasta que notó que eran mensajes de su hermano.

Habían pasado un par de semanas desde la propuesta de matrimonio y aquella insistencia le había inquietado. Respiró profundo, como siempre, y marcó para saber de qué se trataba toda la situación.

-Debemos hablar, creo que algo no está bien.

-Vale, ¿qué tal en el almuerzo?

-¿Puede ser un poco más tarde? Tengo un compromiso.

-Bien, avísame entonces.

El entusiasmo de Rodrigo se había disipado por completo. Ya no se escuchaba alegre sino más taciturno. No quería sacar conclusiones precipitadas pero de nuevo, esa sensación de que tenía la razón le estaba molestando. Como si fuera algo que no pudiera evitar.

Unas horas después, estaba saliendo de la oficina para reunirse con su hermano. La calle estaba atestada, el tráfico más insoportable que nunca y, para colmo, el frío parecía que no daba tregua. Esto, no obstante, no distrajo a Alejandro quien tenía su mente concentrada en Rodrigo.

Al llegar, vio un hombre sentado con lentes de sol y con una postura casi doblada. Le pareció particular hasta que se dio cuenta que se trataba de su hermano.

-¿Rodrigo?

Él alzó la mirada y dio una media sonrisa que apenas era perceptible.

-Pero, ¿qué ha pasado? Entremos que debe estar más agradable que aquí.

Como era de esperarse, el ambiente cálido del restaurante hizo que Alejandro hiciera un gesto de alivio pero Rodrigo parecía imperturbable ya que en realidad le daba igual.

Encontraron una mesa un poco alejada del bullicio y se sentaron. Una camarera les llevó los menús y Alejandro esperó para ver reaccionar a su hermano. Cuando iba a dirigirle la palabra, se percató de la palidez de su tez.

-¿Qué ha pasado? –Preguntó con un tono entre preocupado y enojado.

Su hermano hizo un largo suspiro y pareció tomar fuerzas.

-Vanessa...

-Joder.

-¡Chicos!, aquí está su orden.

Un par de platos humeantes y gaseosas aterrizaron en la mesa. A pesar del apetito de Alejandro, aún este permanecía en la expectativa por la respuesta. Luego de que la mesera se retirara, un silencio incómodo se hizo sentir.

Rodrigo se quitó los lentes y dejó ver que tenía los ojos hinchados y rojos.

-Hemos tenido unas peleas horribles. No sé qué le pasa.

-¿Desde cuándo

-Unos días después de que nos comprometimos en casa de mis padres. Ha estado actuando extraña y hemos tenido... Oh Dios.

-Cálmate y come algo. Estás demacrado y necesitas energías. Venga.

Obligado, Rodrigo tomó un par de bocados de aquella comida caliente. Alejandro hizo lo mismo pero también para decirse a sí mismo que debía hacerlo o la ira iba a tomar control de él.

A pesar del ruido, de las conversaciones y del sonido de los vasos y platos, los dos permanecían callados. Como si tuvieran tomando impulso de decir algo acorde a ese momento.

Rodrigo tomó un par de bocados más bajo la mirada inquisitiva de su hermano menor. Los esfuerzos por abrir la boca y tragar un poco más de comida, era casi tortuoso para él. Su mente y corazón estaban en otro lado.

-A ver...

Las lágrimas se asomaron por las cuencas de sus ojos y no las pudo contener. Extrajo un pañuelo del bolsillo interno de su chaqueta y respiró profundo.

-No lo sé. Hemos peleado por tonterías, hombre. Creo que no se altera es cuando me pide dinero para comprar o cuando la complazco en un capricho. He gastado unos cinco mil dólares en zapatos, bolsos y ropa.

-Nunca has sido un derrochador en particular...

-Lo sé. Sé que es estúpido pero son los únicos momentos en donde podemos estar en paz al menos por unos minutos. ¿Sabes cómo se pone? Alegre, encantadora, tal como la viste en el almuerzo en casa de mi mamá. Bella, Alejo, bella pero eso sólo dura un rato... Es horrible.

-Qué pesadilla, tío...

-Ni qué lo digas. No sé qué hacer.

-¿Por qué no terminas con ella?

La respuesta de Alejandro indignó tanto a Rodrigo que dio un resoplido de desaprobación.

-¿Qué te sucede? ¿En algún momento te dije que la quería dejar?

Regresó la expresión de fastidio y hastío de Alejandro. Cruzó los brazos y se echó para atrás.

-Eso es lo más sensato que harías por ti y por tu salud mental. Mírate... Sí, así andas por la calle. Dando lástima como un niño que fue castigado. ¿Cuándo vas a tomar el control de la situación?

-Alejandro, estoy tratando de hacerlo pero esa solución no es posible.

-¿Por qué?

-La amo.

-Rodrigo, ¿pero cómo vas a amar a alguien en menos de una semana? ¿Te has vuelto loco?

-Sí, por ella. Haría todo por ella. Debe haber una manera de convencerla...

-¡Basta! –Alejandro golpeó la mesa con tal fuerza que hizo vibrar los vasos que estaban allí- Te ves ridículo así y tienes que tener la claridad suficiente de la situación. Es obvio que esta tía sólo te quiere por tu dinero pero nada, te armó la trampa perfecta para que cayeras sin que te dieras cuenta. Lo supe

desde que me hablaste de ella y lo confirmé en el almuerzo.

-Estás exagerando...

-Vale, eso es todo lo que diré al respecto. Mejor me voy, tengo una reunión y debo darme prisa. Ah, termina de comer y no te preocupes por la cuenta, yo pago.

Se levantó con energía, fue hacia la barra y dejó un par de billetes. Se colocó el sobretodo y salió como un toro enfurecido. Sólo pensar en el tema le producía un gran malestar y quería alejarse de todo tanto como pudiera.

Afortunadamente respiró de alivio cuando vio una pila enorme de papeles sobre su escritorio. Tendría suficiente para distraerse un rato. La tarde, sin embargo, pasó volando y la visión se estaba volviendo nublada. Estaba cansado.

-Alejandro, mejor veamos ese asunto mañana. Tengo una cita.

-Vale.

-Ah, y anda a descansar. Todos estos días has llegado muy temprano y te has ido bastante tarde. Si sigues así, te vas a desgatar. Hazme caso.

El jefe de Alejandro era alguien bastante difícil de llevar pero era un hombre honesto que apreciaba el trabajo duro. Tenía la costumbre de ser exigente con todo su equipo y lo era aún más consigo mismo, así que esas palabras eran un mensaje bastante claro sobre la situación de Alejandro.

-Eh... Eh, bien, sí, ya me iba a casa.

-Hazlo. Nos vemos mañana. No tienes por qué llegar tan temprano. Tómate un par de horas.

Se sintió como un niño regañado y asintió lentamente. Finalmente solo, miró lo vacía de la oficina y lo brillante de las luces de la ciudad. Agradecía sentirse en paz al menos por un momento. Tomó, no obstante, el móvil que guardaba en su bolso y miró un par de llamadas perdidas por parte de su hermano y un mensaje que rezaba:

“Después que hablamos en el almuerzo, me encontré con Vanessa y parece que todo va a estar bien. Gracias por escucharme y por tu terquedad. Sé que quieres lo mejor para mí”.

Aunque quería creerle, aunque albergaba un poco de esperanza, sabía que eso

no sería así.

-Estás en el ojo del huracán.

Se dijo mientras seguía leyendo el mensaje. Miró entonces la hora y preparó todo para irse. Mientras guardaba papeles y libretas, pensó que no sería tan mala idea hacer un poco de investigación sobre Vanessa. ¿Qué podría salir mal?

Entonces se apresuró y cerró la oficina como solía hacerlo desde hacía unos días. Bajó al estacionamiento y arrancó el coche. Sentía una prisa indescriptible.

Después de haber sido increpado por la conserje por un rato que le pareció una eternidad, Alejandro por fin había llegado a su piso. Dejó el bolso en el sofá y fue a la cocina para prepararse una cena, la cual sería un envase de sopa instantánea y una cerveza. Si tenía suerte, podría acompañar el succulento menú con un algún trozo de pan viejo que encontrara por allí.

Dejó una tetera con agua hirviendo y fue corriendo hacia la habitación para tomar su Macbook Air que tenía sobre el escritorio. La encendió y la dejó sobre la mesa de la cocina, sólo esperando a por él y su tazón de plástico con sopa instantánea.

Se cambió de ropa y sólo se colocó un par de jeans viejos y bastante rasgados. Tomó la sopa y sorbió hasta que se quemó los labios. Un trago de cerveza después, ya se encontraba concentrado en la pantalla, buscando la información que ansiaba encontrar.

-A ver... Vanessa

La velocidad de sus dedos parecía no ir a la par con los resultados. La ansiedad le estaba ganando y ya había olvidado el calor de la sopa que casi le quemaba los labios.

Sólo encontró fotos de ella de su perfil en Instagram. En traje de baño, en restaurantes, mostrando los vestidos nuevos que siempre usaba o su cabello largo que tanto cuidaba. Además de eso, un par de imágenes sobre platillos de toda gastronomía posible y playas de aguas cristalinas. Vanessa parecía una travelblogger profesional.

Alejandro le causó gracias las frases filosóficas que acompañaban las fotografías más reveladoras pero, aun así, no había encontrado nada

interesante... Salvo por un detalle.

Se trataba de su mano derecha con un anillo hermoso y, por supuesto, lujoso. La siguiente foto, aparecía su rostro sonriente y, en el fondo, lo que parecía el novio de la temporada. Alejandro sintió la emoción similar a los detectives cuando encuentran al verdadero culpable.

Siguió indagando y sólo pudo obtener información superficial sobre su educación y su ciudad de origen. Vanessa se había graduado de Administración aunque nunca había ejercido, según lo que había encontrado en Internet.

-Lo único que sabe de Administración es el puto dinero.

Cerró con enfado la Mac y sintió que el estómago le gruñía. No sabía si era porque sentía más hambre o porque estaba molesto. De todas maneras, había tenido una especie de triunfo, había encontrado una prueba de que Vanessa se había comprometido antes y que seguramente se había aprovechado de un pobre hombre.

-Joder, qué tarde...

La mezcla de victoria y fracaso no lo detuvieron para que se quedara dormido en un segundo.

IV

Alejandro había olvidado todo ese afán y tomó el consejo de tu jefe. Iba un poco más tarde a la oficina, aunque seguía siendo el último en irse. Dormía más y mejor, y hasta estaba considerando la idea de establecer su propio negocio. Su cabeza era seducida por aquella idea.

Pese a la alegría que sentía, tenía un grave presentimiento. Rodrigo casi no le hablaba con frecuencia y, en términos generales, se volvió escueto con las respuestas. Decidió dejarlo en paz ya que sabía que en algún momento hablarían como adultos.

Cayó la noche y la hora de irse a casa. Alejandro quería llegar pronto a casa porque había dejado un poco de comida marroquí del día anterior y, como buen comensal, sólo pensaba en devorar la cena pendiente. Estaba concentrado en su apetito hasta que escuchó el timbre de la puerta.

Extrañado, pensó que se trataría de algún compañero de trabajo que olvidaría algo. Caminó y se encontró con el rostro compungido de su hermano. Algo había salido mal.

Después de una pequeña charla, decidieron ir al piso de Alejandro para hablar más cómodamente. Quizás la comida marroquí tendría que esperar.

-Todo se ha ido a la mierda. Todo.

-¿Por qué?

-Vanessa no quiere hablarme más después que le dije que no le daría más dinero. 100 mil dólares, Alejandro, 100 MIL DÓLARES en tonterías. Y creo que puede ser más. Esta es la cuenta que llevo mentalmente.

-¿Qué te duele más? ¿El dinero o ella?

Luego de un resoplido, Rodrigo permaneció callado un par de segundos.

-Ella... Hablo del dinero para sentirme más indignado pero no lo logro. Sin embargo me recuerda que tuviste razón en un principio. Me siento como imbécil.

-Vale, ten...

Le alcanzó una cerveza que no tardó mucho en beber casi toda.

-¿Ya he dicho que me siento como un idiota? Pues sí. Le he cortado el asunto del dinero y no me habla por más que le insista. Quiero verla y me evade y hasta me regresó el anillo. ¿Qué se supone que significa eso?

-Creo que eso está más claro que el agua, Rodrigo.

-¿Qué debería hacer?

-Pues, para serte sincero, no tengo idea. De verdad me gustaría ayudarte pero supongo que lo puedo hacer es escucharte y darte más cervezas.

Esa noche, sin embargo, sólo fue el comienzo. Los siguientes días se convirtieron en una completa desgracia debido a Vanessa. Ella había sacado lo peor de sí misma y había provocado que Rodrigo, uno de los solteros más cotizados de la ciudad, se volviera deprimido y ausente.

Alejandro estaba impresionado. Incluso sus padres, a quienes había evitado en lo posible el trago amargo, estaban preocupados por la salud de su hijo. Eso, por sí solo, representaba un duro golpe para él.

Trató de mantenerse enfocado, concentrado... Pero era imposible. Rodrigo lo llamaba sólo para conversar y su voz se escuchaba quebrada. Esa mujer le había hecho un daño impresionante.

El correr del tiempo también había hecho que su enojo se volviera desmedido, aunque trataba de canalizarlo de la mejor manera posible. Aun sí, los pensamientos de odio y la sed de venganza eran más fuertes que él.

Un día se encontraba en la oficina, mirando hacia la nada, hasta que se percató que tendría que tomar acciones. Esa situación no podía quedarse así como así. El calor de las emociones parecía abrasarlo y fue allí que tomó la decisión. Haría todo lo posible para desquitarse con Vanessa, costara lo que costara.

Ideó un plan, la seguiría primero y luego analizaría cada paso que diera. Sabría que le tomaría tiempo pero no tenía nada que perder, además, lo necesitaba para hacer todo lo que él quería hacerle. Al final, se reducía a provocarle un profundo dolor.

Comenzaría lo más pronto posible, así que realizó un horario para seguirla pero sin interrumpir sus responsabilidades usuales. Ahora Alejandro era una especie de monstruo.

El deseo de revancha se albergó en su alma y cuerpo. Cualquier vestigio de

racionalidad o calma, habían sido desechados.

Alejandro pasó los días siguientes inmerso en la misión que se había autoimpuesto. Religiosamente, después del trabajo, compraba un sándwich en la bodega de la esquina, una Coca-Cola y un paquete de dulces, conducía un par de minutos y luego aparcaba en un estacionamiento oscuro. En ese sitio estaba frente al conjunto residencial en donde vivía Vanessa.

Los días lo llevaron a memorizar todo relacionado a ese lugar. Los postes de luz averiados pero el aspecto de zona que se transformaba en un lugar más urbano y, por ende, moderno. La parada de autobús y su cartel sucio, los dueños de perros que paseaban a sus mascotas con desgano, los arbustos de la entrada perfectamente cortados, el color blanco sucio de las paredes que más bien daban la sensación de un gris.

Siempre escogía el mismo puesto, como si hubiera dejado en claro que le pertenecía. El papel de detective le estaba agradando. De hecho, había encontrado más información de Vanessa. Había escogido esa residencia porque gastaba grandes cantidades de dinero en ella misma. Tenía sentido, era su mejor producto y debía cuidarlo lo más posible.

Una vez él la vio llegar a casa. Parecía tranquila pero algo decepcionada.

-Seguro es porque no pudiste sacarle más dinero a mi hermano, cerda.

La insultaba en silencio aunque también tenía una extraña sensación que parecía tomar dominio de él... Algo muy parecido a la atracción.

Paralelamente, Rodrigo había perdido la energía y la alegría de vivir que eran tan características en él. Sus padres se preguntaban cómo alguien tan joven se había dejado vencer tan rápido pero sólo Alejandro sabía la verdad y eso era lo que lo enfurecía.

No dejó de vigilarla hasta que una idea espantosa se le metió en la cabeza.

-Debo secuestrarla... Debo hacerla sufrir.

Dejó las noches de vigilancia amateur y comenzó a estudiar formas de hacer una especie de cuarto en donde se podría tener a alguien en cautiverio. Es sorprendente lo que se puede encontrar en Internet.

Mientras salía de su piso, vio el anuncio de que vendían una casa al frente. Llamó al propietario y ese mismo día había ido a visitar el lugar. Era pequeño pero era estupendo para él.

-Aquí está el sótano. Le hice unas refracciones por la filtración... ¡Ah! También coloqué un sistema de enfriamiento y calentamiento que ahorra energía. Si te soy sincero lo hice por presión de mi mujer y porque era lo más barato.

El dueño de la casa iba caminando en los alrededores sin ánimo ya que no había recibido una respuesta entusiasta de ninguno de los interesados.

-Está estupenda. La quiero.

-Guao, ¿en serio?

La cara de sorpresa fue evidente así que trató de corregir su impulso ahí mismo.

-Bueno... Bueno, casualmente tengo los papeles para que firmes. ¿Estás seguro?

-Es una decisión bien pensada.

-Pues tío, me alegra mucho tu decisión.

De un plumazo, Alejandro ya era dueño de una casita simpática que se convertiría en la mazmorra de Vanessa.

La mudanza fue más rápida de lo que pensó. Vio sus cosas en el suelo de parque y respiró profundo. Nunca se había sentido tan determinado como en ese momento. Clasificó las cajas y los aparatos para tener una mejor organización.

Inspeccionó la habitación principal y le agradó el tamaño de este. La habitación contigua la pensó como una oficina en donde tendría sus portafolios, escuadras, lápices, planos y, en un lugar escondido, las cuerdas, los látigos, las pinzas de madera y los hierros que aplicaría sobre la piel de ella.

Pasó días en donde trabajaba incansablemente para acondicionar el sótano y convertirlo en la prisión ideal. Al mismo tiempo, notaba cómo Rodrigo caía en una especie de pozo sin fondo. La situación era tan grave que optó por tomarse unas vacaciones cuando era de quienes pensaba que aquello era una pérdida de tiempo. Ahora tenía la urgencia de comprar un pasaje hacia alguna isla del Caribe y tratar de pasar el sufrimiento y desamor de la mejor manera.

La última vez que los hermanos se encontraron, Alejandro se encontró más

convencido que nunca de su empresa. Rodrigo estaba más delgado, con ojeras y su usual piel blanca y rozagante ahora se veía gris y hasta con escamas. Se había descuidado hasta el extremo.

-He pedido un permiso a la oficina. Espero que esto de verdad funcione.

-Esa mujer te hizo un embrujo. –Dijo Alejandro con los ojos inyectados de sangre.

-No, una maldición. Hasta el sol de hoy no entiendo lo qué pasó. La verdad prefiero no indagar mucho al respecto.

-Mejor así. ¿Cuánto tiempo te irás?

-No lo sé, creo que un par de semanas serán suficientes pero en la oficina me han dicho que tome la libertad de extender las vacaciones. Es posible que les haga caso.

-Vale. Avísame por favor todo lo que hagas. Sabes que estoy atento a lo que te suceda.

-Lo sé.

Se levantó de la mesa y apoyó la mano sobre su hombro y se alejó lentamente hacia la calle. En su interior, Alejandro añoraba verlo como en los tiempos, al menos así estaba siendo como solía ser siempre.

Colocó un billete sobre la mesa y se fue. El hombre que dejaba ese lugar nunca sería el mismo.

Cayó la noche y Alejandro volvió a su rutina de espiar a Vanessa, sólo que esta vez había una variante, hoy se atrevería a secuestrarla.

Comía su sándwich de atún cuando escuchó los tacones en la lejanía. Dejó de masticar para asegurarse que no era una ilusión y que sí se trataba de ella. La sombra de Vanessa se hacía más grande y fue así como apareció. Estaba vestida con un par de jeans, botas altas y un sobretodo de cuero.

Despacio, Alejandro dejó lo que tenía en la mano y esperó hasta que ella abriera la puerta de su casa. La sorprendería. Salió del coche, cruzó la acera y quedó en el umbral, bajo la luz del pequeño bombillo que ahí colgaba.

Sintió que el tiempo se detenía, que quizás era mejor echar todo para atrás y aliviar el odio con alguna sesión de boxeo que tanto se hablaba en la radio. Pero no, no había forma de pensarlo mejor, ya todo estaba decidido.

En la mano derecha, sostenía con fuerza, un paño empapado de escopolamina. Con la otra, tocó el timbre.

-Ho... Hola, Alejandro. Vaya, no me esperab... ¡NOOOOO!

El paño fue directo a su nariz y boca. Gracias al gesto que hizo, todos los vapores entraron en su sistema dejándola indefensa. Vanessa perdió las fuerzas de sus rodillas y cayó en el suelo. El ruido sordo retumbó en el silencio del umbral de la casa.

Alejandro la miró con ojos ausentes y, aunque parecía quedarse allí, se movió rápidamente para no levantar sospechas. La alzó como si nada y la montó sobre su hombro. La acomodó y bajó lentamente hasta llegar el coche. Con cierta dificultad, abrió la puerta de atrás para dejarla extendida por todo el asiento. Lentamente la dejó allí. Verificó si respiraba y luego se montó para comenzar el viaje de regreso a casa.

El silencio lo perturbó y encendió la radio, sonaba The Sound of Violence y tarareó la canción. Pieza apropiada, además.

Una fuerte patada espabiló a Alejandro. Miró hacia atrás, alarmado. Pensó que había pasado el efecto de la droga y se sorprendió en saber que Vanessa aún estaba inconsciente. Se quedó tranquilo al pensar que se trataba de un acto reflejo, según las instrucciones que había leído.

Siguió manejando hasta llegar a casa. Fue hacia la puerta para abrirla y despejar cualquier obstáculo que se pudiera presentar en el camino. Salió para verificar que no hubiera moros en la costa y sacó el cuerpo de ella.

Minutos después, Vanessa yacía en el suelo de la cocina, con los ojos en blanco y la boca semiabierta. La sensación de victoria que tenía Alejandro era indescriptible. Tomó una silla y se sirvió una copa de vino mientras disfrutaba del silencio y del éxito parcial de sus planes.

Un largo sorbo y luego a levantarla de nuevo. El sótano no estaba muy lejos. La luz ya estaba encendida por lo que no había temor por algún tropiezo. El concreto amortiguaba el sonido de los pasos pesados de Alejandro.

La dejó caer en un catre en un pequeño habitación del sótano. Las paredes de este lugar estaban recubiertas de una goma que servía de aislante de cualquier sonido, la colcha en donde descansaba Vanessa era suave y algo gruesa; y la temperatura estaba regulada por lo que no habría que preocuparse por el frío o el calor. Un baño y un bombillo de luz blanca, fue el toque final de la

construcción que tanto empeño le había tomado en hacerlo.

Una de las muñecas de Vanessa estaba encerrada con unas esposas al poste del catre. Aún estaba vestida aunque cerca de ella había una muda de ropa para cuando despertara. Sin duda, el impacto sería tremendo.

Alejandro verificó que todo estaba en orden y cerró la puerta de acero, pasó la llave y subió las escaleras para prepararse la cena.

-Mañana será un día interesante.

Una niebla negra parecía dispersarse y Vanessa sintió que aquella pesadilla había terminado. Abrió los ojos y su cuerpo estaba inusualmente pesado y extraño. La luz blanca la molestaba y pensó que sería buena idea botar ese bombillo lo más pronto posible. Entonces, reunió fuerzas para sentarse. Se frotó la frente y estaba empapada.

-Joder pero qué sueño.

Aún con los ojos entreabiertos y con la sensación de letargo, se preparó para bajarse de la cama pero no pudo.

Una de sus muñecas tenía unas esposas pesadas y unidas a un catre. El pánico comenzó a hacer efecto cuando se percató que no estaba en su habitación.

Quedó de pie con expresión de horror. No podía creer que se encontraba en aquella posición. La pesadilla era más real de lo que pensaba. Trató de dar unos pasos hacia la puerta y notó el frío y la rigidez de la misma. Tocó varias veces. Luego golpeó con más fuerza.

-AYUDA, AYUDA POR FAVOR, SÁQUENME DE AQUÍ. AYUUUUUDAAAAAAA.

Silencio. Completo y sordo silencio. Vanessa dio unos pasos más para tratar de conocer el lugar en donde estaba. Vio el pequeño baño, el suelo de madera y las paredes de concreto, la luz blanca parecía más molesta que nunca.

No quiso llorar, no quería desperdiciar el tiempo en eso, algo le decía que debía más bien preocuparse por saber cómo había llegado hasta allí. Se sentó en el catre y descubrió una muda de ropa: un par de pantalones de gimnasio de color gris, una sudadera del mismo color, un sostén deportivo, calcetines blancos y un par de zapatos deportivos. Tomó una prenda y esta tenía la talla exacta.

-Pero...

Trató de concentrarse, hizo una retrospectiva sobre lo que había hecho y las personas que había visto en días anteriores. El casero, el hombre del pan, la chica de la lavandería... No, nada, no había nada en su memoria.

Aun así, insistía, quería saber quién pudiera ser su captor. En ese momento,

un dolor agudo en su lóbulo frontal casi la hizo vomitar. El olor a una mezcla con alcohol y algo que no pudo identificar, casi la hizo revivir ese momento.

-Alejandro...

Alzó la cabeza sorprendida y con un pánico desgarrador. No entendía el por qué. Apenas lo había visto un par de veces y su existencia le daba igual.

-¿Por qué? ¿Por qué yo?

Antes de encontrar respuesta a su pregunta, el sonido de unas llaves la sacó de su ensimismamiento. Dio un sobre salto y esperó ansiosa. Esperaba que fuera él, quizás así lo haría entrar en razón.

La sombra de Alejandro se extendió por toda la habitación. Sostenía entre sus manos una bandeja plateada con un plato de comida y lo que parecía una lata de Coca-Cola.

-Supongo que tienes hambre, ¿no? –Dijo sonriente.

Dejó la bandeja sobre el catre. Vanessa parpadeó varias veces para convencerse a sí misma que todo aquello no era una fantasía.

-Alejandro... Por favor, lo que estás haciendo es una locura. ¿Por qué no me quitas esto y hablamos?

La suplica, las lágrimas que casi caían como un caudal, toda aquella escena le generaba un placer indescriptible al tan bien portado Alejandro.

-¿De qué quieres hablar? ¿De que eres una estafadora? ¿Qué mi hermano no es la primera víctima de tus artimañas?

El dejo de odio y desprecio asustaron a Vanessa pero, no obstante, insistió.

-Sé que eso estuvo mal, lo sé. Pero esto... Esto...

-Es lo que te mereces, Vanessa. O ¿acaso creíste que no me di cuenta de lo que eras capaz de hacer el día en que te vi? Rodrigo fue un estúpido pero yo no.

-Si me liberas no diré nada a la policía, nada, Alejandro. Te dejaré en paz y a tu hermano también.

-Dime, ¿por qué no me dices cómo empezaste todo esto de las estafas? ¿Cómo escogías a tus víctimas? Apuesto que te divertías un montón, ¿no?

Él seguía de pie pero luego tomó una silla y se sentó. La miraba sonriente,

como si tuvieran una conversación casual. Vanessa supo entonces que estaba lidiando con alguien más que peligroso y lo que debía hacer era ganarse su confianza.

Cambió la actitud, se secó las lágrimas y lo miró de frente.

-Mi niñez fue un asco. Mi familia pretendía ser feliz cuando estábamos en la calle pero todo era una mentira. La única forma que encontré para salir de ese lugar fue hacer lo que hago. Encontrarme con un tío con dinero y prometerle todo lo que quería oír.

-Vaya, qué historia tan triste. ¿Por qué seguiste haciéndolo?

-No sé, supongo porque fue mi manera de sobrevivir. Entendí que debía decir las palabras correctas y contar la misma historia para no despertar sospechas. Sin embargo...

-¿Sí?

-Pensé que tu hermano sería más del montón pero no fue así. Comencé a sentir cosas por él y preferí alejarlo lo más que podía... Pero fue imposible.

-Venga, Vanessa. Dejémonos de estupideces. Sabes muy bien que eso es mentira. Lo único que querías de mi hermano era el dinero. Siempre fue así.

Ella no tuvo más remedio que apelar a las lágrimas, quizás así lograría conmovirlo.

-Alejandro, debes creerme. Fue lo mejor para él... Mira, yo...

-CÁLLATE.

El grito retumbó todo el sótano.

-Esas lágrimas no te las cree nadie. Mejor intenta otra táctica que realmente funcione porque así te ves ridícula y patética. Ah, y déjame contarte algo, sé la verdad, siempre lo he sabido. Así que necesitarás más que eso para engañarme.

Replegó la silla y dio media vuelta para irse.

-Se me olvidaba, mejor cámbiate de ropa, así estarás cómoda. En el baño tienes toallas limpias y todo lo que necesitas para asearte. Te quitaré las esposas cuando termines de comer. Nos veremos en un rato.

-ALEJANDRO. NO, NOOOOOO.

Cerró la puerta tras él y Vanessa quedó sola en medio de sus pensamientos.

Vanessa no sabía qué hora era, pero supuso que ya había caído la noche. Luego de forzarse a comer, Alejandro cumplió su palabra de liberarla. Él recogió los desperdicios y le instó a que tomara un baño.

Aquella invitación le causó preocupación pero olvidó todo lo demás cuando sintió el agua tibia sobre su cuerpo. Aún resentía los efectos de la droga pero el tener el estómago lleno había tenido fuerzas para soportar el malestar.

Salió de la ducha y vio la marca de las esposas en su muñeca, el recordatorio de que estaba secuestrada era latente, como una herida abierta. Se puso la muda de ropa y apagó la odiosa luz. Quedó tendida en el catre y se puso a llorar hasta que se quedó dormida.

Un piso más arriba estaba Alejandro cenando un bistec término medio y una gran cantidad de brócoli hervido. La casa estaba en silencio salvo por el sonido del televisor que estaba puesto en el canal de las noticias. Él miraba sin interés a la pantalla, quizás producto de la costumbre.

Al terminar de comer, fue a su estudio para revisar emails del trabajo o alguna notificación del jefe. Estaba, además, esperando la respuesta de un potencial cliente, así que estaba adentrándose en el mundo del mundo freelancer... Esta idea, por supuesto, vino a su mente al darse cuenta de que tendría que mantener vigilada a Vanessa y aquello sería una buena forma de hacerlo.

Se sentó en la silla en la oscuridad y con una taza de café instantáneo en la mano. A pesar de parecer concentrado, pensaba en la conversación con Vanessa y en la sensación de poder que tenía sobre ella. Le gustaba tener el control.

Por muchos años, Alejandro se escondió en el rostro de la indiferencia en cuando a las relaciones pero, lo cierto, es que eso era más bien una cubierta para todo lo que había detrás. Él más bien tenía ciertas inclinaciones que habrían escandalizado a cualquiera.

Le gustaba tener el poder, siempre y sin importarla situación en donde se encontrase. En ciertos aspectos era fácil pero en otros no, como en el sexo. De hecho, pasó años pensando que sus gustos eran propios de alguien con problemas psicológicos. Se torturó de manera cruel e injusta.

En la universidad, decidió que desecharía todo prejuicio alimentado por su

mente por lo que disfrutaría más la vida. Conoció entonces a una chica. Ambos sintieron una gran atracción y decidieron juntarse.

La primera noche que pasaron juntos, Alejandro no estaba muy seguro si demostrar o no su lado dominante. Entonces, poco a poco, dejó entrever el tipo de persona que era. Tomó el cuello de ella y lo apretó mientras la penetraba con fuerza, halaba su cabello, le hacía marcas y también controló sus orgasmos. Esa noche fue inolvidable.

Todo aquello sería apenas la punta del iceberg. Con el tiempo, Alejandro se haría maestro en shibari, amarres, azotes y hasta torturas. Entre todas las cosas, no obstante, había algo que le llamaba la atención poderosamente: el marcar con fuego. Pero, para ello, necesitaría tener una relación más estable entre su sumisa.

Llevaba este estilo de vida bien oculto de todos. Incluso se pensaba que él era una especie de extraterrestre en comparación a su hermano, quien era todo un *latinlover* de primera. Alejandro no le gustaba presumir, por ejemplo, que gracias a sus habilidades amorosas podía llevar al éxtasis a cualquier mujer que quisiera.

De resto permaneció siendo el mismo chico honesto y buena gente pero con una oscuridad que muy pocos conocían de él.

Ahora se encontraba en una situación particular. Debajo de sus pies se encontraba secuestrada una mujer peligrosa y que parecía conocer las debilidades de los hombres con sólo verlos. Él debía tener cuidado con quién se metía.

... Pero había algo. Había algo que le causaba un ruido muy fuerte en su interior. A pesar que las acciones de Vanessa le parecían despreciables, se sentía atraído hacia ella. Pero no podía continuar con aquello. Simplemente no podría ser.

¿O sí?

VI

os meses.
-D Pensó Alejandro al encontrarse en la puerta de la casa. Sintió de repente una extraña sensación de nostalgia al ver su antiguo piso. Sus pensamientos de aquella vida pasada, aburrida, pero al menos tranquila, ya no sería lo mismo. Quiso permanecer allí, vivir allí, no tener que enfrentar la duda de continuar o no.

En ese tiempo, en cada visita que hacía al sótano para servir los alimentos a Vanessa o a darle alguna muda de ropa, no podía evitar sentirse tentado a estar con ella.

-Cualquier psicólogo se reiría de esto.

Se dijo cuando dejó el bolso en el sofá y se echó allí con unas ganas terribles de besarla.

-Pero, ¿qué me está pasando?

Un impulso que no supo de dónde provenía, le hizo colocarse de pie y dirigirse a aquellas escaleras tan conocidas desde hacía dos meses. Quería ver a Vanessa.

Abrió la puerta y se encontró que ella se peinaba el cabello con los dedos frente al espejo del baño. Cualquiera pudo sentirse asustado pero no Vanessa. De hecho, ya se había acostumbrado a las visitas sorpresas por parte de él.

-Hola. Ya termino. Sé que te preocupa el ahorro de electricidad pero ya termino.

Él no respondió. Ella, entonces, se volteó y lo miró preocupada.

Para Vanessa, el mes que había pasado le había servido para dejar de luchar contra su situación y tratar de revertirla haciéndose familiar a Alejandro. Dejó de gritar, de golpear la puerta y de decir blasfemias. Ella había aceptado su destino de la mejor manera posible.

-¿Qué tienes?

Alejandro dio unos pasos hacia ella, aún callado. Ella no se movió, estaba intrigada y también atraída hacia ese aspecto misterioso que proyectaba su rostro. El miedo que podía sentir hacia él se desvanecía lentamente para

dejar que aflorara una emoción más noble.

-Sólo tenía ganas de verte –Dijo por fin. –He pasado todo el día en la oficina y me siento cansado... Tan cansado.

Cualquiera pudiera haber aprovechado la oportunidad para empujarlo o lastimarlo... O algo. Pero no fue así para Vanessa. Hacía rato dejó de peinarse para estar de pie, erguida, mirándolo a los ojos. Una de sus manos fue hacia su rostro y lo acarició lentamente.

Alejandro no supo qué hacer salvo quedarse allí y dejarse tocar. Se miraron por un largo rato y la tensión iba creciendo cada vez más.

Vanessa se acercó mucho más hacia él, se colocó de puntillas y se aferró en sus hombros. Con uno de sus dedos, acarició sus labios, la barba de tres días y el pómulos que servía de marco para sus ojos grandes y enigmáticos. Aunque era una jugada arriesgada, no aguantó más y lo besó. Él no se quedó atrás y la tomó desde la cintura. Su pelo olía a frutas y el grosor de sus labios lo hacía sentir excitado... Trató de mantenerse tranquilo, de no caer aunque sabía que no era fácil.

El beso fue cobrando intensidad más y más y sus lenguas empezaron a juntarse, a jugar entre ellas. El calor del cuerpo de Vanessa y el de Alejandro se mezclaban y parecía que iban arder en ese pequeño espacio. De repente, él la alzó y sus rostros quedaron más cerca aún. Las piernas gruesas y fuertes de ella bordeaban el fuerte torso de Alejandro.

Las manos de él iban desde su cuello hasta las nalgas y, cada tanto, ella gemía de placer. No obstante, un pensamiento cruzó su mente y se detuvo. Vanessa lo miró extrañada. Alejandro parecía aturdido.

-No... No puedo.

La bajó lentamente y la dejó sobre la cama. Sí, cama porque el castigo del catre ya había pasado. Era una señal inequívoca que se estaba ablandando.

-Alejandro...

Replicó ella entre confundida y molesta.

-Esto no está bien... Nada de esto.

Se apartó de ella y se dio la vuelta para dejarla sola. Vanessa, sobre la cama, también se sentía confundida por sus sentimientos. Por un lado se creía

victoriosa porque la paciencia le había valido el éxito de seducir a su victimario pero, aquel beso no era por supervivencia, más bien era por deseo.

-Pero, ¿qué demonios me pasa?

Él se encontraba en el inicio de la escalera preguntándose si había razón para alarmarse. Se lamentó por no haberle hecho el amor pero recordó que Vanessa era experta en manipulación, probablemente había cedido sólo para someterlo ante sus encantos. No, no. La decisión que había tomado estaba bien, era lo mejor para los dos. Por lo pronto, tendría que pensar qué hacer con ella.

Fue hacia su habitación y se encerró allí. Encendió el televisor para distraer su mente pero sólo recordaba los labios de Vanessa, el calor de su cuerpo y lo sensual de su piel y de sus piernas grandes y fuertes. Sus pechos sobre el suyo, el olor de su cabello exótico. Cada estímulo se replicaba y casi sentía que estaba con ella, allí.

Su pene comenzó a sentirse cada vez más duro, la ropa le molestaba, quería tocarse, estaba desesperado por hacerlo. Se desvistió entonces y su miembro, duro, grande y palpitante esperaba para ser estimulado.

Se echó sobre la cama y comenzó a masturbarse primero con suavidad y luego con violencia. Imaginaba en su cabeza cómo sería tener su cuerpo sobre el de ella, dominándolo, sometiéndolo al dolor más delicioso que pudiera existir.

Pensó que estuviera sentada en una silla, de manos y tobillos atados, con un trozo de tela sobre la boca y, quizás, con los ojos tapados. Él estaría de pie frente a ella, sabiendo que podría hacer lo que quisiera. Un chorro de vela sobre sus muslos preciosos, los gritos que sucederían después sería la mejor parte.

Luego de ese primer encuentro con el dolor, la azotaría. Se preguntaba cómo se vería su piel morena bronceada con unas buenas marcas hechas con el cuero. La sola idea le producía un morbo increíble.

La haría sufrir, sí, pero también la haría sentir placer. Luego de castigarla, desataría los amarres y procedería a lamer con suavidad su entrepierna. ¿Sería dulce?, ¿jugosa?, ¿caliente? No importaba, su lengua estaba dispuesta a ir tan lejos como pudiera. Estaba ávido de exploración.

Quedó a oscuras y, luego de recuperar la razón, tomó una caja de cigarrillos

que tenía “escondida” en uno de los cajones, sacó uno y lo encendió. Ese momento deseó como nunca tenerla al lado, dormitando junto a él.

Se sostendría de sus muslos y se afincaría. Los gemidos de Vanessa, como aquellos cuando la besó, fue el detonante para que se sintiera más cerca del orgasmo. Segundos después, un gran chorro de semen se desprendía por los aires y la respiración agitada lo hizo sentirse entre agotado y feliz. Fue más intenso de lo que pensó.

Al terminar, dejó la colilla dentro de una taza de café y se quedó dormido pensando que el mejor plan era dejarla ir. Era momento de afrontar las consecuencias.

Los días pasaron en una rutina que no parecía terminar. Todo había vuelto como antes. Las tres comidas, tres visitas rápidas, más mudas de ropa y hasta más zapatos deportivos y una televisión con cable. No más de eso.

Vanessa pretendía que nada había pasado pero era todo lo contrario, había pasado todo y más. Cada vez que veía a Alejandro era una oportunidad para estar cerca pero él estaba más renuente a una comunicación más extensa. Era más distante y frío que nunca.

Ella, como buena mujer tenaz, estaba decidida a que él fuera suyo. Lo que ella no sabía era que Alejandro era un adicto al poder y al control, y que no sería tan sencillo ponerlo a sus pies.

Como siempre, se levantó temprano y se tomó un baño. El agua caliente le ayudaba a pensar en nuevos planes así que, al terminar, ya había fraguado un plan. Se vio en el espejo de siempre y se preparó. Ansiaba los labios de Alejandro, estar cerca de él, sentirlo, por más loco y desquiciado que fuera aquello.

Se sentó sobre la cama y esperó ansiosamente al encuentro con él. Sabía que debía aguardar unos minutos. Debía ser paciente. La ansiedad hizo que se ensortijara un rizo con tal fuerza que sintió un jalón fuerte en su cuero cabelludo. Justo en ese momento, entró Alejandro.

Al verla quejándose del dolor, dejó la bandeja en un escritorio y fue a verla.

-¿Qué pasó? ¿Estás bien?

En ese momento dejó de ser el carcelero.

La mirada de preocupación de él, la conmovió de tal forma que volvió a

tomarle del rostro. Alejandro hizo un movimiento hacia atrás pero ella no se apartó, más bien trató tomarlo con fuerza.

-No te vayas...

-Esto no está bien... Voy a dejarte ir. Ya no puedo con esto. Pensé que podría pero soy un imbécil.

-No quiero irme.

Las palabras de ella retumbaron en su cabeza y lo dejaron aturdido, sin saber qué decir.

-No te entiendo. ¿Sabes bien lo que quieres decir?

Las intenciones de Vanessa habían hecho un giro 180°. Ya no quería manipularlo para salir de allí, ya no quería ir a la policía, sólo deseaba estar con él, protegerlo, cuidarlo. El cambio de actitud de ella y las sospechas debido a sus actuaciones en el pasado, encendieron sus alarmas. Recordó a su hermano y en todo el dolor que había sufrido. En el rostro desesperanzado de sus padres. En su propia ira.

El muro que había construido para evitar esta situación, sin embargo, fue inútil. Vanessa le sostuvo el rostro y se percató de lo vulnerable que era ante ella y ante lo que sentía. Sólo pensaba en tenerla en sus brazos.

-Siento que estoy leyendo tu mente ahora. Olvida eso. Estamos aquí . Ahora.

-Vanessa...

-He hecho mal y es algo que no puedo cambiar. Forma parte de mi pasado y el estar aquí me hizo darme cuenta que no puedo huir de las consecuencias. Luché y luché para culparte pero esto también es mi responsabilidad. Me confié.

-Lo que te hice tampoco está bien. Mi ira me encegueció de tal manera que no pude pensar fríamente.

-Alejandro, eso ya pasó. He decidido que no quiero irme y así será. ¿Me dejarás quedarme?

Los ojos suplicantes de Vanessa lo tenían atontado. Ya no había más qué hacer. Entonces, la tomó entre sus brazos y la cargó.

-No quiero que estés aquí.

-Llévame a donde deseas.

La respuesta le hizo sentir como si ella fuera su sumisa. Subió las escaleras frías de concreto y la llevó a la parte superior de la casa. Vanessa resintió un poco la luz del día y se cobijó en el pecho de Alejandro, como una niña pequeña.

Él sonrió y le dio un beso que ella respondió dulcemente. Alejandro dio unos cuantos pasos más hasta llegar a su habitación. Ella parecía emocionada al conocer un mundo completamente nuevo.

La dejó sobre la cama y ella lo miró fijamente.

-Antes, tengo que decirte algo muy importante.

A estas alturas, ya nada le sorprendería.

-Soy Dominante.

Vanessa tardó unos segundos en entender de qué se trataba aquella respuesta. Hasta que su cerebro le sorprendió con un recuerdo vívido y muy fuerte. Hacía años, no sabía cuántos, estuvo en una relación intensa con un hombre que le cambió su vida por completo.

Ese hombre, de aspecto exótico como el de ella, la había introducido en un mundo de placeres desconocidos. La escena que le hizo comprender de lo que hablaba Alejandro, fue la primera sesión que tuvo con él. Estaba atada y de espaldas a la pared. Sus muñecas y tobillos estaban atados y se encontraba desnuda. Se sentía un poco asustada pero estaba tan enamorada y excitada que había olvidado todo el miedo.

Escuchó entonces los pasos de su amante cerca de ella, le respiró el cuello y le besó la boca. Enseguida él tomó su cabello y la haló hacia atrás y en ese instante Vanessa sintió el ardor producido por el contacto del cuero sobre su piel. Un grito ahogado se manifestó y sintió como él sonreía.

La noche se volvió intensa así como los próximos encuentros que ellos tendrían. Vanessa había olvidado el objetivo principal y había quedado inmersa en una relación fogosa. Aunque sabía que no lo sería por mucho tiempo.

Así pues, ambos se dejaron. O mejor dicho, la dejó él por una mujer mayor y más experimentada. Ella se prometió que nunca más se enamoraría de alguien y que dejaría el mundo del BDSM al olvido.

Pero como por una ironía del destino, Alejandro le comentaba que era Dominante. Ante aquello, prefirió sincerarse.

-Sé de qué se trata.

-¿Qué te parece?

-Ya lo he experimentado. Digamos que es una historia un poco complicada y creo que no pueda hablar de eso.

La expresión de alarma de él hizo que Vanessa hiciera un comentario para aclarar la situación.

-No he dicho que no me gustó. De hecho sí, y mucho, sólo que no soy muy experimentada y sé que para mucha gentes es importante y yo...

Alejandro le tomó el rostro y la besó con suavidad.

-Sólo quiero que te sientas cómoda.

-Entonces sí –Respondió ella un poco atontada por el beso. –Probemos. Quiero que probemos.

Con desespero, Alejandro se quitó la camisa. Era tanto que parecía que arrancaría los botones. Vanessa se acostó y quiso traerlo hacia a ella. Abrió las piernas y sintió casi de inmediato lo duro que estaba.

Se abrazaban, se besaban con fuerza, estaban a punto de devorarse. En ese momento, Alejandro sintió la necesidad de tomar el control de la situación con más intensidad. Llevó las manos de Vanessa y sujetó con fuerza, sus labios fueron bajando lentamente y, cada tanto, la mordía. Le gustaba hacerlo intensamente para ver cómo se iban formando las marcas en la piel. Ella sólo gemía, estaba entregada a él.

Rugía como un animal y esto era la señal de que era momento de actuar como el depredador que era. Se levantó y dejó un momento a Vanessa. Fue directo a su clóset, de él extrajo algo que no pudo ver bien ella desde el lugar en donde estaba. Resultó ser, al final, un par de cuerdas.

Vanessa se sintió un poco ansiosa pero esto era algo que había decidido así que sólo era cuestión de seguir adelante. Volvió a ver a Alejandro quien tenía una expresión entre excitado y algo parecido a la agresividad.

-Levántate.

Su voz sonaba más grave que lo usual.

Ella acató la orden y quedó frente a él. Se vieron por unos segundos y las prendas de ropa que tenía Vanessa caían al suelo velozmente. Así pues quedó completamente desnuda y Alejandro se regocijó con la vista tanto como quiso. Las piernas grandes, las caderas, la cintura pequeña y el cabello que le caía hasta casi taparle los pezones. Los labios gruesos de ella se arqueaban hasta formar una sonrisa tímida. Era la invitación a jugar.

Alejandro no sabía bien qué hacer. ¿Primero atarla para azotarla o lanzarla a la cama para luego comerle el coño? Decisiones, todo era cuestión de decisiones. Se decidió por un término medio. La dejaría en la cama y comenzaría a atarla.

-¿Te sientes bien si hago esto?

-Sí.

-Lo haré suave. Si quieres parar, dime “rojo”, ¿vale?

-Es una palabra de seguridad, ¿cierto?

La sonrisa de Alejandro dio a entender que estaba más que conforme con la respuesta.

-Sí, no dudes en decirla cuando te sientas mal o incómoda.

-Sí... Señor.

Otra palabra que sirvió como detonante para exacerbar la excitación. Él se calmó un poco y se concentró en hacer bien los amarres de las muñecas. Ni muy ajustado ni muy flojo. Lo suficientemente cómodo para que ella se sintiera bien pero que dándole a entender que debía permanecer allí ya que había accedido a quedarse bajo sus órdenes.

Vanessa, mientras, al sentir el roce de las cuerdas le resultaba delicioso. De por sí estaba excitada pero aquello era sólo el principio. Alejandro le abrió las piernas y rozó lentamente sus dedos en su vulva. Palpitó tan fuerte que pensó que se desmayaría. Un par de toques más hasta sentir la punta de la lengua de él. Esta fue directo al clítoris y una especie de electricidad le hizo cosquillas en la planta de los pies.

Esa energía no paraba, iba consumiendo su cuerpo poco a poco. Su torso, los brazos y hasta el cuello, sentía que quería dejarse llevar y tener un orgasmo... Pero no, debía aguantar un poco más.

Alejandro lamía con intensidad, con fuerza. De vez en cuando la miraba y dependiendo de las expresiones de su rostro y de los sonidos, se alimentaba de ella con pasión. Vanessa sentía que no podía más.

-Por... Por favor...

-No, Vanessa. Aún no.

Seguía torturándola, esta vez, al estimularla usando sus dedos y lengua al mismo tiempo. Alejandro estaba provocando esas sensaciones fuertes que había soñado hacerle sentir a Vanessa. Su fantasía se estaba cumpliendo.

Pero como todo buen depredador, luego de haber jugado lo suficiente con su presa, ya era hora de poseerla por completo. Dejó de darle sexo oral a Vanessa ya cuando esta se encontraba a punto de dejarse vencer.

Él terminó de desvestirse y su gran pene broceado, grueso y marcado por las venas estaba ansioso por adentrarse en las carnes de Vanessa.

-Ven. –Le dijo él.

Bajó de la cama sensual y lentamente como el ondear de las olas. Se arrodilló y pudo ver más de cerca el miembro de Alejandro. Una lenta lamida desde la base hasta la punta del glande. Lo hizo mirándole a los ojos, haciéndole entender que le daría el placer tantas veces como quisiera.

Alejandro le tomó el rostro y empujó su pene más dentro de su boca. Vanessa hizo una arcada, se limpió un poco los hilos de su boca y continuó lamiendo. Poco a poco cobraba más confianza y casi lo tuvo por completo dentro de ella. Él, luego de verla así, de rodillas, le dio un par de bofetadas suaves.

No aguantó más y la tomó por el cuello. La levantó y la besó con violencia, seguidamente hizo que le diera la espalda y la apoyó sobre la cama, sus nalgas quedaron expuestas para su placer. Tan bellas y redondas, Alejandro no pudo evitar inclinarse para morderlas y nalguearlas.

Tomó una con fuerza y llevó su pene hasta el coño de Vanessa. Desde esa perspectiva, podía ver cómo le palpitaba la vulva y las gotas de flujo que caían entre sus piernas. Una nalgada más para que sintiera el poder de su Dominante. La tomó entonces por las caderas y se sostuvo con firmeza, luego introdujo su gran pene dentro de ella.

Un poco de dolor y de presión hizo que Vanessa arqueara la espalda y se apoyara sobre la cama. No paraba de gemir.

Lo hacía suave y lento, el calor de la vulva de ella le parecía abrasador, delicioso. El movimiento de su pelvis era continuo pero luego comenzó a aumentar la intensidad. Se tomó con más fuerza. Alejandro gruñía y rasguñaba la espalda y nalgas de ella, quería marcarla en todas partes.

Siguió penetrándola y se volvió más agresivo conforme sentía que ella estaba a punto de llegar al orgasmo. Las uñas de Vanessa se enterraron sobre las sábanas y largo alarido de placer resonó por la casa. Sus muslos temblaban sin cesar y la última embestida de Alejandro hizo que se echara para atrás y su pene desprendiera un gran chorro de semen sobre su espalda. Un último agarrón para luego caer sobre la cama.

Los dos estaban fumando luego del sexo intenso.

-No sabía que fumaras.

-Lo hago en ocasiones especiales. La verdad es que trato de que esto no se me salga de control pero, como verás, es un poco difícil.

-Sí... Lo es.

Vanessa exhaló la última bocanada de humo y apagó el cigarro en una taza que estaba cerca.

-¿Fue muy fuerte? –Se aventuró a decir él.

Ella sonrió.

-No.

-A veces me pongo... Digamos, un tanto emocional.

-Ja, ja, ja. Me encantó... De verdad.

Aunque las preguntas sobre el sexo después de este suelen ser un poco extrañas y hasta fuera de lugar, Alejandro buscaba que Vanessa se sintiera cómoda al respecto.

Ella se quedó acostada junto a él y se quedó dormida en cuestión de minutos. Alejandro, la observó y luego miró hacia el techo. Seguía pensando que todo aquello era una locura pero no quería pensarlo mucho. Quería dedicarse a disfrutar el momento tanto como pudiera.

Cerró los ojos y se durmió.

Un jirón en su pie lo despertó de repente. El mioclono fue tan fuerte que se

levantó de golpe. Vanessa no estaba a su lado.

El pánico tomó control de su cuerpo y su mente retrató el peor escenario posible: Ella se había escapado y fue a la policía. Aún desnudo, se sentó en el borde de la cama y colocó sus manos sobre la cabeza. En algún momento debía pagar lo que había hecho.

Tomó un par de jeans, se los puso y fue hacia la cocina para hacerse un poco de café. Se sorprendió al ver a Vanessa preparándole una taza.

-¡Hola! No quería despertarte.

-No... Ehm...

-Toma, imagino que querrás un poco.

Aún con la expresión de desconcierto, bebió un poco y la miró hasta que le dijo.

-Pensé que te habías ido.

-Te dije que no me quería ir.

Se sentaron en la pequeña encimera de la cocina y estuvieron en silencio un rato.

-Ha pasado dos meses y ya salió el boletín de la policía. Te están buscando.

Vanessa pareció no escuchar.

-¿Vanessa?

-Sí, supuse que eso pasaría.

-Alejandro, ya he tomado una decisión. Quiero quedarme. Déjame quedarme.

El café aún estaba caliente y él no quería desistir.

-Bien, mejor hablemos de esto después.

-Vale.

Conversaron sobre otras cosas, como la intención de Alejandro de tener su propio negocio y el tiempo que le estaba tomando en hacer aquello oficial. El tema de Rodrigo había desaparecido por completo así que no era ni necesario traer el tema a colación.

La luz de la ventana caía sobre la rodilla de Vanesa. Ella llevaba la camisa que tenía la noche anterior. Parecía pensativa y algo preocupada pero se veía

radiante, hermosa, como si su piel resplandeciera.

Alzó la mirada y Alejandro le tomó el rostro con ambas manos y la besó. Sus labios sabían a azúcar y a café. Su combinación favorita. Poco a poco la alzó para que, al final, quedaran juntos de pie. Ella de puntillas y él abrazándola con sus fuertes y largos brazos.

-Qué bella eres.

Ella sonreía.

-Me gusta cuando estamos así de cerca.

Siguió aferrándose a él con determinación. La suavidad del beso se transformó en intensidad y Alejandro estaba cobrando el modo Dominante. La tomaba y la tocaba como le placía. Vanessa entendió y se rindió ante él.

Dejó de alzarla y la apoyó sobre la cocina. Puso sus manos sobre su vagina y comenzó a masturbarla con fuerza. Vanessa se apoyaba sobre la superficie porque sentía que el mundo se movía debajo de sus pies.

Luego de masturbarla, Alejandro bajó hasta su entrepierna para hacerle sexo oral. Palpitante y excitada, siguió así hasta que ella le acariciaba el cabello y gemía a la vez. La alzó y la llevó para que se sentara sobre la mesa de la cocina y abrió sus piernas. Bajó el cierre del jean y su pene salió como un animal hambriento. Se masturbó un poco, rozando su glándula con el clítoris de ella hasta que decidió finalmente penetrarla.

Los puntos de apoyo de Alejandro eran dos: Una mano se sostenía de la pierna alzada de Vanessa y la otra estaba sobre la mesa. Se introducía con más fuerza y podía ver las expresiones de dolor y placer combinados. Sus gritos, tan intensos, lo excitaban aún más.

Él sacó su pene de ella y se masturbó frente ella un poco más. Vanessa se mordía los labios y le rogaba con la mirada que siguiera dentro de su carne.

-Por favor, Señor... Por favor.

-Cuando yo quiera, Vanessa. ¿Entendido?

Continuó masturbándose hasta que le volvió a decir una orden.

-Arrodíllate.

Vanessa lo hizo y sacó su lengua, además.

-Así me gusta. Así me gusta –Dijo él.

Le dio un par de bofetadas.

-Señor, más fuerte, por favor.

-Así que te gusta fuerte, ¿no?

-Sí, señor.

Una bofetada más fuerte y Vanessa sentía que excitaba un poco más.

-Ahora mastúrbate mientras te lo comes.

Llevó sus dedos y comenzó a tocarse lentamente mientras él le puso su pene en su boca.

-Usa sólo tus labios y lengua.

Comenzó a succionar su glande y fue más y más lejos hasta tenerlo por completo dentro de su boca. Alejandro la tomó por el cabello y se lo halaba con fuerza. Ya no hacía arcadas pero los hilos de saliva caían sobre sus pechos que se movían adelante y hacia atrás.

Él echaba su cabeza hacia atrás. No podía creer el placer que estaba sintiendo. Vanessa continuaba lamiéndolo hasta que él comenzó a hacer ruidos más intensos. Estaba a punto de explotar. La forzó a hacer movimientos más rápidos y finalmente se corrió en su cara. Ella sonreía y también se relamía.

Alejandro había quedado agotado pero sabía que era el turno de Vanessa. Quería recibir los deliciosos jugos de su coño en su boca.

Volvió a montarla sobre la mesa pero, esta vez, acostada. Ella estaba ansiosa por sentir los labios de su amante. Piernas bien abiertas y lengua hacia adentro, el contacto de ambas texturas las hicieron gemir como si estuviera en celo.

Succionaba con mejor destreza que la primera vez que se acostaron. Tanto así, que ella no emitía sonido alguno, estaba privada de placer.

-Señor... Oh, señor.

Alejandro siguió lamiendo y los temblores en las piernas de Vanessa le indicaron que debía poseerla con su lengua con más intensidad. De repente, sintió el fluido de su vagina caliente que salía gracias al orgasmo... Al final,

gritó con fuerza.

La tomó en brazos y la llevó hacia el baño. Ella se sostenía de él apenas con fuerzas. Le quitó la camisa lentamente y abrió ambas llaves para que saliera un poco de agua tibia. Vanessa se quedó de pie esperando lo que su señor haría con ella.

Sintió una esponja suave sobre su espalda y piernas, se quedó quieta, dejándose cuidar por él porque ese también era uno de los deberes del Amo, el de cuidar a su sumisa, el de proveerle seguridad y tranquilidad.

Tomó la botella de champú y enjuagó su larga cabellera. Siguió lavándola y adorándola. Le besaba el torso, los brazos y las caderas. Cada parte era tratada como una pieza en extremo delicada.

El agua y las caricias tenían a Vanessa en una especie de trance. Alejandro, al terminar, tomó una toalla para secarla. De vez en cuando se miraban y se besaban. Habían formado un lazo tan fuerte que las palabras sobraban.

La sentó sobre la cama y desenredó su cabello con los dedos tal y como ella solía hacer. Hizo todos los cuidados a lo que estaba acostumbrada, y dentro de ella, pensaba en lo observador que era él con los detalles.

-Ten.

Le extendió otra muda de ropa, de esas que Alejandro solía darle en sus días de encierro.

-¿Tienes hambre?

-Un poco.

-Te prepararé algo.

Estaba sorprendida, Alejandro había cambiado del hombre frío y calculador, al Dominante fogoso hasta tener esta faceta encantadora y casi tierna. Vanessa vio como él salía de la habitación y se dio cuenta que ya lo estaba extrañando.

VII

Habían tenido sexo otra vez en la noche. Vanessa dormitaba y Alejandro fumaba viendo el mismo techo blanco de siempre. No podía tener la cabeza en blanco.

El teléfono comenzó a vibrar y había olvidado que pasó casi dos días completamente desconectado. Eso más todo lo que estaba pasando, no sabía bien cómo actuar. Apagó el cigarro y la mano de ella se posó sobre su pecho.

Tomó el móvil y vio que tenía varios mensajes sin leer. Unos eran de su jefe quien le decía que debían reunirse para la discusión de un proyecto pero los otros le causaron un frío en la espalda, se trataba de su hermano.

Rodrigo, al parecer, daba muestras de mejoría. De hecho, se tomó más tiempo para relajarse y funcionó por lo cual estaba ansioso por ver a Alejandro y contarle las buenas nuevas. No estaba preparado aún para enfrentar el hecho de que sentía algo por Vanessa. ¿Él también había caído en la trampa?

A la mañana siguiente, Vanessa despertó al sentir el aroma a café. Hacía una mañana particularmente bonita porque el cielo estaba despejado a pesar que contrariaba la predicción del tiempo.

Se levantó y buscó la ropa que había quedado en suelo luego de follar con Alejandro. Caminó de puntillas y ahí estaba él. Haciendo el desayuno y listo para salir a trabajar.

-Buenos días.

-Hola, guapo.

Fue corriendo hacia él como una niña pequeña... Él, no obstante, estaba pensando en la conversación inminente que tendría con su hermano.

-Debo irme pronto. Tengo una reunión importante.

-Vale... -Dijo ella con tristeza.

-Prometo llegar pronto a casa.

-Te esperaré.

Eran las palabras que quería escuchar pero no sabía si las cumpliría. La

verdadera prueba de fuego vendría al momento de que él dejara la casa. Tomó su fiel bolso y, antes de dirigirse a la puerta, Vanessa volvió hacia a él y le dio un beso. Alejandro le acarició el rostro y salió con el corazón hecho un nudo.

Encendió el coche y fue a la oficina, como siempre. Sin embargo, en ese punto, odiaba pretender que todo lo que estaba haciendo para ser normal ya que constantemente recordaba que mantenía una extraña relación con una mujer que había secuestrado. Todo parecía una película de Pedro Almodóvar.

Llegó a la oficina y su jefe le increpó ahí mismo.

-Menos mal que ya estás aquí. Ha llegado un cliente y necesita que le expliquemos bien el proyecto. ¿Estás bien?

La última pregunta había sacado a Alejandro de su ensimismamiento.

-Sí, sí. Perfectamente.

-Vale, entonces vayamos y tratemos esto.

Dos horas después, el cliente, quien resultó ser el dueño de más de media ciudad, estaba más tranquilo con las especificaciones que le habían desglosado.

-Por eso es que recurro a ustedes porque sé que puedo contar con su asesoría. Son los mejores.

Un par de estrechón de manos después, todo había vuelto a la rutina de siempre.

Alejandro tomó su silla para revisar planos y advirtió la llamada entrante de Rodrigo. El corazón le latía con fuerza, a mil por hora.

Por un instante pensó que lo mejor sería ignorarlo, pretender que estaba muy ocupado para atenderle. Pero se vio traicionado por su subconsciente.

-¡Eh, tío! He tratado de comunicarme contigo y no he podido. Vaya, parece que hay que hacer una línea.

-Ya, ya. Estaba en una reunión y acabo de salir. Ayer leí tu mensaje pero estaba rendido y olvidé responderte. ¿Ya has regresado de las vacaciones?

Cambió drásticamente el tema para evitar dar más excusas.

-Sí, sí. Hace unos días. Estaba poniéndome al día con la oficina y ahora es

que he agarrado un respiro. ¿Crees que podremos vernos hoy?

Alejandro tragó fuerte y dudó por un momento. Los segundos pasaban pero se sentían eternos pero era necesario tomar una rápida decisión.

-Vale. Te espero en el mismo restaurante de la otra vez.

-Perfecto. ¿Te paso buscando?

-Tío, pero si queda a dos cuadras de la oficina. No exageres.

-Era un chiste, eh.

Trancó el teléfono y quedó aliviado con el hecho de que había escuchado a su hermano un poco más animado. Quizás no sea necesario decirle nada de lo que está pasando, quizás el tema de Vanessa pueda pasar desapercibido.

El reloj del área de descanso avanzaba implacable y el conteo regresivo parecía acelerarse. Unas gotas de sudor en la frente, un pequeño temblor en el dedo índice porque el nerviosismo se hacía insoportable. El hecho es que se levantó antes de lo previsto y se fue antes de la hora pautada.

El restaurante tocaba Alt-J. Deadcrush, para ser más precisos. Mientras tarareaba su canción favorita, se encontraba en la misma mesa en donde meses atrás su hermano le había contado que Vanessa destrozó el corazón. La ironía.

La canción se estaba repitiendo hasta que escuchó las puertas abrirse. Rodrigo se abrió paso entre la gente y lucía como siempre. Vestía un traje azul oscuro de rayas finas, una camisa blanca con rayas azules y una corbata roja oscura con minúsculos puntos blancos. El detalle de cada prenda era sólo el principio, había recobrado el mismo andar, el peinado cuidadosamente engominado y el rostro bien rasurado. Cada uno de estos aspectos era señal de que había vuelto a ser el mismo de siempre. O al menos esa era la impresión que daba.

-Vaya, vaya. El bronceado te lo he visto desde aquí .

-Ven y dame un abrazo, capullo.

Alejandro se levantó y dio un largo abrazo a su hermano. El tiempo le hizo sentir que lo extrañó mucho más de lo que pensaba.

-Siento que ha pasado años.

-Yo también. Necesito que me digas cómo te ha ido.

Había marcado la dirección de la conversación porque no quería hablar de lo obvio.

-Sabía que tres semanas sería poco tiempo puesto que me sentía como un estúpido, así que hice una especie de recorrido por el Caribe y te seré sincero, deberías pensar en hacer uno porque de verdad es lo mejor que hay. La gente toma todo con calma.

-Bueno, teniendo tan cerca lugares tan bellos cerca, no es para menos.

-Tienes razón. Pero, a pesar de todo, seguía sin entender la razón por la cual Vanessa me había herido tanto. Eso rondó en mi cabeza tantas veces que no tendrías idea.

La misma camarera de su última reunión, los atendió de nuevo y Alejandro agradeció la interrupción. Tendría un poco de tiempo para pensar mejor en lo que diría la próxima vez. Luego de haber hecho el pedido, retomaron la conversación.

-... El hecho es que pensé en vengarme, en hacerla sufrir y esa fue la razón principal por la que puse tierra de por medio. Me hubiese vuelto loco.

-Te entiendo. Entonces, ¿qué sacaste de todo esto?

-Primero que me volví como loco por esa tía. Segundo, siempre tuviste razón pero como soy terco no quise ver lo que era obvio. El poner distancia de todo me permitió ver las cosas desde una nueva perspectiva y me siento mejor, aunque no sé cómo me sentiré cuando la vea.

Alejandro casi se ahogó con la cerveza que bebía.

-¿Qué quieres decir?

-Pues, nada. A lo mejor me la encuentre por ahí aunque espero que no. Esta ciudad es muy grande.

-Cla... Claro. Tienes razón.

-¿Estás bien? Te veo un poco nervioso.

-No, nada, todo bien. Justo te iba a preguntar si ibas a visitar a los viejos.

-Claro, de hecho está hablando con mamá y ya está más tranquila. Probablemente nos reunamos pronto. Pero dime, en este tiempo, ¿te has encontrado a alguien? Porque por lo que veo en tu cuello, creo que te han hecho un chupón bien bárbaro, amigo mío.

Apenado, Alejandro se cubrió la marca tan rápido que hizo que Rodrigo se riera con todas las ganas.

-Vale, vale. Ese no es mi problema, sólo que me alegra que hayas encontrado un poco de diversión. ¡Uy! Debo irme, tengo una reunión urgente con un cliente. Déjame que esta la pago yo, vale.

Alejandro no tuvo oportunidad de responder por lo que se quedó allí, sentado, observando como su hermano parecía una nueva persona.

Se levantó de la mesa y limpió su camisa de las migajas de pan de hamburguesa y miró de nuevo su reloj. Tenía tiempo para pensar un poco más antes de irse a la oficina. Salió y el sol le dio en los ojos, buscó los lentes oscuros y agradeció los minutos de calor que aprovecharía sabiamente.

Encontró una pequeña plaza y se sentó en un banco desocupado. Cruzó las piernas y trató de encontrar un plan para todo lo que estaba sucediendo. Sin embargo, un dolor agudo se hizo presente en la sien: Pensó en Vanessa.

¿Estaría en la casa? ¿Habría salido? ¿Llamó a la policía y justo en ese momento se convertía en los más buscados? El sol era tan agradable que a pesar de los pensamientos fatalistas, estaba cómodo y no quería irse ahí.

-Sí... Sí... Ya voy para allá.

Su jefe de nuevo exigía su presencia y debía abandonar toda sensación placentera. Vanessa seguía allí, como un escozor, como una herida.

A unos cuantos kilómetros, Vanessa estaba sentada en la mesa de la cocina, disfrutando de los rayos del sol. Luego de haberse encontrado satisfecha, se levantó y quiso explorar el lugar. La casa de Alejandro no resaltaba por tener colores extravagantes en las paredes ni muebles de lujo. Definitivamente su gusto era más que opuesto a lo que estaba acostumbrada. Al estar descalza, podía sentir la madera suave y pulida. Veía pósters de películas clásicas y de conciertos como los de Beastie Boys y The White Stripes. En una mesa, tenía fotos de su familia, inmediatamente reconoció el rostro de Rodrigo que parecía tener expresión de autosuficiencia. Junto a los dos, sus padres que sonreían felices. Alejandro, por otro lado, abrazaba a su madre y se veía pleno, feliz.

Siguió caminando y pasó por una puerta, era la que daba al sótano. Giró la perilla y el chirrido de las bisagras la hicieron sentir en una película de terror. Bajó las escaleras y recordó el miedo de verse aislada y sin saber qué sería de

su destino. Pero, además, quién diría que se enamoraría de su captor.

Sí. Estaba enamorada y ese hecho la aplastó de repente. Salió de allí y llegó a la sala en donde se echó en el sofá. Quedó frente a un televisor apagado y vio su reflejo. Pensaba en Alejandro y las ganas que tenía de estar con él. Esa noche, cuando regresara, le diría algo muy importante.

Alejandro, estaba desconcertado pero contento de haber encontrado a su hermano en mejor estado por lo que quiso celebrar con un poco de comida china. Dentro de sí, quería contarle a Vanessa pero eso sería una conversación incómoda... Aunque, ¿ella seguiría ahí?

Abrió la puerta y encontró todo en completo silencio. Se apresuró en concluir que sería capturado cuando ella apareció bajando las escaleras.

-¡Hola! Justo iba a preparar algo de comer pero amo la comida china.

Le sonrió y fue hacia a él para ayudarle con las bolsas.

-¿Cómo te fue?

Estaba sorprendido así que trató de seguirle la corriente.

-Eh... Bien, bien. Mucho trabajo, la verdad. Digamos que hoy tuve un buen día y quise regalarnos un poco de comida grasienta.

-Ja, ja, ja. Me encanta.

Tenía un par de New Balance grises, pantalones deportivos del mismo color, una camiseta amarilla y un hodie negro. Alejandro se sorprendió por no verla con los usuales tacones altos y el maquillaje. De todas maneras, le gustaba tal y como fuera.

-No había notado que tienes una casa preciosa. El toque de los pósters es genial.

-Los tenía en mi antiguo piso pero creo que necesito más para que se vean muy bien. Creo que las paredes se lucen un poco vacías, ¿qué te parece?

-Podrías pero de por sí ven geniales.

Engullían rollitos primavera hasta que había llegado el momento de compartir galletas de la fortuna.

-Este momento siempre me ilusiona. Me hace sentir como una niña.

-A mí también. Creo que es un buen momento para sabes el nivel qué nivel

de sabiduría te tocará.

Vanessa dejó su galleta y miró con los ojos muy abiertos a Alejandro. Él se mostró preocupado porque la animosidad de la conversación había cambiado drásticamente.

-¿Qué ha pasado?

-Tengo algo muy importante que decirte.

-Vale.

-He pensado mucho lo que hemos vivido en estos últimos días. Sé que han sido intensos tanto para mí como para ti. Como te dije una vez, supe a qué te referías, fui sumisa y debo confesar que fue la relación más intensa que tuve en mi vida. Adoré cada minuto y exploré sensaciones como nunca. Sin embargo, siento que esta vez es diferente, contigo siento que todo es diferente y quiero pertenecerte... Entera.

Él no supo qué decir y para alguien que tenía una mente tan aguda como la suya, así que era bastante decir.

-No quiero estar con nadie más, sólo contigo. Sé que todo esto requiere de confianza y de fortaleza y sé que tengo ambas... Y sé también que lo sabes. Quiero ser tu sumisa, Alejandro.

-¿Sabes lo que estás diciendo?

-Sí y he tenido tiempo para pensarlo. No necesito alargarlo más. Sé que es lo que quiero.

Se levantó y comenzó a quitarse la ropa lentamente. Entonces quedó completamente desnuda para luego arrodillarse ante él. Alejandro estaba sorprendido pero también comenzaba a sentirse muy excitado.

Llevó su mano hasta su rostro y lo acarició, ella cerró los ojos.

-Sígueme pero gatea.

-Sí, señor.

Se dio la vuelta y ambos fueron a la habitación.

-Quédate allí.

Alejandro fue hacia una pequeña mesa y abrió el cajón. De él extrajo una pequeña cinta de cuero negro.

-Te iba proponer que fueras mi sumisa pero no estaba seguro de ello especialmente por todas las cosas que hemos pasado. Pero, de alguna manera, me alegra que estemos en sintonía.

Fue hacia ella y le ató la cinta en el cuello. Vanessa sabía muy bien lo que esto significaba.

-No es una prenda de lujo ni es ni remotamente cercano a lo que te mereces pero es un comienzo. ¿Cierto? Entonces... A ver, déjame verte.

El cabello caía hacia atrás, las mejillas las tenía encendidas y sus dedos rozaban el adorno que tenía en el cuello. Sonrió satisfecha.

-Ahora, Vanessa. Veamos con qué podemos empezar... Mmmm... Párate y sígueme.

Las rodillas estaban marcadas por el patrón de espiga del suelo. Sintió un poco de malestar pero siguió a su señor. Lo haría las veces que él quisiera.

Alejandro tenía la intención de hacerle uno de sus amarres estilo shibari. Secretamente, había dispuesto un espacio en el sótano para ello, sin embargo, esto podría poner el riesgo la sesión porque fue ese el lugar de reclusión de Vanessa y quizás no sería un momento agradable.

-Recuerda la palabra se seguridad.

-Sí, señor.

-Buena chica.

Ella sabía que irían al sótano pero estaba dispuesta a hacerlo todo por él. La habitación estaba cerrada y por el contrario, vio un gran espacio oscuro. Alejandro se acercó hacia un extremo y encendió una pequeña luz.

Extrañamente, para ella, no había nada, salvo por algo brillante que parecía de metal. Sus pensamientos fueron interrumpidos por la voz de él.

-Abre las piernas y relaja los brazos. Vamos a divertirnos hoy.

Vio que tenía consigo un par de cuerdas de cáñamo. Después vio cómo se arrodilló y comenzó a hacerle unos amarres en las los muslos y un poco más debajo de las rodillas. Él revisó la fuerza de los nudos y de los patrones, continuó con los brazos y luego con parte del torso. De nuevo, el roce de las cuerdas la hacían sentir excitada y húmeda.

-Creo que se ve bien. Ahora vamos a darle los toques finales.

Trajo consigo una silla y la sentó en medio del lugar. Además, elaboró un par de nudos complejos que sirvieron para unir pierna y brazo tomando como referencia el codo y la rodilla, respectivamente. Al final, Vanessa tenía las piernas abiertas y con la movilidad limitada en la parte superior.

-Inclínate un poco.

Alejandro se echó para atrás y parecía media la altura y demás proporciones tomando en cuenta el peso y la altura de Vanessa.

-Bien...

Tomó otra fracción de cuerda suficientemente larga y procedió a unir los puntos de las rodillas y la espalda. Ella no sabía muy bien de qué se trataba hasta que Alejandro volvió a posicionarse en el extremo de la habitación.

El sonido de un mecanismo se hizo más fuerte a los oídos de Vanessa. Algo parecía descender del techo y notó que se trataba de un gancho unido a una polea. En ese momento, comprendió las intenciones de Alejandro y sonrió internamente.

-Ya está...

Vanessa ascendía lentamente hasta que quedó en la altura que quiso Alejandro. Él retiró la silla y así fue cómo su fantasía de suspensión estaba a punto de hacerse realidad. Sólo faltaba unos cuantos detalles.

Ella lo buscaba desesperada con la mirada y sintió la mordaza de pelota en su boca. Él le dio un par de bofetadas y ya parecía listo para la acción.

-Bien, bien, Vanessa. Te dije que vamos a divertirnos, ¿cierto?

Asintió lentamente.

Él desabrochó sus pantalones y se bajó el pantalón. Sólo había tenía la camisa y el hambre que sentía por Vanessa. Iba ir hacia a ella pero se detuvo un momento, como si se le hubiera ocurrido una gran idea. Apareció luego con un fuate entre sus manos.

El primer impacto fue al muslo derecho y luego al izquierdo. Lo volvió hacer por segunda vez pero un poco más fuerte... Y otra, y otra vez.

A ese punto, los gritos de Vanessa fueron ahogados por la mordaza la cual, además, también estaba mojada por su saliva. De hecho, algunas gotas caían sobre sus pechos. Ella se sentía esclava de sus sensaciones y, a pesar del

dolor, quería sentir más.

Alejandro parecía leerle la mente por lo que, el cuero gastado del fute, le pareció que iría bien con la vulva abierta de ella. Dio un rápido vistazo y pudo constatar que estaba húmeda. Un par de golpecitos más para estimularla, hicieron que chillara y temblara.

-Te gusta, ¿verdad? Sé que sí. Lo sé porque eres una ramera y sé que quieres más. Te voy a dar más.

Le haló el cabello hacia atrás y la penetró sin avisar. Alejandro aprovechó los amarres de las piernas para sostenerse y para hacer que su miembro fuera adelante y hacia atrás. Lento y suave. Rápido y duro. Pero no era solamente la penetración, también estimulaba sus pezones al apretarlos y/o morderlos. Según él deseara en el momento. Y, si quería verla casi correrse, tomaba su pulgar y estimulaba su clítoris tan fuerte que sentía que sus piernas temblaban.

La follaba con fuerza porque quería adentrarse en su piel tanto como pudiera, quería ir más adentro, quería perderse en su carne y en la lujuria que le hacía sentir. Así que ambos, en medio de los gemidos, gruñidos y palabras de deseo, se corrieron juntos, mirándose a la cara.

Alejandro sacó su pene y dio unos últimos golpecitos sobre su vulva. Vanessa echó su cabeza para atrás en señal de que estaba rendida.

El sonido de la polea en descenso y los roces de las manos de Alejandro para deshacer los amarres, fueron señal de que la sesión había terminado... Al menos allí.

La tomó en brazos y la cargó, fueron a la habitación y la dejó en la cama. Él terminó de desvestirse. Fue hacia ella y la penetró de nuevo pero esta vez, la sensación era diferente. Vanessa lo abrazó y él se envolvió con ella. Estaban haciendo el amor.

Cuando se encontraban así, no había más nada en el Universo, todo sobraba y lo único real y hermoso era aquello que compartían, aquello que no tenía nombre pero algo que se sentía cada vez más.

Al terminar, Vanessa se juntó al cuerpo de Alejandro sintiéndose segura y protegida.

-Tenemos que hablar de algo importante, Vanessa. –Interrumpió él con voz

muy baja pero que denotaba seriedad.

-Sé a qué te refieres.

-¿Qué dirás?

-Que me he perdido intencionalmente. Que he querido alejarme de todo. De cierta manera es así y ha sido la mejor decisión que he tomado en mi vida.

-¿Estás segura?

-Parece que esa es tu pregunta favorita.

-Esto no ha sido fácil y lo sabes. No empezamos bien y entendería que...

-Basta, tío, acabamos de hacer el amor.

Lo abrazó con más fuerza.

-Pensemos que este momento es eterno. Pensemos que durará para siempre.

VIII

Desde el almuerzo de hacía un par de días, Rodrigo recordó la marca en el cuello de Alejandro. Pensó lo gracioso que era todo aquello, especialmente, por lo serio de su hermano. Volvió a ignorar el hecho hasta que hubo algo que le llamó poderosamente la atención. Un detalle que en ese momento había obviado pero que ahora era muy evidente: No habían hablado de Vanessa.

Antes de irse, Alejandro fue muy enfático sobre ella, de hecho, no perdía oportunidad en decirle lo mal que estaba el tener una relación con una mujer que lucía como todo una oportunista. No importara el momento o qué tan mal se sintiera, ahí estaba él para recordarle que él siempre tuvo la razón. Entonces, ¿qué había cambiado? Algo no estaba bien.

El contrato que tenía frente así permanecía sin tener su firma de autorización porque esa idea estaba dándole vueltas a la cabeza. Soltó la pluma y su instinto le gritaba que su hermano estaba ocultándole algo muy grave.

¿Qué debía hacer? Luego de cavilar varias veces, tomó el móvil y lo llamó. Uno, dos, tres repiques y nada. Comenzó a sentirse frenético cuando atendió la llamada.

-¿Sí?

-Hola, tío, quería saber si podía ir a tu piso a visitarte un rato y, no sé, hablar un rato.

Sintió un silencio al otro lado del teléfono.

-¿Qué dices?

Estaba seguro que algo estaba pasando.

-Tendré que darte la nueva dirección en donde estoy viviendo. Me mudé hace un par de meses.

-Vaya... Pásamela por SMS y paso luego, ¿te parece?

-Vale.

Colgó y supo que pronto sabría lo que estaba pasando.

IX

Alejandro estaba aún en su escritorio cuando trató de procesar aquella extraña conversación. Su hermano no era estúpido y probablemente sospechaba que algo estaba sucediendo. El panorama no pintaba nada bueno.

Era muy fácil entrar en pánico pero era mejor ocupar la mente en una solución, así que preparó sus cosas y fue en dirección a su casa. Algo había que hacer.

Vanessa estaba terminando de vestirse cuando escuchó un coche. Al asomarse cuidadosamente por la ventana, se trataba de Alejandro quien tenía una expresión fatal en su rostro.

-¿Qué ha pasado?

La tez morena de él se volvió pálida, casi fantasmal.

-Es mi hermano. En cualquier minuto estará aquí .

Vanessa sabía que aquello iba a suceder por lo cual no demostró sorpresa.

-Debemos decirle la verdad.

-¿Pero has enloquecido? Se trata de mi hermano que de paso es tu ex.

-Lo sé, pero en algún momento tendría que enterarse de nosotros, ¿o acaso pretendes ocultar nuestra relación hasta el fin de los tiempos?

-No es eso, Vanessa, son los problemas que hay detrás...

-Fui a reportarme a la policía y dije que todo estaba bien, que necesitaba un tiempo y que me lo he tomado.

-Joder...

-Sí, me hicieron un montón de preguntas pero dejaron de fastidiar cuando mencioné la fracturada relación con mi familia quienes, supuestamente, hicieron la denuncia. Sólo querían un poco de dinero o qué se yo.

-Dios mío... Pero... Eso quiere decir.

-Sí, eso está resuelto y ya no tienes por qué preocuparte por eso. Lo que se nos viene encima es lo de tu hermano y ambos debemos enfrentarlo. Ya no nos podemos esconder más.

Ella tenía razón. Las consecuencias serían terribles pero debían seguir adelante. No podían detenerse allí.

Un par de toques a la puerta anunció la llegada de Rodrigo. Alejandro se levantó con aplomo y fue hacia la entrada.

-Tío, pero si este lugar está pijo.

-Ven, entra.

Luego de una rápida inspección como un sabueso, Rodrigo se sentó en el sofá a sus anchas.

-¿Cerveza?

-Me conoces muy bien.

Los dos sentaron uno frente al otro.

-Pues, hagamos un brindis. Tenemos mucho tiempo que no nos reunimos como debe ser.

Dieron un largo sorbo a la botella y volvieron a mirarse. Estudiaban sus movimientos con cuidado, como enemigos.

-Sabes que recordé el otro día que estuvimos juntos almorzando. Me di cuenta que, de todo lo que charlamos, no hablamos mucho de Vanessa y me pareció un poco extraño.

-¿Qué es lo extraño?

-Que no hablaras de ella con tanto énfasis como solías.

-Pues, me pareció que todo eso ya había pasado, ¿por qué debía insistir en el tema?

-Alejandro, es obvio que está pasando algo, ¿no quieres decirme de qué se trata?

En ese momento, Rodrigo no podía creer lo que estaba pasando. Vanessa estaba acercándose hasta sentarse al lado de Alejandro.

-¿PERO QUÉ MIERDA ES ESTA?

-No tienes por qué gritar –Dijo Vanessa con la voz más calma posible- Ambos hemos estado saliendo.

Los ojos inyectados de sangre e ira de Rodrigo fueron hacia su hermano.

-TÚ...

-No... Fui yo, Rodrigo. Te la jugué a ti y quise jugármela con tu hermano pero no funcionó, me enamoré de él. De verdad.

-¿PERO DE QUÉ HABLAS?

-Pensé que no saldría mal si volvía hacer de las mías con él pero no, no pude. Nos conocimos mejor.

-Vanessa –Alejandro trató de intervenir.

-Es mejor así.

-SOIS UNAS BASURAS.

-No, él no, yo sí. Merezco todos tus insultos pero él no, Rodrigo. Créeme, él hizo todo para protegerte y tu familia también.

El silencio imperó en la sala hasta que Rodrigo dejó la botella de cerveza a medio terminar sobre la mesa. Por un lado su instinto no se había equivocado pero lamentaba al mismo tiempo que tuviera razón.

-Me has traicionado...

Salió dando un portazo.

Minutos después, Alejandro miró a Vanessa sorprendido.

-¿Por qué?

-Hay mucha verdad de lo que dije y es mejor que él se quede con eso. Es un tanto escandaloso hablar de un secuestro, ¿no crees?

-Es que...

-Lo sé. Tampoco hace falta decir algo más.

X

Pasaron los meses y Alejandro y Rodrigo no se hablaban. Durante ese tiempo, Vanessa había dado un giro de 180°, ahora se encontraba trabajando como asistente administrativo en una editorial de libros escolares. Parecía que estaba más contenta con lo que estaba haciendo.

Alejandro pudo realizar su propia firma de arquitectos. Aún es pequeña pero se siente orgulloso en decir que es suya y más cuando puede implementar sus ideas sin problemas.

Por otro lado, tras largas conversaciones y aclaratorias, los padres de Alejandro comprendieron su relación con Vanessa. Por supuesto, nunca supieron todos los pormenores porque ambos pensaron que era mejor reservar aquello para los dos, un secreto que compartirían por siempre.

A pesar que todo iba marchando como debía, Alejandro seguía extrañando a su hermano. A pesar de las diferencias y las peleas, ambos habían sido muy unidos. Pero, por su puesto, aquella noticia era difícil de tragar y debía aceptar las consecuencias de esa decisión.

-¿Crees que vuelvan a hablarse?

-No lo sé. Entiendo lo que debe sentirse, una vez tuvimos una disputa por una chica pero esto es diferente. No puedo culparlo.

-A veces lo mejor que se puede hacer es darle tiempo al tiempo, Alejandro. Es la opción que nos queda.

-Tienes razón.

Ese malestar estaría allí y no se iría nunca. Eran familia.

Un día, Alejandro hablaba con un cliente y su móvil no paraba de vibrar, incluso tuvo que guardarlo en su fiel bolso, que ya se encontraba bastante desgastado.

Al terminar, se percató que se trataba de su hermano.

-Almorcemos juntos.

Le envió la dirección por escrito junto al parco mensaje.

Había llegado la hora de almuerzo y el punto de encuentro era un pub

irlandés. Estaba a reventar y Alejandro pensó que lo dejaría plantado o algo peor. Trató de buscar a su hermano y escuchó un silbido desde una esquina.

-Eh, Alejo.

Su hermano estaba sentado al otro lado de la barra, esperándolo. Llegó hacia él y un aura de incomodidad se sintió de repente.

-Siéntate, venga.

Así hizo. Esperó que hablara o lo golpeará... O las dos.

-Te llamé porque extraño mi hermano menor y, adivinad, eres el único que tengo. Aún estoy enojado contigo pero mis padres dicen que te ven bien y feliz y eso me hace feliz también.

-Rodrigo, yo...

-No digas nada. Mejor comamos, ¿vale?

Las cervezas y las ya tradicionales hamburguesas aliviaron el ambiente. En poco rato, comenzaron a reír y a contar anécdotas.

-Debo irme, chaval. Dijo que me iría por una hora y ya me he tomado dos. No, no, yo pago... Dame tiempo, Alejo, dame tiempo. Esto no es fácil y lo debes entender. Además, quién sabe, quizás todo vuelva a como era antes.

Se abrazaron por largo rato y Rodrigo se escabulló entre la multitud de gente hasta la puerta. Alejandro, mientras, se sintió un poco más tranquilo a pesar del momento agridulce.

XI

Bien, parece que está lista.

-**B**Alejandro había terminado de construir una caja de madera. No tenía adornos u ornamentos, lo único especial es que estaba hecho de madera fuerte y maciza la cual la hacía un poco pesada.

Se apartó y se sintió orgulloso de su obra. En ese momento, tomó el teléfono y escribió a Vanessa, quien se encontraba en un viaje de negocios.

“Cuando vengas, sólo ten puesto el sobretodo, las medias y los tacones”.

Dejó la caja en el sótano y fue a tomarse una largar y reparadora ducha.

Ella leyó el mensaje y se acarició el collar dorado que tenía en el cuello. Sí, su dueño le dio un mejor presente que iba acorde a su relación y al tiempo que tenían. Entonces, al llegar al aeropuerto, fue al baño y se quitó toda la ropa a excepción de lo que Alejandro había pedido.

Abrió la puerta y encontró todo a oscuras salvo por una luz al final del pasillo.

-Ahí debe estar él –Pensó.

Dejó sus cosas en el sofá y caminó lentamente, como una pantera. Al final, lo encontró vestido de traje y con la deliciosa barba de tres días que tanto le gustaba.

-Bien, veo que has acatado mi orden. Qué buena niña.

-Sí, señor.

-Bien, ahora quítate eso y arrodíllate.

Al estar en esa posición, Vanessa vio cómo Alejandro se acercó con una cadena que ató a tu cuello.

-Vamos.

Ella fue gateando hasta que llegaron al nacimiento de las escaleras del sótano. Allí, Alejandro la tomó en brazo y la cargó hasta que se encontraron el nuevo espacio oscuro en donde ella había sido suspendida, salvo que, esa vez, se encontraba una caja de madera.

-Siéntate.

Así fue. El pecho de Vanessa estaba agitado, su corazón estaba a punto de salir y su entrepierna estaba más mojada que nunca. Lo había extrañado tanto que era difícil de ponerlo en palabras. Escuchó los pasos de Alejandro. Cada uno la ponía más o más ansiosa, ¿qué sería aquello que él habría preparado para ella?

Lo vio por fin con un pequeño de metal parecido a un sello. La única diferencia era que esta estaba al rojo vivo.

-¿Sabes qué es esto?

-Sí, señor.

-Bien, entonces con esto quiero hacerte entender que eres mía y que quiero que lo seas siempre.

-Quiero ser suya para siempre.

Llevó el sello hacia su muslo derecho y marcó a fuego a su sumisa. Las lágrimas de Vanessa fueron secadas por los besos de su amante.

-Te amo.

-Te amo, mi señor.

Secuestrando a Ana

Romance Oscuro y BDSM con la Mafia Rusa

I

Para ser sincera, he pasado por mi vida siguiendo la corriente. Como si no me importara nada... Y se alguna manera era así.

Provengo de una buena familia. De hecho, mis padres trabajaron mucho para que mis hermanos y yo tuviéramos un futuro prometedor. Lástima que ese plan no funcionó conmigo.

Después de terminar la secundaria, no sabía muy bien qué hacer con mi vida. Estaba confundida aunque lo único que pensaba era irme de allí, de ese suburbio soso que solo me recordaba que no encajaba por más que quisiera.

Luego de peleas y discusiones, mis padres se rindieron, mis hermanos dejaron de gastar saliva en tratar de convencerme que era mejor que optara por estudiar algo que me resultara útil. Ellos también se echaron para atrás y esto lo vi como una oportunidad.

Preparé una mochila y metí un par de jeans, unas camisetas y un poco de dinero que había ahorrado. Bajé las escaleras con cuidado, abrí la gran puerta principal y salí. Antes de correr hacia mi destino, giré y vi la casa, parecía un coloso dormido. No puedo negar ese sentimiento de tristeza que me embargó. Ese lugar había sido mi hogar pero ya no era así, estar allí se sentía extraño.

Me sequé las lágrimas y corrí toda la calle hasta que di con una solitaria parada. Miré mi reloj y supe que aún estaba a tiempo de tomar el último autobús. Al entrar me percaté que no llevaba conmigo el móvil. Puse cara de pánico hasta que recordé que me había ido de casa, que no tenía sentido ponerme de esa manera.

Así pues transcurrieron los años. Luego de esa noche, viajé al otro lado del país y buscando trabajo, encontré que solicitaban meseras. Me ganaba la vida

así y si soy sincera, no me iba mal.

Ahorré lo suficiente para alquilar un piso decente y hasta hacer varios cursos de diseño gráfico. Estaba entusiasmada porque finalmente estaba en el rumbo que quería... Mi familia nunca hubiera comprendido eso.

Pero no estoy aquí para contarles el cambio de mi vida. No. Es más, todo había sido muy tranquilo y sin preocupaciones hasta que un día todo cambió drásticamente.

Desde hacía algún tiempo, había quedado fija en una cafetería estilo bistró. La verdad es que estaba bastante contenta puesto que la paga era buena y se encontraba cerca de casa. Nada mal.

Un día, mientras atendía una mesa, sonó la campanilla de la puerta. No le presté atención sino hasta que me topé de frente con un tío de unos dos metros de alto, musculoso, tatuado y vestido negro. Cuando iba a disculparme, su rostro hermoso y perfecto, estaba tranquilo. Luego noté sus ojos azules, fríos y penetrantes.

-Disculpe, señor. Siento haberlo molestado.

Él no dijo nada, sólo esbozó una pequeña sonrisa que dejó entrever sus dientes blancos y cuidados.

Asintió suavemente la cabeza y me aparté a pesar del impacto.

-Vaya tío, eh.

-Da hasta miedo. Se ve muy intimidante.

-Ten cuidado, parece que es de una mafia o algo así.

Mis otras compañeras y yo nos quedamos detrás de la barra hablando de él.

-Oye, Ana, parece que te toca atenderlo. Está en tu área.

-No te le acerques mucho.

Respiré profundo y dejé en la cocina la orden de la primera mesa, luego tomé impulso y fui hacia donde se encontraba ese hombre tan misterioso. Al acercarme, me percaté que no se encontraba solo, estaba acompañado por dos hombres un poco más pequeños que él pero grandes en músculos. Los dos no decían palabra y se mantenían inexpresivos.

-Buenos días, bienvenidos. En esta parte podrán encontrar el espacial del día,

gofres con salsa de miel.

El hombre intimidante se adelantó en responder.

-Mis amigos no comerán nada pero yo estoy famélico.

Volvió a sonreírme y llevó una de sus manos para echarse el cabello largo y rubio hacia atrás. Ese pequeño gestic me pareció tan sexy que casi sentí que las rodillas me comenzaban a fallar.

-A ver... Dame un especial del día y un expreso grande. Ah, y un par de botellas de agua, por favor.

Estaba anotando todo a gran velocidad y cuando iba a hacer el despacho, él me extendió el menú mientras me miraba fijamente. Por lo general no tengo problemas con ello pero esta vez sentí que me atravesaba el cuerpo, el alma.

Después de dejar el pedido, volví a mi rutina, inmersa en los llamados, las cuentas y platos.

-Ana, debes llevar esta orden o si no se te va a enfriar.

-Vale, gracias.

De nuevo a la barra, buscar la orden y llevarla a la mesa que, esta vez, se encontraba sola. Dejé el plato, la taza con el café recién hecho y el par de botellas de agua.

-Disculpe, señor, ¿todo en orden?

-Sí, sí. Mis amigos salieron un momento pero imagino que están por regresar.

-Bien, estaré por aquí cerca si necesita algo.

Iba a retirarme cuando tomó con suavidad mi muñeca.

-¿Por qué no te sientas un momento y me acompañas así sea mientras me tomo el café?

Estaba sorprendida. Sus ojos los sentía como si me desnudaran.

-No puedo señor, no se nos está permitido.

-Entiendo. Si hay problema, podría hablar con el gerente y decirle que sólo quería un poco de compañía.

Me tomó un poco de tiempo pero finalmente accedí. Podía sentir las miradas de mi compañeros asustados o recriminándome, pero no pude ofrecer más

resistencia... Tampoco quería hacerlo.

Él sonrió y me miró hasta que rompió el silencio.

-Me llamo Alek. Mucho gusto.

-Mucho gusto, señor. Mi nombre es Ana.

-Ana... Lindo nombre.

Tomó el tenedor y se escuchó el crujido de los gofres al contacto de este. Reunió unos cuantos trozos y se los llevó a la boca.

-Uhhh, vaya, esto está increíble. Delicioso.

No podía decir nada. Me sentía congelada.

-¿Los has probado?

-¿Ah?, sí, sí. Ciertamente son exquisitos. Es uno de los platos más populares que tenemos, la verdad –Dije aún con sorpresa.

-No me sorprende.

Volvió a sonreír.

Estaba un poco nerviosa porque era una situación completamente nueva. Aun así, trataba de mantenerme tranquila y controlada.

-Deberías probar también los pasteles, son deliciosos.

-No soy muy de dulces o postres pero confiaré en ti. ¿Qué me sugieres?

-Uhm, podrías probar la tarta de ruibarbo. No es tan dulce. Seguramente te gustará.

Había notado que cada vez que hablaba, Alek me miraba fijamente. Se concentraba solamente en mí.

-Bien, entonces quiero un trozo para llevar.

-Estupendo. ¿Deseas algo más?

Él sonrió.

-Sí, tú número de teléfono.

Dejó el tenedor y el cuchillo en el borde del plato, tomó un último sorbo de café y se quedó esperando por mi respuesta. No parecía un hombre que se diera por vencido fácilmente y yo, la verdad, no quería negarme. Sentía una

especie de magnetismo por él y quería ir más lejos.

-Vale.

Le anoté mi número en una servilleta de papel y después tuve que excusarme porque aún tenía trabajo por hacer. Una caja con la tarta, la factura y una propina cuantiosa fue lo último que compartimos por ese día.

El día pasó como cualquier otro pero Alek fue para mí el acontecimiento que me marcaría para siempre. Ese mismo día, regresaba a casa desesperada por el cansancio. Sólo quería dormir.

Había subido rápidamente y abrí la puerta del piso. Encendí la luz y enseguida me quité los zapatos. Suspiré de alivio y el rugido del estómago no tardó en hacerse presente.

Cuando me disponía a dejar mis cosas en la mesa de café, escuché el móvil.

-Debe ser mamá.

Pensé y lo ignoré. Comencé a desvestirme y fui a tomar una larga ducha caliente. El mejor momento del día era ese, sin duda. Luego de salir, pensé que ya era hora de revisar el teléfono hasta que vi un número desconocido. Abrí el mensaje y un frío repentino invadió mi cuerpo.

-Hola, Ana. Es Alek. Siendo sincero no pude resistirme mucho tiempo y quise escribirte pronto. Espero que no te moleste.

No sabía qué responder. Soy pésima socializando, así que me senté en el sofá con el menú de comida china en una pierna y en móvil sobre la otra, con la cabeza dándome vueltas tratando de encontrar las palabras correctas.

-Hola, Alek. No te preocupes, ¿cómo has estado?

¿Sonará muy formal?, ¿distante?, ¿pensará que no me importa? Es terrible cuando tienes una especie de tormenta de pensamientos.

Llamé el delivery y puse un poco de Portishead para distraerme un poco. No quería pensar, la verdad... Sin embargo, de nuevo, el pitido.

-Pensando en ti, la verdad. Justamente me acabo de sentar para comer la tarta y tenías razón, me ha gustado y mucho. Creo que a partir de ahora no me costará mucho eso de aceptar tus sugerencias y eso que soy un poco necio al respecto.

Cuando leí el mensaje, me sentí como esas chavalas de escuela. Emocionada,

eufórica. El tío interesante, guapo y sexy me estaba hablando y mostraba interés en mí, todo parecía como un sueño.

Así pues pasé gran parte de la noche acostada o sentada escribiéndole, algo que es extraño puesto que me resulta aburrido hasta cierto punto el hacer este tipo de cosas pero con él no me pasaba.

-¿Tienes algo que hacer mañana después del trabajo?

-No, realmente no. De hecho creo que salgo un poco temprano.

-Genial, ¿te gustaría salir a cenar conmigo?

Dudé un poco pero una parte de mí quería que no lo pensara más. La respuesta era obvia.

-Me encantaría.

-Estupendo. ¿Qué te parece a las 8:00 p.m.?

-Genial. ¿En dónde nos encontramos?

-No te preocupes por eso, yo iré por ti. Dime la dirección, por favor.

-No me gustaría molestarte con eso.

-Para nada, Ana, yo estaría encantado de que aceptaras. De verdad.

A pesar de mi resistencia, le di la dirección y luego nos despedimos.

-Lamento dejarte, tengo unos compromisos que cumplir pero, ya sabes, mañana a las 8:00 p.m. Estoy ansioso desde ya.

-Yo también.

Dejé de nuevo el móvil sobre la mesa y me eché. Quedé ente un par de cajitas chinas y envoltorios de salsa agridulce. En ese momento me arrepentí de haber comido tanto.

Luego de un profundo y reparador sueño, me levanté de buen humor. Tomé una ducha fría, me puse el uniforme y encendí la radio mientras preparaba el desayuno. En ese instante, vino a mi mente la imagen de Alek como de sorpresa.

Alto, muy alto, de brazos fuertes, su cabello largo y rubio, aquellos ojos azules y fríos, con ese aspecto de tío indescifrable. Ya debía saber que tener relaciones con hombres así no se llega a ninguna parte pero lo cierto es que

soy una mujer terca y de alguna manera me atrae el peligro... Y Alek parecía tener mucho de eso.

Salí de casa y la calle estaba tan atestada como siempre, a pesar de ello, el cielo estaba despejado y el sol brillaba intensamente aún con el clima fresco. Parecía el día perfecto.

Cuando abrí la puerta, sólo estaba el chef principal y María, la mesera de más experiencia. Los dos parecían absorbidos por el gran periódico que tenían desplegado sobre la barra.

-Vaya, pero esta ciudad se volvió un nido de mafiosos, eh.

-Buenos días.

-¡Anita!, buen día.

-Vaya, parecen muy concentrados, eh.

-Demasiado, mira esto. Una noticia terrible.

“Lo que parecía un enfrentamiento de bandas del hampa común, terminó en una pelea territorial de dos de los grupos criminales más peligrosos de la ciudad. Fuentes anónimas aseguraron que el lugar permanecía con una especie de toque de queda desde hace semanas. A pesar de las denuncias de los vecinos, los oficiales no se presentaron en el lugar...”

-Vaya, qué mal esto.

-Sí, terrible. Parece que ha habido situaciones así en varias zonas de la ciudad. Es preocupante.

-Dicen que está vinculado a la mafia rusa e irlandesa. Esto se ha vuelto una locura.

Los dos dejaron el periódico y lo miré con cierto recelo. Sentía algo, como una especie de presentimiento pero no le hice caso.

-Son ideas mías –Pensé al tomar el pedazo de papel.

Respiré profundo, comencé a prepararme para limpiar un poco para luego abrir. No iba dejar que eso me distrajera a pesar que lo sentía como una alarma.

Platos, vasos vacíos, ceniceros atestados de colillas, servilletas sucias. Todo iba y venía con gran velocidad. Eso siempre sucedía los viernes. La cafetería

se llenaba más de lo usual y a veces se formaba una línea considerablemente larga fuera del local. Como hacía un poco de frío, salí con una bandeja con pequeños vasos de chocolate caliente.

Mientras pasaba, vi de reojo una gran camioneta negra aparcada en una esquina cerca. Parecía sospechosa pero decidí no prestarle atención. Entré de nuevo y la rutina parecía fluir como siempre.

Cerca de eso de las 4:00 p.m., tomé mi tarjeta y marqué la salida.

-Te envidio un poco. Siento que los pies no los soporto.

-No me envidies, la semana que viene estarás en mi lugar.

-Qué graciosa. Oye, un grupo vamos a salir esta noche, ¿vienes?

-No podré, tengo algo que hacer.

-Uhhh, disfruta mucho de eso, eh.

Salí con una sonrisa pícaro. Creo que nunca me había sentido tan entusiasmada como ese día.

Había llegado a casa y todavía estaba claro. Como siempre, puse un poco de música mientras me desvestía. Estaba pensando en Alek cuando escuché el móvil.

-Falta poco para que nos veamos. Espero que te guste el lugar en donde pienso llevarte hoy.

-¡Hola!; así es. Si te soy sincera, estoy un poco nerviosa. De seguro me gustará lo que tengas planificado.

Dejé el teléfono y me asomé por la ventana. Aún estaba claro pero por dentro ansiaba que cayera la noche para verlo. Había pasado un par de días y no podía creer lo emocionaba que me encontraba por esta cita. Se me hacía imposible.

Luego de limpiar y arreglar un poco, consideré que ya era momento de comenzar a prepararme.

A pesar que vivía en un piso pequeño, por alguna razón, la distribución de los espacios me hacía pensar lo contrario. La sala era amplia y mi habitación también, aunque no sucedía lo mismo con la cocina el cual era el único lugar en donde debía economizar hasta el último metro cuadrado. No obstante, ese lugar era mi orgullo.

Caminé hacia mi habitación desnuda para meterme en la ducha. Encendí la luz del baño y cerré la puerta ya que detrás de ella, se encontraba un espejo de cuerpo completo.

Aunque ya estaba acostumbrada al reflejo a tal punto que a veces ni me veía, esta vez era diferente. Me acerqué y noté que tenía una marca de quemadura en el brazo, probablemente producto de algún plato excesivamente caliente. También vi las estrías de mis piernas grandes y el lunar que tenía a un costado de la pierna.

Continué con la exploración y no pude obviar los senos pequeños y el enorme trasero que tantos complejos me había dejado cuando era adolescente. Me dio risa cómo nos volvemos tan complejos a medidas que crecemos.

Al final, decidí que mi cuerpo, de hecho, era lindo. Necesitaba quizás un poco de ejercicios pero nada del otro mundo. Me acerqué más el espejo y suspiré de fastidio al darme que debía retocar el color rojo que había adoptado hacía un par de meses.

Tomé la ducha y no podía evitar preguntarme si Alek pensaba en mí como yo lo hacía con él.

Luego de unos minutos, salí y fui hacia el armario. Salir con alguien como él, me hacía sentir una enorme presión. Era evidente que se trataba de un tío muy guapo y que de seguro estaría con mujeres despampanantes. Pero debía parar, ya que no quería continuar con un hilo de pensamientos que sabía que me iban a sabotear de manera magistral.

Con el dedo, repasé las prendas que colgaban. Como no tenía idea del lugar a donde iríamos, opté por un vestido negro sencillo. Lo saqué y lo sacudí un poco debido a que tenía unas pequeñas motas de sucio. Luego lo dejé en la manilla de la puerta para luego concentrarme en los zapatos. De verdad que era casi anormal la presión que sentía.

Varias sesiones de respiración después, me senté frente a un pequeño espejo que tenía sobre la cómoda. Poco a poco me iba quitando la expresión de cansancio para transformarme en casi una mujer glamorosa. Recordé con precisión los pasos de un maquillaje exitoso y me sentía orgullosa de mi misma.

-Voy saliendo por ti.

Justo al leer esto, terminaba de alistarme. Me paré frente al espejo del baño y

me sentí conforme.

-Bien, aquí vamos.

Tomé una pequeña cartera y procedí a guardar un par de tarjetas, mi identificación, las llaves y el móvil. Había un mensaje el cual supuse que era él avisándome que ya estaba bastante cerca.

En ese momento, sentí una especie de acelerón y mi pecho parecía un tambor. Respiré profundo y salí del piso para esperar a Alek. Hacía un poco de frío pero afortunadamente él ya estaba esperándome. Se veía tan alto y guapo que fue como sentir que me golpeaba un tren. Estaba vestido con un traje impecable y completamente de negro. El cabello lo tenía hacia atrás así que sus ojos se veían más penetrantes y fríos que la primera vez.

Me acerqué poco a poco pero él fue más rápido que yo, ya que su mano se posó sobre mi cintura y se colocó casi junto a mi rostro. Con voz baja, casi susurrando, me dijo.

-Pero qué guapa estás.

-Gracias...

Sólo pude decir con algo de dificultad. Estar así, tan cerca, me resultaba un poco intimidante.

-Ven, vamos a mi coche.

Salimos y una brisa fría casi me hizo retroceder. Alek, no obstante, me tomó con más fuerza y su calor también había servido como un abrigo. Estaba sintiéndome casi en el paraíso.

Nos acercamos a un gran coche de lujo, la verdad es que no podría decir qué modelo porque no sé nada de coches. Pero sí sabía que era lujoso.

Abrió la puerta con gentileza y esperó a que me montara. Luego se dirigió hacia el puesto del conductor. Mientras lo hacía, yo me sentía más nerviosa que nunca. No me había fijado realmente en lo guapo que era Alek y en lo intimidante de su presencia.

Se montó finalmente y tomó con suavidad el volante con ambas manos.

-Bien –dijo sonriendo- ahora vamos hacia un lugar que creo que te gustará.

-Vale.

Arrancó el motor que sonó casi como un gato ronroneando y comenzó la marcha. Estaba entusiasmada mientras veía las luces de las calles iluminando el interior de ese increíble coche.

Luego nos dirigimos a una ruta que nunca había conocido. Aunque traté de calmarme, mi paranoia se disparó. Él giró a verme y sonrió con cierta malicia.

-Ana, no tienes por qué poner esa expresión. Te dije que vamos a un sitio que creo que te va a gustar, no te haré daño. ¿Vale?

-Lo siento, es que tiendo a ser algo desconfiada.

-Eso no es malo, todo lo contrario, pero, esta vez, tienes que creerme.

-Vale.

Subimos una larga e interminable colina hasta que Alek comenzó a desacelerar. No sabía de qué se trataba hasta que vi una mesa en medio de un hermoso mirador.

-Aquí es – dijo, antes de bajarse.

Permanecí un poco fría hasta que escuché el click de la puerta que se abría. La mano de Alek que se extendía frente a mí.

Salí del coche con su ayuda y el primer impacto fue superado cuando me dediqué a observar con cuidado lo que él había preparado. Una mesa redonda la cual descansaba un pequeño arreglo de flores blancas y velas, un par de sillas y el cielo despejado y lleno de estrellas.

-Esto... Esto es hermoso.

No lo podía creer. El brillo del cielo y de las luces de la ciudad, las velas y el suave aroma de la comida que se podía percibir cerca.

-He preparado una cena sencilla. ¿Está bien?

Lo miré fijamente sin poder decir palabra. Sólo pude esbozar una sonrisa y él entendió lo que mi boca no podía decir.

Nunca había sido agasajada de esa manera, de hecho solía salir con tíos que más despreocupados y hasta ordinarios. Pero ahora me encontraba con una vista increíble en compañía de un hombre tan... Diferente.

Alek tomó una de las sillas y la apartó suavemente como para que me sentara

allí. Así lo hice y pude admirar todo alrededor. Me fijé que hacía una seña y un par de chefs se presentaron casi de inmediato. Se encontraban en un toldo cerca y comenzaron a preparar los platillos.

-Aquí les colocamos una entrada de pulpo con aceite de oliva y pimienta. Espero que les guste.

Él tomó una botella fría y la destapó.

-¿Deseas un poco de vino blanco?

-Sí, gracias.

Comenzamos a comer y la verdad es que nunca había probado algo así en toda mi vida. Los sabores eran increíbles y me sentía casi de la realeza.

-Esto está exquisito.

-Me alegra mucho que te guste. Estaba un poco preocupado porque no sé cuáles son tus gustos en comida.

-Ja, ja, ja. Pues, como de todo, creo que lo único que no tolero bien son las aceitunas pero siempre estoy abierta a nuevas experiencias.

Alek levantó la ceja y me miró.

-¿Ah sí?

Volvía a sentirme nerviosa justamente cuando comenzaba a relajarme.

-Venga, me refiero a que si es cierto que estás dispuesta a vivir cosas nuevas.

-Pues, sí. De hecho es algo que he aprendido desde que me fui de casa...

-Cuéntame eso, por favor.

Miré un poco dudosa pero Alek parecía insistir con la mirada. Me preparaba para eso cuando un par de platos de codornices asadas y coles de Bruselas, estaban a punto de terminar en nuestros puestos.

-... Mi familia es acomodada. Mis padres son médicos y trabajaron muy duro para criarnos a mis hermanos y a mí. Lo cierto es que nunca sentí que encajara de verdad tanto así que pasé mucho tiempo sin saber qué hacer con mi vida y eso, para mi familia, era impensable. Así que ahorré un poco de dinero y me fui en medio de la noche.

-Todos debemos encontrar nuestro propio lugar en el mundo. Te entiendo

perfectamente. ¿Crees que fue la mejor decisión que tomaste?

-Sin duda. No me arrepiento de ello. Si no lo hacía probablemente hubiera terminado muy mal.

-Eso es lo importante, Ana. Estar seguros de lo que somos y hacia dónde vamos. Nadie lo sabe mejor que nosotros mismos.

Quedamos un momento en silencio. Se me formó un nudo en la garganta por lo que tomé una copa de vino y bebí un poco. Alek me observaba hasta que finalmente habló con voz un poco taciturna.

-Nací en Rusia, en Samara, una de las ciudades más importantes del país. La familia de mi padre tenía una empresa de textiles que les fue arrebatada. Así que crecí en la pobreza y en la miseria. Había veces que no sabíamos si comeríamos. Me entristece un poco, viéndolo ahora, el inútil esfuerzo de mi madre de esconder la realidad.

>>Sin embargo era demasiado obvio. Eventualmente ambos murieron y yo me fui de allí pero con la determinación de que nunca más viviría como en mi niñez. Trabajé como nunca y ahora puedo darme los lujos con los que soñaba antes de dormir.

Terminó la frase con cierta amargura y no quise decir alguna estupidez. En ese momento supe que se trataba de un tema delicado para él... Para ambos.

-A pesar que me guste saber de ti, no quisiera que esto se vuelva una velada triste. Más bien tenemos que celebrar que hayamos coincidido. ¿No crees?

-Por supuesto, tienes razón.

Luego de haber terminado con el principal, el broche de oro fue un volcán de chocolate con frutos rojos. Tan delicioso que casi no podía creerlo.

Un par de tragos más, nos levantamos y nos acercamos hacia un banco. Nos sentamos y hacía un poco de frío, por lo que Alek se quitó su chaqueta y me la colocó con delicadeza sobre los hombros. Casi inmediatamente pude sentir el calor remanente sobre la prenda.

Miramos el horizonte en silencio y de repente sentí su mano sobre la mía. Giré a verlo y aún mantenía su rostro fijo en el paisaje. Yo trataba, sin embargo, de entender lo que estaba sucediendo.

-Este es uno de mis lugares favoritos. ¿Qué te parece?

-Es increíble. Y muy tranquilo.

-¿Qué te ha parecido la cena?

-Divina –Sonreí- Nunca en mi vida he comido así de delicioso.

Alek sonrió como si se tratara de una gran victoria... Yo hice lo mismo pero escondiéndome un poco. Estuvimos así un rato más hasta que él comenzó a hablar.

-No soy muy bueno con las palabras, Ana. Como habrás notado, puedo pasar largos periodos de tiempo sin hablar y eso puede ser molesto o incómodo para ciertas personas. Lo mío va más con las acciones por lo tanto, puedo ser muy directo.

Giró a verme y supongo la expresión de sorpresa porque rió casi de inmediato.

-JA, JA, JA, JA. Venga, Ana, no pongas esa cara. –Se acercó suavemente- No te haré daño. Nunca lo haría.

Su mano grande, blanca y fuerte se dirigió hacia mi mentón y parte de mi mejilla. A medida que lo hacía, sentía que el corazón iba a salirme del pecho. Estaba nerviosa, ansiosa y deseosa de saber cuál sería el próximo paso.

Se acercó lentamente, cerró los ojos y sentí el calor de sus labios sobre los míos. Su lengua, al poco tiempo, comenzó a buscar la mía. Suave, agradable, lujuriosa, así era y yo no evitarlo más, tuve que entregarme a ello.

Los dos quedamos fundidos en un solo beso, en un abrazo tan profundo e intenso como la unión de nuestros labios. Al estar así junto a él, el frío no existía, sólo importaba Alek.

Lo que pensé que era una eternidad, realmente fueron un pocos minutos. Al final, nos separamos lentamente y abrimos los ojos como para darnos cuenta que realmente estábamos allí y que era necesario pisar tierra. Aunque, siendo sincera, yo no quería. En lo más mínimo.

-Debo llevarte a casa, mañana debes trabajar, ¿no?

Estuve en silencio. Quería responderle que no importaba, que el restaurante no se iba a caer por mi culpa pero digamos que el instinto del cumplimiento del deber fue más fuerte que la propia tentación.

-Sí, la verdad es que sí.

Él se levantó y me extendió su mano, tal cual cuando salía de su coche. Al hacerlo, sentí la fuerza de su gran brazo y me llevó de nuevo hacia sí. Tomé su pecho y me coloqué de puntillas para besarlo. Fue inevitable.

Luego caminamos hacia el coche tomados de la mano. Parecíamos una pareja juguetona como cualquier otra. Nos montamos y toda aquella fantasía de los chefs, toldos y mesas con flores estaba desapareciendo a la velocidad del rayo. Por alguna razón, tuve una extraña sensación dentro de mí. Como si todo lo que tuviera que ver con Alek era eso, una ilusión.

La idea se desvaneció de mi mente cuando escuché de nuevo su voz.

-Sé que debes llegar temprano pero quiero que me acompañes a otro sitio. Es un poco diferente de este, ¿qué te parece?

Como si el alma me regresara al cuerpo, dije que sí sin dudar. Él tomó con entusiasmo el volante y aceleró un poco.

-Me gusta mucho la velocidad, ¿sabes? A veces, cuando tengo tiempo, corro por una pista tan rápido como quiera. Es una sensación increíble. ¿Te asusta?

-Un poco pero he de confesar que hay algo que me resulta muy atractivo.

Alek giró su cabeza para verme. Estaba concentrado e ignorando lo que tenía en frente. No tenía miedo, no lo puedo negar, aunque estar con él era como sentir que me lanzaba al vacío.

Sonreía y sabía que con eso me tenía en su red. Luego volvió a mirar hacia la vía como si nada hubiera pasado.

Al poco tiempo, habíamos llegado a un restaurante en el corazón de la ciudad. Lo curioso, sin embargo, es que parecía completamente vacío. Alek estacionó a las afueras y un mozo salió entre las sombras. Se acercó hacia la puerta en donde se encontraba Alek y este salió con suavidad para luego abrirme la puerta.

El frío de la noche volvió a recibirme pero esta vez, no era incómodo porque mi propio cuerpo parecía estar en llamas.

Entramos al lugar que estaba a oscuras salvo por una mesa en el medio iluminada con velas.

-Sorpresa –Dijo sonriendo.

De repente, unas pequeñas luces iluminaron los alrededores y una mesera

esperaba por nosotros.

-Buenas noches y bienvenidos. Esta es nuestra carta de cafés, té y digestivos. Además, si desean postre, también estamos preparados para aceptar cualquier solicitud que deseen.

No sabía qué decir, la verdad. Estaba acostumbrada a cervezas y hamburguesas y esto era un giro bastante drástico.

-El licor de naranja es exquisito. Pero si quieres algo más ligero, este té es increíble.

-Wow, nunca había venido a este lugar.

-Es un pequeño secreto. Además, quería cerrar la noche con algo más cálido y agradable.

Él, efectivamente, pidió una pequeña copa con licor de naranja y yo opté por un té de jazmín.

Alek hablaba más animadamente. Se acercaba a mí y tomaba mi mano o de repente hacía gestos en el aire mientras trataba de explicar el frío en su pueblo natal.

-Recuerdo que de niño usaba un montón de abrigo y aun así me congelaba. Afortunadamente siempre estaba corriendo o haciendo algo. Es una manera interesante de encontrar un poco de calor.

Hablaba de sí mismo, decía que le encantaban los tatuajes y que vestía siempre de negro porque era su color favorito. Cada tanto dejaba salir información sobre su vida que me tenía impresionada. Parecía una persona, de hecho, muy difícil para llegar a ese punto.

De la oscuridad emergió una figura corpulenta que rápidamente pude identificar como uno de los hombres de negro que lo acompañaban el día que vi por primera vez a Alek en el bistró.

Sentí la mirada fría y casi ausente de aquel hombre. Fue fugaz pero también intimidante.

-Sí... Sí. Entiendo. Avisa que llegaré en unos minutos.

Volvió a desvanecerse y Alek me miró con un genuino sentimiento de culpa.

-Lo siento mucho, Ana, pero debo irme. Se me presentó algo urgente que debo atender. ¿Podrías disculparme?

-Claro que sí, no te preocupes.

Nos levantamos de la silla y salimos. La noche se veía tan hermosa y brillante como si aún estuviéramos en la colina. Él tomó mi mano y la acarició.

-La cita de hoy me gustó mucho y espero que a ti también.

-Claro que sí.

Me haló hacia sí y nos volvimos a besar. Ya esta sensación de que el mundo se detiene se estaba volviendo cada vez más intensa. Siempre pensé que esas sensaciones sólo eran posibles en las novelas románticas o en las películas pero no. Son más reales de lo que se piensa.

Lentamente se separó de mí mientras que yo seguía flotando en una nube. Al tenerlo tan cerca, Alek se veía sublime, casi como si fuera un espejismo o un ente fuera de este mundo.

-Prometo que te lo compensaré, pero ya sabes cómo es esto. Negocios son negocios.

Asentí y me dejó entrar a un coche negro que me llevaría a casa. El chófer estaba en silencio y sólo vi una reacción de él cuando bajó la ventanilla y los labios de Alek le decían algo incomprensible para mis oídos.

Traté de agudizar mis oídos tanto como pude pero no obtuve éxito, así que preferí quedarme en silencio y entregarme al tratamiento de lujo que estaba recibiendo. Luego de unas pocas palabras, el coche arrancó con rapidez y me apoyé en el asiento para descansar. Todo el día había caído de repente en mis hombros y comencé a sentir sueño.

Caí en mi cama no sé, cómo no sé cuándo. Sólo abrí los ojos entre mis sábanas y, cuando me levanté, vi que no me había quitado el maquillaje lo suficiente pero estaba contenta. Había pasado una noche excelente.

Revisé el reloj de la mesa de noche y noté que aún tenía tiempo para tomar un baño, arreglarme y salir a trabajar. Fui directo a la ducha y dejé que fluyera el agua fría para terminar de espantar el sueño.

Salí y revisé el móvil. Alek me había escrito y una especie de ráfaga de aire fresco había golpeado mi rostro.

-Buenos días. Probablemente te estés arreglando para ir a trabajar. Sólo quería saludarte y saber que estás bien.

Me encantaba que él me atendiera, me sentía consentida, casi como una princesa.

-...¿Qué te parece si nos encontramos más tarde?

-Me encantaría.

El reloj, sin embargo, seguía corriendo y lo último que recuerdo era tener un pan tostado en la boca y el bolso a medio cerrar.

Iba casi corriendo por la calle cuando sentí una especie de extraña presencia. Traté de ignorar aquello porque de verdad iba muy tarde. Al pasar cerca de una tienda, el reflejo de los vidrios desdibujaba la figura de una camioneta negra, la misma que había visto mientras repartía bebidas calientes en un día de frío fuera del bistró.

Al tener ese evento tan cerca, la angustia y la paranoia comenzaron a tomar el control de mi cuerpo. Comencé a sudar. La frente la tenía perlada y mis piernas querían andar más rápido de lo que podía su capacidad. El bistró se veía cerca pero a la vez tan lejos.

Las ruedas de la camioneta parecía que me pisaban los talones hasta que vi que uno de los cocineros salía para fumarse un cigarro. Aquella visión parecía casi un milagro.

-¡Hola!, ¡Buenos días!

-Hola, Ana. Vaya, ¿estás bien, tía? Estás bañada en sudor, eh.

No estaba bien, era obvio y no pude articular palabra alguna. La mirada del cocinero fue de duda a seria preocupación que se agudizó más cuando se percató de la camioneta y de cómo esta había hecho un acelerón que hasta marcó el asfalto.

Caí al suelo como si tuviera plomo en las rodillas... De ahí no recuerdo nada más.

II

Aunque no lo hubiera querido, el gerente del bistró me pidió que regresa a casa.

-Y aprovecha de hacer la denuncia. No es normal que ande detrás de ti una camioneta negra. Puede ser sospechoso.

-No es nada.

-No ignores eso. ¿Recuerdas el enfrentamiento que hubo entre las bandas el otro día? La ciudad se está volviendo en un nido de criminales y lo menos que podemos hacer es tratar de protegernos a nosotros mismos.

-Vale, cuando tenga un tiempo.

-Hazlo pronto, Ana. El crimen no espera.

-Está bien.

Salí del bistró sintiéndome inútil y observada. Una de las razones que había dejado mi casa era para sentirme libre y ya no era así. Estaba presa por alguna razón y no entendía por qué.

Para cumplir con las recomendaciones del gerente, tomé un taxi de línea que me dejó en casa y de allí, subí rápidamente, me desnudé y me metí en la cama para tratar de olvidarme de todo lo que había pasado.

Transcurrieron las horas y la oscuridad consumió por completo las paredes del piso. Dolor de cabeza y un hambre feroz me levantaron de la cama para ir qué había en la cocina.

Una pastilla y un trago de agua después, abrí la nevera para ver qué había y la luz del interior para sólo mostrar un frasco de salsa de tomate, un trozo de tortilla duro y medio limón. Sin duda, un panorama nada alentador.

Con pereza, comencé a vestirme para ir a la vuelta de la esquina para comprar algo para calmar el hambre. Nada extravagante porque no quería cocinar.

Un par de jeans, gomas deportivas, una franela y una sudadera. Con aún los ojos entrecerrados, salí a hacer las compras.

La calle estaba como siempre, de hecho no evidenció algún cambio representativo. Había gente caminando, hablando, tranquila. En fin, nada

fuera de lo usual. Al entrar a la tienda, el dependiente estaba viendo un pequeño televisor con desgano mientras comía una bolsa de patatas fritas.

Fui al fondo como siempre porque allí estaban las cosas que me interesaban. En ese momento, hubo una especie de situación a la cual no le presté atención. Sucede como en las películas en donde el protagonista está cerca de una catástrofe pero no lo ve porque está inmerso en sus pensamientos. Pues, así me pasó. No pude advertir lo que iba a pasar.

Una mano grande y fría se posó sobre mi antebrazo con exagerada fuerza. Volteé pero algo me nubló la vista y un fuerte olor a algo parecido al alcohol y mis ojos se volvieron pesados así como el resto de mi cuerpo.

A mi mente le faltaba poco para nublarse pero pude ver de reojo el desastre de los anaqueles y al pobre tío de las palomitas en el suelo, quejándose del dolor. De resto, todo era una especie de niebla que se espesaba cada vez más sobre mis ojos.

III

Abrí los ojos de repente, como si despertara de un mal sueño... Pero que aún seguía en él. Un olor a humedad invadió mi nariz a tal punto que se me revolvió el estómago. A pesar del malestar, traté de levantarme pero no pude. Al no comprender la razón, vi mis muñecas atadas con una especie de cuerda de cáñamo al igual que mis rodillas y mis tobillos.

Sí, quise gritar pero tampoco pude. Tenía la boca tapada con una mordaza de tela blanca, más o menos con el mismo olor que percibí en la tienda de conveniencia. Por lo tanto, esa sensación de mareo iba y venía.

Hubo un ruido metálico y unas palabras que no pude entender, salvo por unas pocas.

-Suéltela... Comida... ¡Ya!

Volvía a cerrar los ojos y me entregué a las penumbras.

Una especie de corriente eléctrica recorrió mi cuerpo y abrí los ojos como platos. Ya no percibía la humedad o el paño en mi boca, ahora estaba sentada sobre una cama, mareada pero sin ataduras.

Me vi las muñecas y aún estaban enrojecidas. Me las toqué con delicadeza y sentí un dolor agudo que hizo que me colocara en posición fetal. Luego de unos minutos, miré a mi alrededor y me encontraba en una especie de habitación iluminada, sin ventanas y sin muebles. Muy parecido a una celda cualquiera.

Imagino que algunas personas, ante una situación similar, comienzan a gritar, a buscar la salida, en fin, a dar pelea de aquello que desconoce. Eso, sin embargo, no pasó conmigo. Estaba aterrada, bastante, pero no sabía exactamente qué hacer.

Me levanté a estudiar con cuidado la habitación. Las paredes eran blancas, pulcras, extrañamente sin ninguna marca. Lo mismo pude concluir del catre. Era sencillo pero parecía nuevo. No había ventanas y no se podía oír nada del exterior. La puerta, además, era de metal reforzado así que salir de allí parecía que requería de un acto de magia.

Al percatarme de todo, una creciente sensación de pánico y horror comenzó a

crecer dentro de mí a tal punto que caí al suelo debido a que no podía respirar debidamente. En ese instante, se abrió la puerta y un hombre me tomó en brazos.

-Vamos, venga. Acuéstate y trata de relajarte.

Su voz era calma, serena, como si tuviera todo bajo control.

-¿Qué hago aquí?, ¿por qué no me dejan ir?- Dije apenas pude encontrar las palabras en medio de mi crisis.

-Si mantienes la calma, todo saldrá bien. No te preocupes. Pero, hey, debes estar tranquila, tía. De lo contrario, todo puede ir mal.

Tuve que obedecer. Entendí que, de continuar, iba a gastar energías y tiempo. Debía más bien mantenerme alerta ante cualquier cosa que sucediera y pensar con cabeza fría.

-Venga, toma esto. Te hará descansar.

Obligada, nuevamente, ingerí una pastilla sin saber el efecto que haría en mi cuerpo. Las manos fuertes de aquel hombre, me recostaron en el catre y no supe más de mí en unas cuantas horas.

IV

-¡A levantarse, vamos!

Una nueva voz, esta vez más fría y autoritaria, me despertó de la nada.

-Ya es de día, tía. A comer.

Tenía una capucha y en una de sus manos una bandeja con un par de rebanadas de pan de caja untados con algo que creo que era manteca.

-A comer.

Me senté en silencio y engullí los panes fríos. Al terminarlos, volvió a tomar la bandeja y a cerrar la puerta con fuerza. Seguía mareada, seguía sin entender lo que sucedía.

Dejé caer mi cuerpo y comencé a llorar como nunca en mi vida. Sentía la muerte respirándome en el cuello y no entendía por qué me estaba pasando esto.

-¿Saben que mi familia tiene dinero?

-Pero es que no sé de ellos desde hace tanto.

-Sí, debe ser por tu familia.

-Pero, ¿después de tantos años? Es absurdo.

Ahí estaba, en medio de un infierno blanco, cavilando sobre las posibles razones del porqué de este secuestro. Lloré tanto que mi rostro estaba a punto de explotar y caí rendida en medio de las lágrimas.

Conforme pasó el tiempo, perdí la noción de la realidad. No sabía qué día era ni la hora. Estaba perdida, como un naufrago en el medio del mar.

Todo era una rutina. Alguien diferente abría la puerta, dejaba comida y luego se iba para dejarme sola. Día tras día, siempre lo mismo. Mientras, trataba de mantener mi sanidad tanto como podía.

Al hallarme al borde de la desesperación, me sentaba sobre el catre y recitaba algunas lecciones que había aprendido de niña o repetía sin parar los nombres y ocupaciones de mis compañeros de trabajo en el bistró. Hablaba en voz alta para recordar mi voz y para pretender que estaba en una conversación. Sentía

que si no lo hacía, iba a enloquecer.

Hubo una noche en donde pensaba solo en Alek y lo hermoso que era.

-¿Se acordará de mí?

-No, no creo.

Y rompía en llanto. Todo lo que había hecho, todo el trabajo y el esfuerzo se habían ido por el drenaje. A este punto sólo quería un balazo en medio de la frente.

En medio de la noche, (lo sabía porque había pasado un rato después de cenar), escuché un ruido que me arrancó del sueño. Me levanté y logré identificar el sonido como una especie de explosión.

Estaba confundida, había veces en donde no distinguía bien de la fantasía y de la realidad así que pensé que estaba soñando. Pero esto, esto era diferente.

Las explosiones continuaban y no sabía bien cómo actuar. Mi instinto me decía que me quedara tranquila y que no me alterara, que era mejor esperar... Pero, ¿esperar qué?, no lo sabía muy bien pero debía confiar en ese algo que me gritaba el interior de mi cuerpo.

Permanecí sentada sobre el catre por un rato, hasta que escuché un fuerte ruido. La puerta se abrió como si fuera un obstáculo muy ligero. Un hombre con un arma larga, corpulento y vestido de negro entró resuelto, imbatible. Estaba congelada. Mis piernas no podían moverse, mis ojos estaban abiertos como queriendo percibir tanto como pudiera y mi boca emitía un ruido ahogado.

-¡Ven conmigo!, es hora de irnos.

Pensé que le había hablado pero no, no había dicho nada, se me hacía imposible hacerlo.

-¡HE DICHO QUE VEN GAS CONMIGO!

Entró de golpe y me tomó por el brazo. Debido a la debilidad que tenía en mis piernas, casi caí al suelo pero él pudo levantarme en cuestión de segundos, como una pluma.

Recorrimos el pasillo iluminado, brillante y caótico. Se escuchaban detonaciones, las paredes estaban marcadas por las balas y culetazos, sangre y golpes. Corría según el ritmo de mi supuesto salvador.

-Venga, más rápido que casi llegamos.

Tras un recorrido largo e intenso, un resplandor casi me encegueció. Tardé unos minutos en darme cuenta que por fin me hallaba libre. O al menos eso era lo que creía. El sonido de un helicóptero se hacía más intenso y sentí la mano de mi acompañante sobre mi cabeza.

-Cuidado.

Hice caso, a ese punto estaba completamente entregada a mi suerte. Con un poco de dificultad pude entrar y la dureza del catre había sido reemplazada por asientos cómodos y de cuero. Como hacía frío, me colocaron una manta que se sintió agradable y cálida. La tomé con ambas manos y pude notar el estado en el que se encontraban: Sucias, con callos y faltas de color.

Comenzamos a despegar e hice el pobre intento para mirar a la ventana, sin embargo mis párpados se cerraban a pesar de mi esfuerzo. Caí dormida cuando por fin me sentí a salvo.

V

Cuando era niña, tenía la fantasía de que alguien me rescataría y me llevaría consigo y así daría inicio a una aventura increíble. Pensándolo bien, yo fui mi propio caballero de brillante armadura. Había escapado y me había prometido que las decisiones que tomaría serían en pro de mi libertad... Pero ahora todo había cambiado drásticamente, sentía que una fuerza más intensa estaba sobre mí.

Una especie de brisa fresca rozó mi rostro, esa sensación tan agradable que también servía para recordarme que estaba viva... Que, de alguna manera, había sobrevivido.

Abrí los ojos y era de día. Lo supe porque una luz cálida y agradable estaba sobre mi brazo. Al verlo, pude notar las heridas y moretones curándose. Estiré mis dedos y demás articulaciones como si quisiera verificar que todo estaba funcionando como debía.

Lentamente me incorporé y sentí que me dolían ciertas partes del cuerpo, además, me estaba dando hambre.

Entonces decidí levantarme y la diferencia de ambientes era impresionante. Ya no había catre sino una cama ancha, con sábanas limpias y cómodas. Había una ventana, un par de cómodas al lado de la cama y una pequeña mesa tipo escritorio y, sobre este, había un jarrón de flores. Era la primera cosa dulce y amable desde hacía mucho tiempo.

Me levanté tratando de acercarme a esa mesa y justo en ese momento escuché una especie de “clic” que provenía de la mesa. Estuve a punto de desvanecerme porque no estaba preparada para enfrentar de nuevo una situación como esta.

Poco a poco me eché para atrás y vi la ventana como la vía de escape que debía tomar. Traté de buscar algún objeto filoso pero no podía ver nada... Era imposible, de nuevo estaba atrapada.

Se abrió la puerta y la sombra del intruso se iba desvaneciendo poco a poco. Mi expresión fue del miedo a la sorpresa. Se trataba de Alek.

Simplemente no lo podía creer. Él trataba de acercarse pero yo me echaba más para atrás, estaba aterrada, sin saber lo que sucedía.

-Ana, vamos, siéntate. Tengo que hablarte de muchas cosas.

A pesar de lo cansada que estaba, aún me mantenía de pie. Por un lado, estaba muy feliz de verlo, hasta quería lanzarme sobre él y abrazarlo como nunca. Pero también estaba contrariada, ¿cómo era posible que se encontrara allí? ¿él fue mi salvador que derribó la puerta para buscarme?

Tras unos minutos, descendí sobre la cama y quedé frente a Alek. Tenía el cabello hacia atrás y la luz parecía que hacía resplandecer su tez blanca. La vista estaba fija en mí pero no tenía aquella expresión fría que le había conocido alguna vez. Más bien todo lo contrario, parecía feliz al verme.

-Ana, sé que debes estar muy confundida y no es para menos. Por eso te pedí que te sentaras ya que es una historia un poco larga que contar, pero primero quiero preguntarte algo, ¿recuerdas haber visto un coche negro?

En ese momento sentí una especie de punzada en el interior, como algo que me atravesara por completo.

-Eh, sí, sí. De hecho hubo una vez que me siguió prácticamente por varias calles y no paró hasta que vi a uno de mis compañeros de trabajo. Me sentí realmente preocupada porque pensé que me harían algo.

-Bien, de hecho ese era el plan.

Abrí los ojos y torcí la cabeza como si no entendiera lo que él me estaba diciendo.

-Sí, Ana. En primer lugar estaba estudiando tus movimientos y me temo que esa vez, en la que sentiste que algo iba a salir mal, el objetivo era ese. Raptarte, no obstante no salió como lo habían planeado.

-¡Un momento! – dije interrumpiéndolo, casi colérica- ¿por qué habrían de hacer eso? ¿qué les sucede?

Alek dio un largo suspiro y se me quedó viendo. Me tomó las manos y comencé a temblar.

-Ana, lo siento mucho, de verdad. Mi intención era contarte esto si todo salía bien.

-¿Qué quieres decir?

-Esto no es fácil de decir y menos a alguien que... Pues, te gusta.

Me eché para atrás y bajé la cabeza. Cada vez comprendía menos.

-Vale, entonces te lo contaré. ¿Recuerdas que te dije que trabajé mucho después de que me fui de Rusia? Bien, más bien se trató de trabajar en negocios ilícitos. No voy a ahondar en el asunto porque eso sería comprometerte demasiado. Ya con lo que te estoy diciendo es... En fin.

>>El negocio prosperó y a pasos agigantados así que me hice un nombre en cuestión de tiempo. Como supondrás, eso también implica ganarse enemigos de todo tipo. Así que tuve que hacer un gran esfuerzo para mantener a raya a quienes querían sacarme del juego.

>>No pudieron y así que trataron de buscar mis puntos débiles, llámese familia, amigos o cualquier cosa que pudiera representar mi talón de Aquiles. No tuvieron éxito pero sus ojos estaban sobre mí en todo momento, de hecho estaba siendo vigilado.

Mientras él hablaba todo me parecía tan irreal, tan de cuento. De hecho, había enmudecido por completo y Alek aprovechó para seguir haciéndose entender tanto como podía.

-Al final, Ana, encontraron lo que querían. Mi punto débil... Tú.

-Pero si apenas estábamos saliendo...

-Lo sé pero obviamente estaba sintiéndome muy entusiasmado contigo y de alguna manera esa información se filtró y dieron contigo.

-Vaya...

-Sí, sé que es un poco abrumador y no es para menos.

-¿Cómo dieron conmigo?

-Pues, no fue sencillo. De hecho armé un equipo para que pudieran rastrearte.

-¿Un equipo?

-Sí, dispuse todo lo que tuve en mis manos para dar contigo. Estaba dispuesto a mover cielo y tierra para encontrarte, Ana.

-Hubo alguien que derribó la puerta cuando aún me encontraba en ese lugar... ¿Fuiste tú?

Volvió a suspirar y se acercó a mí y sentir su calor en mi cuerpo. Esa sensación tan agradable de compañía, de algo especial fue tan reconfortante. Por un momento me había olvidado de toda la irrealidad que nos estaba rodeando.

-Sí... Quedé como congelado pero estaba tan decidido en encontrarte que no podía dejar que otra persona se encargara de esto. Tenía que hacerlo yo.

-Me cuesta entender esto... Me cuesta...

-Lo sé, pero no tienes idea, Ana, de lo preocupado que estaba, no pegaba un ojo. Me sentía culpable y de paso incapaz a pesar que estaba moviendo cielo y tierra para dar contigo.

-¿En dónde estamos?

-En mi casa de verano. Pensé que sería agradable que te quedaras en un lugar tranquilo, cálido y agradable. ¿Qué te parece?

-Pues, muy diferente en donde me encontraba. Ya no siento que esté en una prisión.

-Te ves un poco cansada. ¿Quieres dormir un poco?

-Sí, de hecho creo que estoy un poco mareada.

-Vale. Si sientes hambre, puedes bajar a la cocina, hay una despensa provista de todo lo que deseas. Atrás hay un patio agradable y al frente, caminas unos cuantos metros y podrás encontrarte con un lago. Mmm, a ver... Qué me falta. ¡Ah!

Alek se levantó con entusiasmo y se acercó hacia unas puertas que antes no había visto quizás porque no estaba interesada en ellas. Las abrió con suavidad y había una serie de jeans, botas, zapatillas, chaquetas y suéteres de todo tipo.

-No sabía qué era lo que te gustaba así que hice una humilde selección. Hay de todos los colores, así que tienes opciones para escoger. No, no pongas esa cara. Siéntete cómoda, de verdad.

Algo me decía que él era un hombre difícil en todos los aspectos pero ahí estaba. De pie, mirándome con una mirada feliz y cálida.

Se acercó y me levantó con sus fuertes brazos. Me miró y me besó suavemente, casi con delicadeza.

-No sabes la felicidad que siento de tenerte conmigo.

Se alejó despacio y cerró la puerta tras él. Mientras yo estaba allí como mirando al vacío y con aún el cansancio auestas. Me dejé caer en la cama y dejé que el calor de la luz de la ventana me arrojara y cerré los ojos. Sentí

que mi cuerpo se aflojaba y me dejé vencer ante el sueño... Pero esta vez, sin miedo.

VI

Aún acostada, me percaté que el día había avanzado y ya era de noche. El hambre era más fuerte que yo, por lo que decidí que debía levantarme. Sintiéndome con un poco mejor. Abrí el closet y efectivamente la ropa estaba allí, no se trataba de un espejismo o una ilusión de mi parte.

Revisé cada rincón y hasta me percaté de un baño. Al entrar, me encontré con toallas limpias, jabón, cremas de todo tipo. Era un lugar especioso y agradable. Fue entonces cuando me quité la ropa y entré a la ducha. El agua caliente ayudó a relajar mi cuerpo rápidamente.

Al salir, tomé un par de jeans, unos Converse nuevos y listos para usar, y un suéter de punto grueso negro. Como Alek me había dicho, salí y bajé por unas escaleras hasta encontrarme con una cocina amplia y abierta, la cual se comunicaba con la sala.

Debo decir que quedé impresionada por la belleza y la sobriedad del lugar. Caminé con cuidado, prácticamente de puntillas, y las áreas estaban desiertas. No me importó mucho ya que me encontraba más bien motivada por el hambre.

La cocina tenía un estilo moderno y limpio. Comencé a buscar en las alacenas hasta que vi algo que me llamó la atención. Pude ver por la ventana a hombres vestidos de negro resguardando el perímetro. Decidí no prestarle más atención y dediqué la concentración en buscar algo de comer.

Abrí uno de los estantes y encontré pan fresco, luego examiné el refrigerador y me incliné por el jamón y queso. Suficiente para saciar los rugidos de mi estómago. Me senté en una mesa y preparé un emparedado. Esos momentos en donde pude tomar un par de minutos de tranquilidad, supe que estaba a salvo... Al menos de una manera.

No había tenido tiempo para reflexionar sobre las confesiones de Alek, la verdad es que todo pareció una especie de historia difícil de creer. Al estar sentada y en silencio, sin que nadie me perturbara, esto hacía que me cuestionase de tantas cosas que iban más allá de mi propia comprensión.

-El tío que me gusta es un mafioso... Ruso y mafioso. Qué combinación.

Por un momento vi la puerta principal y me imaginé corriendo tan rápido

como fuera posible... Lo suficiente como para regresar a la libertad, regresar a mi trabajo como mesera y dormir en mi cama para repetir la aburrida rutina como era costumbre.

Volví a mi emparedado y terminé de devorarlo en cuestión de minutos. No podía pensar bien con el estómago aún vacío. Luego me paré y comencé a explorar un poco por la casa. Cada paso que daba me sentía más y más sorprendida de lo hermosa que era.

Decidí entonces salir por la puerta trasera y caminar un poco, para despejar la mente. Aún seguía dándome vueltas el hecho del tipo de hombre que era Alek... Pero también me sentía increíblemente atraída por él. Fue él quien me rescató del secuestro, me trajo aquí y me dio las comodidades para que me sintiera tranquila. ¿Debía continuar con esto?

Había llegado en la orilla de un lago y me senté sobre un tronco. Me llevé las manos a la cara, ¿qué debía hacer?

Estaba concentrada que no escuché los crujidos que anunciaban los pasos de alguien que estaba cerca. Sólo supe que fue así hasta que sentí ese calor agradable cerca de mí. Era Alek, por supuesto.

-¿Interrumpo?

Cuando estaba decidida a dejarlo, sus ojos azules tan bellos y claros estaban sobre, como pidiéndome que hiciera lo contrario.

-Claro, adelante.

Descendió muy junto a mí y nos quedamos viendo la superficie tranquila del agua.

-¿Tienes frío?

-Un poco, pero creo que este suéter ayudará.

-Déjame ayudarte...

Sacó de la nada una manta y me cubrió con ella. Me estaba sintiendo cómoda y agradecida por aquel gesto.

-¿Mejor?

-Sin duda.

Le sonreí y él también me respondió igual. Cada vez era más difícil echar

para atrás.

-Estoy feliz de que estés aquí. De verdad.

-Gracias. Es un alivio que me hayas buscado. Pensé que nunca saldría de ahí.

-Es mi culpa, claro. Era lo mínimo que podía hacer por ti. Ahora, que te tengo cerca, se me hace imposible dejarte ir. No podría.

-Vaya...

-Sé que es muy atrevido de mi parte, pero quiero que te quedes conmigo. Para serte sincero pensaba no decirte esto pero tengo que tomar este riesgo. Ana, ¿qué dices?

-Pues... No sé, esto es un poco apresurado, ¿no te parece? Además, aún tengo los nervios de punta.

-Lo sé, esa es la razón de mi propuesta. Al estar junto a mí, no tendrías que preocuparte por ello.

-Explicate.

-Vivirías conmigo.

-¿Es en serio? ¿Sabes que tengo un trabajo y un piso? Tengo una vida

-Lo sé y lo entiendo, pero también quiero que comprendas que no estaría tranquilo si estás lejos de mí.

No sabía qué decir. Me habría prometido a mí misma la libertad que tanto ansiaba de chica y ahora me encontraba en una situación tan difícil.

-Alek, no lo sé, no es sencillo, además, no nos conocemos bien. Esto es un poco... Extraño.

-Lo sé, Ana, sólo te pido tiempo. Tendrás tus cosas y todas las que quieras, sin importar cuándo ni dónde las necesites.

Esta oferta, sin duda, sería el boleto dorado para cualquier mujer pero para mí era distinto. No obstante, veía a Alek y todo se sentía tan real, tan increíble. A pesar de esquivar la mirada, él insistía.

-Anda, dame un poco de tiempo.

Se acercó lentamente hacia mí. Tomó mi mentón con su mano blanca y fuerte y me besó sin dudar. Su lengua y su cálido aliento envolvieron mi boca

recordándome ese placer tan delicioso. No puedo negarlo, en ese instante él avivó mi deseo y mis ganas de dejarlo todo por él.

Él continuó haciéndolo y sus brazos anchos y fuertes comenzaron a rodear mi cuerpo con determinación. No pude evitar gemir un poco y dejarme llevar por él. Simplemente era más sencillo.

De repente, me hallaba sobre sus piernas. Tan largas, tan firmes. Mi pelvis era controlada por sus manos y dedos. Su lengua y boca seguían en una hermosa sintonía con la mía. De vez en cuando me tocaba de manera agresiva pero luego iba a un ritmo más suave. Era una mezcla increíble.

En ese momento, me percaté cierto rasgo, digamos, dominante de Alek. Esto me resultó un poco impresionante pero no molesto. Más bien era algo que me estaba comenzando a gustar cada vez más.

Al paso de unos minutos, Alek bajó un poco la intensidad y, al final, los dos quedamos juntos, muy juntos abrazados. Él descansaba en mi pecho y yo acariciaba su abundante y brillante cabello.

-Me gusta estar así. Quiero esta así contigo, Ana.

-Creo que eres muy persuasivo.

-Ja, ja, ja. Puede que lo sea. Pero, hablando en serio, ¿qué dices?

-Vale, acepto.

Desde ese día había sellado mi destino con Alek.

VII

Estuve de pie en el medio de la sala, admirando todas lo que estaba alrededor. Todas mis cosas estaban como esperando algo pero no iba a pasar nada. Estaba allí para decidir cuándo me iba con Alek.

-Apresúrate.

Fue el texto que me había enviado en la mañana que me dejó en casa tras insistir casi en demasía. Él continuaba con la negativa hasta que le respondí que necesitaba tiempo para recoger algunas cosas.

-No te harán falta. Te daré todo lo que quieras y más.

Alek me ofrecía una especie de cheque en blanco pero no estaba dispuesta a aceptarlo de una vez. Así que insistí hasta que no le quedó de otra que complacerme.

-Vale, pero apúrate.

Asentí pero en realidad quería tomarme unos días para organizarme, pensar y descansar. Además, no era fácil luego de haber sufrido un secuestro.

Imagino que se preguntarán qué habrá pasado con la policía y si habría alguna investigación. En ese momento supe que el poder y la influencia de Alek llegaban a niveles insospechados.

Luego de la captura, algunos “socios” de Alek encubrieron los motivos del secuestro y cerraron el caso al adjudicarse exitosamente la liberación. De alguna manera, era una forma de ahorrarse preguntas y demás procesos “innecesarios”.

Al ver todo lo que estaba alrededor, me percaté que era muy probable que no volviera allí así que comencé a tocar todo, como si estuviera despidiéndome. Pensarían que para una persona como yo esto sería sencillo, pero la verdad es que resulta todo lo contrario.

Al final, tomé una manta y me acosté sobre la cama. Respiré profundo. Abracé una almohada y me quedé dormida.

Al día siguiente, me desperté temprano y fui a la cocina a prepararme una taza de café. Mientras se hacía, entré a la ducha y tomé un largo baño caliente. Estando desnuda aún podía ver las secuelas de mi encierro y una

amarga sensación me invadió de repente.

Traté de pensar en otra cosa y justo en ese momento oí el café que estaba terminando de colarse. Tomé unos jeans, unas botas viejas, una franela blanca y un suéter porque el día estaba un poco frío. Ese sería el último día en que vería a mis compañeros del bistró.

Mientras caminaba, imaginaba las caras que pondrían y las explicaciones que tendría que dar. Ya cerca, una especie de emoción me embargó el cuerpo. Estaba por pasar por el mismo camino en donde veía la camioneta persiguiéndome de manera casi incesante.

Como siempre, uno de los chefs estaba allí, a punto de encender su cigarro casi justo cuando estaba por entrar.

-¡ANA! POR DIOS ANA ¿ESTÁS BIEN?

-Hola, hola. Sí. Tranquilo. Vengo a saludarlos un rato y a despedirm...

De repente sentí un abrazo cálido y sincero proveniente de alguien que era más bien distante con la gente. No podía creer semejante gesto.

-Venga, está bien.

-Hemos estado preocupados. No te imaginas cuánto. Fuimos a la policía y ellos nos dijeron que estabas en manos de unos tíos súper peligrosos.

-Sí, así fue. Pero afortunadamente estoy aquí. Me alegra saber que estás bien.

-No, no, no. ¿Tú lo estás?

Por un momento no supe qué responder.

-Sí, sí, lo estoy. Sólo que necesitaré tiempo para descansar un poco y poner en orden mi cabeza.

-Es lo mínimo que mereces.

Lanzó el cigarro a medio terminar y me tomó delicadamente del brazo para llevarme adentro del local. Aún era temprano y era posible que no todos estuvieran allí. Sin embargo, para mi sorpresa, estaban congregados en una mesa leyendo el periódico con sumo interés.

-Muchachos, miren quién vino...

Todos giraron sus cabezas y pude ver algunos ojos llorosos y caras de genuina sorpresa.

-¿ANA? ¡ANA!

-Es nuestra Anita.

-Qué milagro que estás bien.

No pude evitar llorar, estaba conmovida por los gestos de cariño que había recibido. Me senté con ellos, como en los viejos tiempos y comenzamos a hablar. Les conté un poco la situación. En ese momento me sentía como si fuera la protagonista de una historia de ficción.

Entre cafés y pasteles, la mañana avanzaba entre anécdotas.

-¿Regresarás?

-No, sólo vine a despedirme. Tengo que tomar un tiempo para relajarme y pensar qué hacer.

-Sabes que siempre serás bienvenida aquí. Lo sabes.

-Gracias. Les agradezco de verdad todos esos buenos deseos. Son lo máximo... Debo irme, espero volver a verlos pronto.

Me levanté y luego de un par de abrazos, salí y me dirigí de nuevo a casa. Al llegar, decidí que el piso seguiría estando para mí, como si fuera un escape. De alguna manera debía pensar en un plan alternativo por si las cosas no funcionaban.

Finalmente tomé una pequeña maleta y metí toda mi ropa, zapatos y uno que otro bolso. Lo demás lo dejé esperando allí.

-Estoy lista.

Le escribí a Alek y casi de inmediato estaba esperándome un coche que me llevaría a su casa. Tenía los nervios de punta, estaba por estar con un hombre casi desconocido para mí pero cuya atracción no podía seguir negando.

El coche tomó un desvío por un rato hasta que desembocamos a una zona repleta de casas lujosas. Nunca en mi vida había visto un lugar así pero sospechaba que los ricos y poderosos debían vivir de una manera tan extravagante como esa.

Empezamos a desacelerar y nos apostamos frente a un gran portón, alto y negro. Esperamos por un momento y luego entramos. El camino parecía largo y casi eterno. Finalmente, comenzó a dibujarse en el horizonte una gran casa, de aproximadamente tres pisos pero que parecía tener una gran dimensión.

El coche bordeó la entrada la cual estaba resguardada con un par de pilares estilo clásico. La casa blanca y lujosa, parecía de ensueño. El chófer estacionó y se bajó para abrir la cajuela. Yo por mi parte, me bajé con cierta timidez.

Estuve de pie frente a la gran puerta de madera y esta se abrió de repente. De nuevo, la figura de Alek aparecía como una especie de aparición divina.

A diferencia de las veces que lo había visto, estaba vestido de blanco de pies a cabeza. Se veía reluciente, como si la luz hubiera sido creada sólo para iluminarlo como estaba.

Apenas me vio, sonrió y bajó rápidamente las escaleras de la entrada para encontrarse conmigo.

-Estás hermosa como siempre.

Me tomó de la cintura y me besó con pasión. Sus labios eran como una droga imposible de dejar.

-Te extrañé un montón. ¿Lo sabías?

-Y yo a ti.

-¿Por qué tardaste tanto?

-Venga, sólo fueron unos días, tenía que poner cosas en orden.

-¿Es todo tu equipaje? –Dijo al ver sólo una maleta grande.

-Sí, no tengo mucha ropa, la verdad. Posiblemente compre algo después.

-Después podemos hablar sobre eso. Además, es algo que no debe preocuparte. Ven. Entremos.

Me tomó de la mano y vi una gran entrada con escaleras que parecían infinitas. A un lado estaba la sala con muebles hermosos pero con un estilo minimalista. Estaba impresionada, especialmente, porque había una clase de pinturas y esculturas por todas partes.

-Me encanta el arte por lo que puedes ver. Me hice adicto y tengo que hacer un esfuerzo para no enloquecer.

Se desprendió de mí por un momento para hablar con el chófer. Mientras yo, tomé la iniciativa de explorar los alrededores. La casa, más bien mansión, tenía un estilo clásico y tradicional pero con toques un poco extravagantes.

Luego de ver la sala y la gran pintura abstracta que estaba allí, me atreví a salir a lo que parecía una gran piscina. En medio de esta, había una fuente y más allá, en el horizonte, se veían las montañas. Era un paisaje hermoso.

Continué caminando por los alrededores hasta llegar al jardín. Amplio, despejado. Por suerte el día estaba fresco y despejado.

Estando allí me sentía como en otro lugar. Opté por sentarme y cerrar los ojos para sentir el sol. Quería relajarme un rato.

Al poco tiempo sentí la presencia de Alek, quien se acercaba con paso sigiloso.

-Casi te me escapabas.

-Para nada. Sólo sentí curiosidad de ver lo que había por ahí y me decanté por este sitio. Es increíble.

-Le puse mucho esfuerzo, la verdad. Me crié en un sitio frente al mar y quería rodearme entre naturaleza. Nada muy exótico pero lo suficientemente agradable como para relajarme cuando lo necesitara.

-Pues, creo que es una opción excelente.

-¿Tienes hambre? Estamos cerca de la hora de almuerzo.

-Sí, un poco.

-Ven, acompáñame. Voy a cocinar para ti.

Me tomó de la mano y me llevó hacia la cocina. Un espacio casi tan grande como la sala. Los electrodomésticos de última generación daba la sensación de que me encontraba en una nave espacial.

Alek tomó un delantal de un espacio cerca de la cocina y se colocó. Sus movimientos, suaves y delicados, lo hacían ver más atractivo que nunca. Tuve que espabilarme de la concentración para sentarme en la encimera.

-¿Qué te provoca?

-Uhm, una pasta quizás. Creo que podría comer pasta todos los días.

-Ja, ja, ja. Yo también.

-¿Ellos están siempre cerca de ti? –Respondí y señalé a los guardias vestidos de negro.

-Sí. Lo siento por si te sientes incómoda por ello. Pero desde el momento en que supimos de tu secuestro, tuvimos que reforzar la seguridad. No tienes por qué preocuparte, ni sentirás su presencia.

-Vale...

Comenzó a cortar unos tomates y cebollas para hacer una salsa. Estuvimos en silencio hasta que decidió que era momento de hacer una confesión.

-Hay algo más que debo contarte pero para eso te serviré un poco de vino.

Colocó una copa frente de mí y me ofreció un poco de vino blanco frío.

-Es probable que este no sea el mejor momento pero creo que he esperado demasiado para compartirlo. Además, creo que las cosas funcionarán bien si soy enteramente honesto contigo.

Dio un largo sorbo de vino. No me imaginaba algo peor que saber que era mafioso.

-Este trabajo me ha permitido ser algo que nunca había sido antes. Digamos, tener el control de las cosas. Verás, cada decisión y cada acción pasa por mí. Cada cosa, por más pequeña que sea... Y eso, me gusta mucho.

Tomó lentamente la copa y se la llevó al borde de los labios. Bebió un poco y luego dejó descansar el recipiente sobre el mesón. Me miró fijamente y su mano suave acarició mi mentón.

-Soy Dominante, Ana. ¿Sabes a qué me refiero?

Claro que sí. De hecho, al terminar esa frase, recordé mis días de escuela en donde leía al respecto. Hubo un tiempo en donde también experimenté al respecto. Pasé por romances intensos en donde la penetración era la última sensación a tener.

Recibí latigazos y también los di, caminé con tacones de todas las alturas y hasta tuve en orgías. Sin embargo, eso fue una época de mi vida. Cerré ese capítulo sin más. Ahora, como si se tratase de un juego del destino, Alek me decía esas palabras que en algún momento habían sido familiares para mí.

-Sí... Sé a qué te refieres.

-Bien –Mientras seguía acariciando-, Eso es algo que forma parte de mí. Siempre me sentí de esta manera y es algo que siempre digo porque no quiero esconderte nada.

-Entiendo...

-¿Qué tanto sabes?

Le expliqué más o menos mis experiencias pasadas y permaneció callado, atento a cada palabra que decía.

-Bien, me alegra saber que no eres ajena a este mundo. ¿Qué te parece tener una relación así conmigo?

-No lo sé. Hace mucho de eso y no sé cómo sería la dinámica entre los dos.

-De por sí te diré que respetaré tus límites, cada uno de ellos. No soy el tipo de Dominante que controla la mente o pretende manipular. Eso me parece un juego de niños y, además, una pérdida de tiempo. Prefiero que me digas lo que quieres y lo que deseas, yo haré lo mismo. La comunicación es clave, Ana. Recuérdalo.

-Lo sé.

-Entonces, ven y dame un beso. La comida estará lista en un momento.

Me levanté de la silla y me senté sobre su regazo. Le acaricié el cabello y él descansó su cabeza sobre mi pecho.

-Este es el mejor lugar en donde puedo estar.

VIII

Después del almuerzo y de hablar largo rato, Alek tuvo que salir.

-Debo atender unos negocios. Espero que sepas entender.

-No te preocupes. Te espero.

Me dio un beso en la boca y salió casi como una flecha. Decidí aprovechar el tiempo libre para tomar un baño. Subí las largas escaleras y encontré una habitación amoblada y acomodada.

Entré y me percaté que había un baño amplio e iluminado. No dudé en entrar y en quitarme la ropa.

Abrí las llaves y mi cuerpo recibió el agua cálida que se sintió como una caricia. Una de las mejores sensaciones del mundo, sin duda. Salí, volví a vestirme con la intención de seguir explorando.

La casa, a pesar del gran tamaño, estaba desierta. Cada tanto veía a los alrededores y todo parecía un lugar idílico salvo por los guardias que estaban alrededor. No podía negar que eso me resultaba un poco incómodo pero era lo que era. Así de simple.

Seguí caminando hasta que me encontré con un pasillo oscuro. A pesar del aspecto un poco aterrador, mis pies insistieron en ir hacia adelante. Caminé con cuidado y el pasillo a resultó ser más largo de lo esperado.

Tuve oportunidad de regresar y dejar mi exploración, pero simplemente no pude. Seguía. Finalmente extendí los brazos y toqué una superficie dura y fría. De repente, seguí mi instinto y empujé. Lo que encontré adentro simplemente me dejó impresionada.

Era una gran habitación pero de paredes blancas pero con la peculiaridad de que me encontraba en una especie de extraña dimensión. Había una cama en el fondo con cadenas en los extremos. A un lado de esta, un aparador con objetos que no pude reconocer de inmediato. Al final se trataban de látigos y consoladores de todo tipo.

En la misma habitación había un baño no muy grande pero con un espejo amplio. Vi un par de esposas de metal cerca y las tomé. Se sentían pesadas. Pude haberme intimidado con aquel objeto pero más bien me sentía intrigada.

A pesar de toda mi experiencia sabía que Alek me llevaría al próximo nivel.

Pensé que había visto suficiente cuando sentí la presencia de alguien. Giré casi al instante y vi que se trataba de él, parado en el umbral.

En ese instante el corazón me latió con fuerza, como si fuera a salir del pecho. Alek estaba mirándome con una expresión indescifrable para mí. Dio unos pocos pasos y se ubicó lentamente al otro lado de la habitación, como si estuviera estudiándome.

-Parece que has descubierto este curioso lugar. ¿Qué te parece?

-...Eh, pues, interesante. Lo, lo siento, no quise invadir tu espacio de esta manera.

-No te preocupes, eventualmente ibas a conocer esto. Lo diseñé porque quería un lugar exclusivo para hacer lo que... Lo que nos gusta.

Se acercó hacia a mí y me tomó de las muñecas.

-¿Quieres jugar?

-Sí...

-Bien, Ana. Es un buen momento para que recuerdes que soy yo quien manda. ¿Entendido?

-Sí. Entendido.

La expresión de Alek cambió por completo. Sus ojos azules se volvieron más fríos y más fijos en los míos. Sus manos comenzaron a tocar mi cuerpo y a despojarme de la ropa que tenía puesta.

Poco a poco, mi piel quedaba expuesta para él y yo dejaba que lo hiciera sin sentir miedo. Confiaba en él y en sus caricias.

Sus labios entonces rozaron mi cuello y mi pecho, sus dedos estaban enterrados en mis nalgas y gracias a su fuerza, me llevó hacia a él y pude sentir su miembro erecto. Era una deliciosa sensación.

Los besos de Alek son algo que no puedo describir y más cuando está en el modo de Dominante. Es agresivo, fuerte pero también dulce. Era una mezcla difícil de describir.

Me mantenía de puntillas para él, trataba de alcanzarlo pero de alguna manera sentía que él podía alzarme sin problemas.

-Hueles tan bien, joder.

Decía entre gruñidos, los cuales me causaban satisfacción. Eso quería decir que teníamos una gran química sexual.

Me tomó con fuerza y me llevó hacia la cama. Estuve boca arriba y él procedió a atar mis muñecas. Lo hizo despacio y con calma.

-Avísame si estás incómoda, por favor.

-Lo haré.

Tomó mi cara por el cuello y se acercó hacia la mía.

-Buena chica.

Su lengua fue directa hacia dentro de mi lengua.

Después se separó de mí y se quitó la camisa que tenía puesta, los zapatos y las medias. Quedó sólo con el pantalón y su erección que era más que evidente. En ese momento, Alek se echó para atrás el cabello mientras que yo veía su escultural torso: Blanco, marcado y fuerte. Él hubiese sido la inspiración para cualquier artista.

Luego de respirar profundo, volvió a mirarme y sonrió.

-Estoy un poco nervioso. Me siento como un chaval.

Rió un poco después de eso y luego volvió a respirar. Parecía que regresaba a su especie de trance y se dirigió al aparador para tomar un látigo.

-Esto lo haré suave. ¿Vale?

-Sí...

Estiró un poco las cintas de cuero y alzó su gran brazo y dirigió su impacto sobre mis muslos. Repitió el movimiento varias veces hasta que comencé a sentir una especie de calor abrasador.

No había recibido latigazos ahí pero ahora comprendía la razón. Se sentía como si toda esa parte de mi cuerpo estaba a punto de volverse llamas. Mi vulva estaba húmeda cada vez más. Sentía que no podía más, que debía fundirme con el cuerpo de Alek.

Cada tanto que abría los ojos, como para salir de mi ensimismamiento, lo veía concentrado, excitado, como fuera de sí. En ese momento comprendí que la vida estaba hecha de instantes y ese era el de los dos. Los dos

estábamos compartiendo una de las emociones más íntimas y fuertes que existían.

Luego de un rato de latigazos y de marcas, Alek paró de repente. Lo vi sudado y agitado. Se llevó el cabello hacia atrás como solía hacer, al parecer esa era su manera de volver en sí.

Mis piernas temblaban por el dolor y el placer, mientras que yo estaba en la expectativa de qué era lo siguiente. Respiró profundo y luego se dirigió hacia a mí, sobre mí.

Me besó como nunca, sus manos se paseaban por mi cuerpo caliente y podía sentir su pecho y lo agitado que estaba. Le hubiera acariciado la cabeza, el cabello, su rostro, sus labios pero estaba era su sumisa ahora, estaba a merced de las cadenas que me mantenían atada.

La sensación que me producía su cercanía se volvía casa extracorpórea. Entonces sentí que iba bajando, lentamente, podía presentir cuál iba a ser el próximo paso. Los besos seguían pero en mis piernas. Delicadamente, lamía mis heridas y rozaba sus dedos delicadamente.

Comencé a relajarme poco a poco, a dejarme vencer por el placer que él me hacía sentir. Uno muy diferente y dulce.

Abrió mis piernas y su boca fue directo hacia mi vulva. El micro instante en donde su labios estaban a punto de entrar en contacto con mi sexo, su respiración se detuvo y sus ojos fueron directos a los míos.

Luego de eso, sentí su lengua en mí. El contraste de texturas y temperaturas hizo que gimiera casi con fuerza. Él, por su parte, seguía sosteniéndose de mí, con determinación.

Continuaba lamiéndome e iba incrementando la fuerza. Lo sentía cada vez más dentro y yo no pude aguantar más. Le suplicaba que me penetrara, que me hiciera suya. Sólo respondía viéndome, casi divertido de la situación.

Por suerte tenía las cadenas para sostenerme. El alma iba a abandonar mi cuerpo y no faltaba mucho para ello.

Entonces, como si Alek hubiera sentido esa sensación, se levantó con rostro aún concentrado y se quitó lo último que le quedaba de ropa. El pantalón cayó pesado al suelo y por fin pude ver su miembro: Grande, blanco, el glande rosado y húmedo. Lo tomó entre sus manos y empezó a

masturbarse. Con la mano que tenía libre acariciaba mi clítoris. No puedo describir lo delicioso que se sentía.

Alek finalmente se había colocado sobre mí para penetrarme. Estaba más que lista para recibirlo.

Aunque esperaba que fuera más decidido, introdujo su pene con lentitud. Al hacerlo de esa manera sentía cada parte de él, cada centímetro y el calor que emanaba su miembro.

Cerré los ojos y gemí y grité. No sé cuántas veces pero sé que cada cierto tiempo veía su cara que también reflejaba excitación. Sus brazos bordeaban mi cuerpo y sentía la fuerza de ellos. Sus labios, si no estaban en mi cuello, se posicionaban cerca de mi oído y podía escuchar sus gemidos y gruñidos.

Poco a poco, Alek aumentó el ritmo de la penetración. Sentía dolor pero también estaba muy excitaba. Increíble.

-Qué rica eres, joder.

Sus manos se apoyaban de la cama o de mi cintura, quería ir más lejos dentro de mí. Luego de un rato, comenzó a desatarme y quedé libre por fin. Mis muñecas se sentían un poco entumecidas pero no tuve tiempo de analizar más porque inmediatamente Alek me tomó en brazos para follarme de pie.

En esa posición él tenía control con la intensidad y el ritmo. Por mi parte, sólo me quedaba la opción de aferrarme en sus brazos tanto como pudiera. Sus manos estaban en mis nalgas y eventualmente me nalgueaba o las apretaba. Mi cuerpo recibía un sinfín de estímulos al mismo tiempo, como si él quisiera volverme loca.

-Eres mía, Ana. Mía desde el primer momento en que te vi. Lo sabes, ¿verdad?

-Sí... Oh sí.

-Dime Señor, Ana. Di "Sí, Señor".

-Sí, Señor. Soy suya.

-¿Ves que eres una buena chica?

-Sí, Señor...

Le respondía como podía porque la verdad se me hacía difícil. En medio del frenesí, me colocó sobre la pared. Era una manera de que él descansara sus

brazos, aun así seguía penetrándome con fuerza.

En el ínterin, mordía mis pechos y me apretaba tanto como quería. Mi piel y su piel parecían confundirse en una sola.

Tras un rato, Alek volvió a tomarme y a dejarme sobre la cama. Me sentía adolorida pero queriendo más. Él volvió a unirse a mí en la cama pero esta vez me tomó por el cabello y colocó su miembro frente a mi boca.

-Chúpalo... Eh, sin las manos. Sólo tu boca. Vamos.

Me apoyé de los codos sobre la cama para tener más estabilidad, luego de hallarme cómoda, lamí su glande mirándolo a los ojos. Al tenerlo dentro de mi boca, su mano aún sostenía mi cabello con firmeza. Quería que tratara de tenerlo tan adentro como pudiera. De vez en cuando hacía arcadas pero continuaba. Adoraba su rostro de sorpresa y placer al darse cuenta lo hacía con su pene.

Caían hilos de saliva sobre mi pecho y sobre la cama, él me limpiaba un poco y continuaba hasta que escuché que estaba a punto de correrse. Sin embargo, lo sacó y me colocó en cuatro en cuestión de segundos. Una, dos, tres nalgadas antes de volver a penetrarme, esta vez, con mucha fuerza.

En esa posición lo sentía mucho más por lo que traté de apoyarme sobre la cama como un inútil intento para sostenerme. Alek me penetraba casi como un animal, tanto que había olvidado el escozor que me habían dejado los latigazos. Estaba en el paraíso con ese hombre.

Ya sentía que estaba a punto de correrme y creo que los dos estábamos en la misma situación. Llegó un punto en el Alek gritó y me giró, sacó su pene y eyaculó sobre mi abdomen. El chorro fue tan intenso que hubo gotas de semen que llegaron a mi frente y línea de cabello.

Él, a los pocos segundos, llevó su boca dentro de mi vagina para recibir mi orgasmo en sus labios.

La descarga de energía hizo que me desvaneciera por completo sobre la cama. Ya sin fuerzas, quedé tendida. Poco después, Alek se unió a mí y los dos quedamos muy juntos.

Me había quedado dormida y cuando desperté, todavía estaba sobre el pecho de Alek. Él dormía plácidamente y yo aproveché para levantarme e ir a limpiarme un poco. De puntillas, entré al baño y me vi de inmediato al

espejo. Noté los moretones de mis muñecas además de las marcas del cuero del látigo sobre mi piel. Estaba impresionada porque se veían peor de lo que realmente me dolían.

Tomé ambas manos y me eché agua fría sobre el rostro y tomé la bata que colgaba de la puerta, hacía un poco de frío y no encontraba mi ropa. El reflejo que veía me causaba risa, estaba eufórica y era de esperarse porque acaba de tener el, quizás, mejor orgasmo de mi vida.

Salí y no pude evitar contemplar a Alek desde el marco del baño. Parecía una persona completamente diferente desde ese ángulo. No lucía peligroso ni como el jefe de una organización criminal. Su blanco pecho ascendía y descendía debido a su respiración una de sus manos estaba sobre la cama y la otra encima de su frente.

Antes de ir hacia él, caminé por la habitación, ahora ya me parecía más familiar. Me acerqué hasta la ventana y pude ver parte del patio trasero. Pensaba que aún era de día así que me sorprendió un poco que ya era de noche.

-Ven.

Escuché una voz adormilada y algo suplicante.

-Ven. Anda.

Alek había despertado y me vio frente a la ventana. Tenía la mano extendida. Como un niño, seguía pidiendo mi presencia. Finalmente fui hacia él y me acosté como al principio.

-Temí que te fueras.

-Estoy aquí.

-No te vayas...

La voz se volvió débil hasta que se quedó dormido de nuevo, junto a mí. Mientras aún miraba el techo, el brazo de Alek quedó sobre mi cuerpo como si quisiera evitar que me escapara de él.

Un catre pequeño y una inmensa oscuridad me envolvían, el olor de pólvora y el sonido de las balas cayendo al suelo, me vi sentada en una esquina de un lugar pequeño, mínimo y de nuevo un gran ruido hizo que me despertara de golpe.

Ya era de día y me encontraba en otra habitación, esta vez, una mucho más grande e iluminada. El sol entraba casi por todas partes lo que daba una agradable sensación de calor sin ser asfixiante.

-Las 8:00 a.m. Vaya...

El reloj en la mesa de noche acababa de marcar la hora. Salí de la cama y aún tenía la bata que me había puesto. Metros más adelante, en una mesa pequeña y con un jarrón de flores frescas, vi una pequeña nota.

“Nos mudé de cuarto por uno más cómodo. Tienes a disposición un clóset con un poco de ropa. Por favor, siéntete cómoda. Nos vemos más tarde”.

Caminé un par de metros a lo que parecía una habitación aparte. Se trataba de una especie de ropero y allí vi un espacio considerable para mis cosas. Estaba abrumado por el lujo de la decoración: Papel tapiz de primera y una lámpara de techo de la cual colgaban cristales de varios colores.

Me cambié y fui hacia la cocina con la intención de prepararme el desayuno. De nuevo, estaba un plato con un par de tostadas francesas, café y jugo de naranja recién exprimido.

-Buenos días, señora. Aquí tiene el desayuno.

Así le saludó un cocinero que había salido de uno de los lados de la cocina. Al momento que trataba de entender este nuevo estilo de vida, entró uno de esos hombres vestidos de negro.

-Sra. Ana, el Sr. Alek, le dejó un mensaje. Aquí tiene.

El hombre desapareció en el acto al igual que el chef. Me había quedado sola con una serie de mezcla de emociones.

“Esta noche tendré una cena importante con un inversionista. Me gustaría que vinieras conmigo. Por favor avísame”.

A estas instancias era una especie de princesa de la mafia, así que debía cumplir mi papel. Alek se había comunicado conmigo y habíamos pautado una hora para que él pasara por mí.

En la espera, volví al vestidor y abrí una de las puertas. Había una gran selección de vestidos y zapatos de tacón. Hubiera sido el sueño de cualquier mujer.

Comencé a prepararme para que él no tuviera que esperar por demasiado

tiempo. Cada parte a la que iba, cada cajón, clóset y habitación parecía estar preparado para satisfacer mis deseos... Sin importar los que fueran.

Al final me vi frente a un espejo de la habitación. Vestía de rojo y esperaba no desentonar con el lugar a donde iría.

Como si estuviera midiendo mis pasos, Alek entró en la habitación.

-Vaya, vaya... Pero si te ves increíble. Me alegra saber que no me equivoqué con las medidas.

Se acercó detrás de mí y me besó el cuello.

-Hermosa...

-¿Cómo ha estado tu día?

-Agitado. Dame un rato para prepararme, ¿vale?

Asentí y nos besamos. Por un momento quise que todas las cosas fueran diferentes. Bajé a la cocina para tomar un poco de vino. La cantidad suficiente para espabilarme un poco.

Al poco rato, él se encontró conmigo. Vestía de negro como siempre pero por alguna razón lucía más impactante de lo usual. Tenía el cabello húmedo y peinado hacia atrás, se le veía una barba de tres días que lo hacía lucir increíblemente sexy. Toda aquella imagen fue irresistible para mí y fui hacia él.

-Qué guapo estás...

-Ja, ja, ja. Ven.

Me tomó por la cintura y me dio un largo y suave beso. Adoraba sentir que él me transportaba hacia otro lado, como si fuera magia.

Me tomó la mano y fuimos hacia la puerta.

-Debo contarte sobre esta reunión.

Ya en camino, Alek terminaba de hablar por teléfono.

-Sí, ya vamos en camino. Sí, sí. Vale... Ugh. Bien, prometí que te hablaría de la reunión. Pues se trata de una especie de fiesta con inversionistas. Si me va bien, es posible que pueda limpiar el negocio.

-Sería genial, ¿no?

-Por supuesto. Es lo que quiero tanto para mí como para ti. ¡Ah!, antes de que se me olvide, mira lo que te traje.

Extrajo de su chaqueta una pequeña caja. Mantuve el aliento hasta que lo abrió. Era un anillo de oro, sencillo y delgado.

-Vaya, es hermoso.

Traté de decir entre la incertidumbre y la duda. Aquel anillo podría representar muchas cosas.

-¿Sabes que en BDSM es necesario un objeto que selle el compromiso entre Dominante y sumisa?, pues quería decirte que esta es una forma de hacerlo real para los dos. Así que, pásame tu mano, por favor.

Alek tomó el dedo índice de mi mano derecha e introdujo el anillo. Me quedé mirándolo por largo rato, embelesada.

-Quería algo sencillo para ti porque me da la impresión de que te gustan las cosas prácticas y fáciles de llevar, ¿o me equivoco?

-Tienes toda la razón. Además, creo que va muy bien con lo tengo puesto.

-¿Ya te he dicho que te ves estupenda?

Llegamos a la entrada extravagante al mejor estilo de hombre rico que le gusta lucir su capacidad económica a los demás.

-Vaya...

-Sí, Agustino es un hombre que no escatima en mostrar lo que tiene. Es bastante conocido por ello... Ya conocerás lo hay que está dentro. Parece un parque temático.

-Bueno, supongo que todo es cuestión de gustos.

Salimos del coche y ya había varios aparcados, esta sería mi primera salida social de su brazo.

Lo que había visto era una pequeña muestra de la ostentosa vida de Agustino. Escaleras con pasamanos dorados, una fuente interna detrás de la puerta, pisos de mármol negro y alfombras con decorados de animales exóticos; jarrones con plumas de pavos reales y flores de todo tipo. La verdad es que la mansión tenía una mezcla de todos tipos de estilos.

Alek tomaba mi mano con fuerza, parecía de hecho un poco nervioso. Traté

de aferrarme a él y de darle confianza tanto como pude. El lugar, además, estaba plagado de mujeres exuberantes y hombres evidentemente poderosos.

Yo comenzaba a sentirme incómoda y un poco indispuesta pero sabía que esto era importante para él.

-¡Bienvenidos, muchachos! Alek, para mí es un placer tenerte aquí. Pronto prepararemos la reunión para concertar lo que necesitamos. ¿Vale?

-Vale, gracias, Agustino.

Con un par de mujeres en cada brazo, aquel tío de negocios bajo, calvo y rechoncho no escatimaba en nada.

-Voy a dejarte por un par de minutos. Prometo que no tardaré.

Alek desapareció y yo quedé en medio de la gran sala que había sido despejada para que los invitados comieran, bebieran y bailaran tanto como quisieran. En medio de todo, estaba tratando de comprender lo que sucedía y, para ser sincera me volvía cada vez más incómoda.

Finalmente me senté en una barra para beber algo y hacer tiempo mientras esperaba Alek.

-Una copa de vino blanco, por favor.

De inmediato me sirvieron y comencé a beber cuando algo me llamó la atención. Donde me encontraba podía ver lo que sucedía en el exterior. Los guardias parecían alterados, corriendo de un lado y otro. De repente, un grito y luego, disparos. Como si fuera una ráfaga.

Todos se echaron al suelo, incluyéndome. Mientras estaba allí, aproveché para quitarme los zapatos para correr sin problemas. Los gritos no se hicieron esperar. Mis ojos buscaban desesperadamente una vía de escape, era como revivir un recuerdo amargo.

Alek apareció en medio del tiroteo. Tenía el rostro pálido y sudoroso, cargaba consigo un arma. Lo vi y traté de reunirme con él hasta que vi que se agachaba y me pedía que permaneciera en el mismo sitio.

-IRÉ PARA ALLÁ. ESPÉRAME.

Eran demasiadas emociones juntas pero no podía derrumbarme. Sacudí mi cabeza y traté de resguardarme tanto como pude. En ese momento sentí la mano de Alek sobre mi brazo y tomándome con una fuerza que jamás había

sentido.

-VAMOS.

Salimos por una de las puertas traseras de la cocina. Aún la gente iba y venía entre los gritos y la desesperación. Al frente de nosotros se estacionó un coche y lo último que supe fue que fui a parar al asiento trasero aún con los brazos y manos en la cabeza. La sensación de estar en medio de una batalla campal no se desvanecía.

Eventualmente me incorporé cuando escuché a Alek hablar en ruso con una voz muy alta, prácticamente gritando.

Me incorporé en el asiento y podía ver cómo su nuca estaba de un rojo encendido. Generalmente se le veía como una persona tranquila pero esta era la excepción. Estaba a punto de estallar.

Aún estaba en silencio, atenta ante lo que pasaba.

-Vamos a la casa y que redoblen la seguridad. Esto se va a poner peor.

Aquellas palabras retumbaron dentro de mí haciendo eco. Este era el precio de estar con alguien como él.

Luego de un par de kilómetros, Alek se sentó junto a mí sin decir nada. Los dos estábamos callados.

-Lo lamento, Ana... Maldición.

No pude responderle. Lo único que quería era alejarme de allí e irme muy lejos.

-Ya estaremos a salvo.

Llegamos a la casa y la presencia de seguridad se hizo más intensa que desde la primera vez que los vi. Entramos como un par de refugiados, corriendo a toda marcha.

-Entra y quédate en la habitación. Pronto subiré algo para que cenes.

Seguía sin decir palabras.

-Ana, espera... Dios mío, estás temblando. Vale, anda, sube y cámbiate.

Le hice caso. Llegué a la habitación y me derrumbé en el suelo. No pude evitar llorar. Creo que no lo hacía desde hacía mucho tiempo. Luego de haberme calmado un poco, me quité el vestido y me fui directo a la ducha.

Olía a balas, sudor y tristeza.

Salí y Alek estaba en sentado en la cama. Tenía sus manos en la cara y alzó la vista cuando me vio. Poco a poco me acerqué a él.

-Lo siento. De verdad lo siento mucho.

Le acariciaba el cabello aún húmedo por el sudor y el estrés.

-Prometí que te tendría segura y no ha sido así.

A pesar que insistía en que le diera una respuesta, alcé su cabeza y lo miré fijamente. Le tomé mano y fuimos hacia ese pasillo oscuro que él hasta la habitación que él usaba como mazmorra.

-Ana... Ana, espera.

Seguía sin decir palabra. Mientras que yo estaba mental y físicamente lista para entregarme a él, a darle consuelo y calor tanto como él me permitiera.

Entramos y la habitación estaba a oscuras. Lo dejé en medio de esta y me aparte para llevarle unas cuerdas. Las extendí y las dejé en sus manos. Luego me aparté y me quité la bata frente a él.

-Estoy lista.

La expresión de Alek era de genuina sorpresa, sin embargo cambió lentamente hasta que retomó la mirada intensa de un Dominante que estaba a punto de ver la luz.

-Arrodíllate.

Así hice mientras que sentía su presencia sobre la mía. Tomó un látigo... Lo supe por el sonido que hacía sobre el suelo. Era inconfundible. Bajé la cabeza y me concentré en lo próximo que vendría.

Primero sentí el roce de sus dedos sobre mi espalda. Suaves, delicados. Estaba preparándose para hacerlo. El primer latigazo ardió como supuse, el escozor que dejó en mi piel se sentía agradable y sumamente placentero.

Otro y otro... Hasta que el número aumentaba cada vez más. El dolor se sentía agudo pero eso no significaba que quería que él parara. Más bien todo lo contrario.

Me haló el cabello hacia atrás y pude ver el bulto de su entrepierna al igual que la sonrisa maliciosa. Era la reacción que quería obtener de él, era la

reacción que me generaba tanto placer.

-Qué buena chica eres, ¿lo sabías?

-Sí, Señor.

-Y además aprendes rápido... Nada mal.

... Y ahí fue otro latigazo pero esta vez para mis glúteos. Me retorció un poco y luego Alek me tomó por el cuello.

-Vamos, levántate.

-Sí, Señor.

Parecía que cada vez me refería a él como “Señor”, su pene se volvía más y más erecto. Sabía que adoraba sentir el poder tanto como pudiera.

-Ponte sobre la pared, abre tus piernas y levanta el culo.

No sabía qué pretendía con esas instrucciones hasta que sentí sus manos sobre mis nalgas, aferrándose fuertemente y su lengua fue explorando todo lo que había entre ellas hasta que finalmente se detuvo en mi ano.

Entre todas las cosas que había experimentado, esto resultaba algo completamente nuevo para mí. Por un momento no sabía cómo reaccionar pero su lengua era simplemente increíble. Rozaba cada parte, acariciaba, lamía y hasta mordía. No había espacio sin que su boca no tocara.

La pared era lo único que me conectaba con la realidad porque el resto no estaba allí, estaba con el espíritu por los aires ya que mi cuerpo se sentía apunto de desvanecer a sus pies.

Alek continuaba besando hasta que sentí que sus labios rozaban la parte baja de la espalda hasta llegar al cuello.

-Cada parte de ti está hecha para hacerme esclavo, Ana. Cada parte de ti es adictiva.

Aun estando detrás de mí, sus manos fueron hacia mi vagina. Tocaba, palpaba para sentir mi humedad.

Comencé a gemir y él colocó su cabeza muy cerca de mi oído.

-Amo el calor que desprende tu cuerpo. Siento que puedo quemarme en él.

Mordió mi cuello y siguió tocándome hasta que introdujo un par de dedos

dentro de mi vagina. Se sentía tan bien porque, además, mis nalgas también sentían su miembro erecto, rozándome.

Escuché levemente que él bajaba lentamente el cierre. El calor de su pene lo sentía cada vez más hasta que me penetró sin la suavidad de la primera vez. La presión de sentirlo dentro hizo que gritara con fuerza pero él lo ahogó con su mano. Con la otra me tomó por la parte baja de mi abdomen y comenzó a follarme con fuerza.

Los ruidos cada vez eran más intensos y de vez en cuando él introducía sus dedos dentro de mi boca.

-Chúpalos, venga.

Los lamía con la misma lujuria con la que él me follaba. En ese momento había comprendido que estaba para servirle y para ser la sumisa de sus sueños.

Alek gemía y a veces respiraba profundamente. Los “joder” eran más frecuentes al igual que mis ganas de que él fuera cada vez más animal.

Luego de penetrarme en esa posición, me dijo al oído.

-Acuéstate en la cama, ponte en cuatro y extiende las muñecas.

Me tendí sobre la cama tal cual me había ordenado, mantuve la cabeza sobre las sábanas y cerré los ojos porque quería que él me sorprendiera. A los pocos segundos, sentí algo frío que en mis muñecas. Resultó que eran un par de cintas anchas de cuero unidas a una barra de metal de color negro.

La barra dejaba una importante separación lo cual, además, también me dejaba un poco vulnerable ante él. Alek hizo lo mismo con los tobillos. Los acomodó para poder sujetarlos apoyándose con las cadenas de las esquinas.

Así pues, estaba de nuevo atada y a la orden de sus deseos.

-A ver, a ver... Vamos a jugar un poco.

Fue hacia una mesa y extrajo algo que no pude ver con claridad. Después supe que se trataba de un vibrador. Lo introdujo dentro de mí y al mismo tiempo lo movía para aumentar la excitación. A ese punto, estaba por explotar.

Paralelamente también me daba nalgadas y una serie de palabras que supuestamente eran humillantes pero que yo las encontraba excitantes.

-Ramera.

-Zorra.

-Puta.

-Eres mía, sólo mía.

Parecía repetir sin parar. Lo decía para sí y para mí. A ambos nos gustaba y era una dinámica que poco a poco estábamos descubriendo.

Gemía sin parar y sentía que estaba a punto de tener un orgasmo. Tuve que suplicarle a Alek que me permitiera tenerlo, mis sentidos estaban a punto de salirse de control.

-Por favor... Por... Por favor, Señor.

-Vamos, Ana... Un poco más. Quiero que enloquezcas más.

Continuó masturbándome y mis manos estaban adormecidas debido a la presión que les hacía por sostener las sábanas con extrema fuerza. Al sentir que había perdido la voz de tantos gritos y gemidos, la voz de Alek irrumpió.

-Hazlo, nena. Córrete para mí.

Su voz, grave y a veces distante, fue como un hierro candente en la piel, como un estímulo fuerte, poderoso. Al oír la orden, mi cuerpo comenzó a perder el aguante y dejé salir entonces fluido de mi vulva. Caliente y palpitante, Alek tomó todo de ella, tanto como quiso.

Aún con mis piernas temblando pero también esperando a la voz de mando, él me acarició las nalgas.

-Ahora espera tu recompensa.

Escuché seguidamente sus gemidos, asumí que estaba masturbándose mientras me veía casi cerca de caer rendida. Me sostuvo de la cadera como si quiera atravesarla y pude sentir el calor de su semen por toda mi espalda. Algunas gotas habían caído junto a mi rostro.

Una respiración profunda y un beso en el cuello después, Alek se levantó y fue al baño con una toalla húmeda. Limpió y me limpió. Desató mis amarres y las cadenas y todo aquello había terminado en el suelo, como solía pasar con la ropa.

Traté de girar en mí misma pero se me hizo difícil hacerlo así que él me

ayudó a hacerlo. Al final, los dos nos tomamos de la mano y quedamos mirando al techo, aún agitados y cansados.

-Eres el cambio más grande que he tenido en mi vida.

-Y tú el mío.

-¿Te has sentido bien?

-Maravillosamente. No tienes idea.

-Nunca dudes en decirme lo que te incomoda o molesta, Ana.

-Vale, está bien.

-Bien, ¿te molesta que duerma un poco? Estoy muerto.

-Duerme. Anda.

-Gracias, Ana. Por todo.

Alek apoyó su cabeza sobre mi hombro y parpadeó unos segundos antes de que se quedara dormido. Quería congelar ese momento pero sabía que no podía, así que sólo me restaba disfrutarlo hasta el final.

IX

Alek había recobrado su buen humor y actitud de negocios de antes. El ataque había sido semanas atrás y eso fue tiempo suficiente para que él sintiera que nada hubiera pasado... Sin embargo para mí, era diferente.

A pesar que lo disimulaba, realmente estaba con los nervios de punta. Estaba vigilando hasta mi sombra y un par de veces estuve al borde de un colapso nervioso.

Él estaba concentrado en sus negocios y en hacerse más poderoso. Yo, mientras, trataba de adaptarme a esta nueva realidad.

Cada día era posible escuchar sobre armamentos, cargas y materiales, hombres peligrosos y dispuestos a formar parte del grupo de Alek, informes de vigilancia. Era una especie de empresa que tenía pretensiones de extenderse a lo largo y ancho del país.

Alek era un hombre dulce y atento conmigo, de hecho lo era cada vez más. Sin embargo, se transformaba cuando hablaba de negocios. Era una especie de líder criminal frío y distante, capaz de tomar duras decisiones sin que le temblara el pulso. Esa parte de él era la que más me resultaba escalofriante.

A pesar de ello, también me resultaba fascinante. Él era el macho alfa y yo era su mujer, la que además conocía una parte vulnerable suya. En conclusión mis emociones estaban hechas un desastre.

Un día me encontraba caminando por los jardines. Me senté en uno de los bancos que estaban allí y vi el resplandor del anillo que él me había dado. El objeto que nos recordaba nuestro vínculo como Amo y sumisa. Lo tocaba frenéticamente, recordándome que él era mío como yo era suya... Entera y completamente.

Me levanté y camino a la habitación, lo encontré.

-¿Qué tal si vamos a cenar?

Sonreí y accedí. Era la primera vez que lo hacíamos en mucho tiempo y ya el encierro me tenía un poco triste.

-Esta vez quiero consentirte toda.

-Está bien, Señor.

Subimos y entramos al baño. Me tomó del cuello con firmeza y luego nos besamos. Estaba tan deseosa que olvidé todo el revoltijo que tenía dentro de mí. Quería fundirme con él.

Me quitó la ropa no supe cómo pero tampoco importó mucho. Tomó mi mano y me introdujo en la ducha. Abrió las llaves y salió el agua tibia, esa que se sentía tan reconfortante y deliciosa.

Se apartó un poco y vi cómo se desvestía. Su cuerpo era un constante recordatorio de que la perfección existía y que llevaba su nombre.

Fue hacia mí y me tomó entre sus brazos, fuertes, cálidos, blancos. Me alzó como si nada y los dos quedamos bajo las gotas.

-Ana, mi Ana.

-Tuya, siempre tuya.

Seguíamos besándonos, como si quisiéramos comernos sin control. Mi vulva y su pene parecían sincronizados ya que se buscaron al mismo tiempo.

El ritmo de la zona pélvica de Alek entremezclaba lo suave, rápido, violento y profundo en intervalos que haría enloquecer a cualquiera. Me aferraba a él, tanto, demasiado. Casi rompiéndole la piel. Él sonreía. Adoraba cuando lo hacía.

-Mi Ana...

Follamos por un largo rato y después salimos de la ducha riéndonos como un par de chavales. Era conmovedor verlo así, relajado y contento. Era una imagen que al menos quería tener conmigo siempre.

-¿Qué se te apetece?

-Pues, siempre estoy de ánimos para comida italiana.

-Venga, qué sea italiana entonces.

Seguíamos de buen humor y comenzamos a prepararnos. De repente, mientras se vestía, sonó su móvil de manera insistente. Al terminar de abotonarse la camisa, se acercó a la mesa en donde estaba e hizo una expresión de notable molestia.

-Esta noche no...

Dijo en voz baja, pensando que yo no lo escucharía.

El chófer de siempre estaba esperándolo con la diferencia de que teníamos atrás de nosotros una camioneta repleta de tíos armados. Listos para cualquier situación. Cualquiera que viera esta imagen, hubiera pensado que se trataba de una figura que requería protección de primera clase... Y de alguna manera así era.

No quise prestarle atención a ese detalle y sólo me fijé en él. Quería concentrarme en hacerle bien a Alek aunque no fuera lo mismo para mí. Supongo que las relaciones consisten en eso, en hacer sacrificios, en ceder un poco. ¿No?

-Reservé un lugar nuevo en la ciudad. Está en un hotel... Bueno, mejor no hablo más porque me dije a mí mismo que sería una sorpresa.

El chófer nos acercó a la zona más exclusiva de la ciudad. Tiendas de lujo y esplendor por doquier. Fascinante de principio a fin. Poco a poco nos acercamos a un gran hotel. Era fácil verlo de lejos puesto que sus puertas eran doradas y brillaban como si tuvieran luz propia.

El coche aparcó lentamente sobre la entrada y al poco tiempo, Alek se bajó para abrirme la puerta. Tomó mi mano y me guió con suavidad hacia la entrada.

Los botones estaban vestidos con trajes elegantes, los huéspedes vestían con ropas finas y el sonido de un piano hacía eco por todo el lobby. Se veían copas y botellas de champaña, risas suaves y conversaciones íntimas. Ese lugar parecía una especie de universo paralelo.

Entramos al elevador rodeados de aquella elegancia. Él apoyó su cabeza sobre mi cuello y lo besó. Su olor era embriagante así como su cercanía. Alek me hacía sentir como si estuviera en el cielo.

Las puertas se abrieron y el restaurante se presentó ante nosotros. Lo que me llamó la atención es que no había nadie allí, salvo por el equipo de cocineros y meseros. Estaba boquiabierto y en ese momento se acercó a mi oído.

-Te dije que te tenía preparada una sorpresa.

-Buenas noches, señor, señorita. Bienvenidos. Por favor, escojan la mesa de su preferencia y pronto los atenderemos. –Dijo el chef con un tono amable y servicial.

-Gracias, Roberto. Para hoy quiero sólo lo mejor.

Alek me miró con dulzura y me llevó hacia una mesa cerca de un ventanal. La noche estaba espléndida, las estrellas y las luces de la ciudad hacían que todo se viera hermoso y sublime.

El sonido del descorche de la champaña me distrajo de momento y vi el líquido que caía en la copa.

-He pedido el mejor. Espero que te guste.

Una sensación fría y burbujeante invadió mis papilas gustativas y un sabor amargo invadió mis labios. Era delicioso.

Los platillos no tardaron en llegar. Me sentí como una chiquilla en plena Navidad, así que no escondí mi emoción.

-Ensalada caprese con tomates frescos y albahaca, con aceite de trufas blancas. Es una de mis entradas favoritas.

El primer bocado me hizo sentir que podía adaptarme sin problemas a estos niveles de lujo.

Lo siguiente que comimos también era delicioso. Sin importar aquello, estaba más que feliz de poder estar con él en tranquilidad y sin sentir que nos acosaban constantemente. Era el momento de los dos.

-¿Qué te ha parecido todo?

-Delicioso pero ahora quiero que estemos juntos.

Alek acarició mi mano con suavidad hasta que dio con el anillo que me había dado.

-Vamos.

... Entonces la noche continuaría para dos en otro lugar.

X

Llegamos a la mansión agarrados de la mano y con actitud cariñosa. Viéndolo desde esta perspectiva, estaba tan ensimismada y viviendo en mi propia burbuja que había olvidado que la seguridad estaba redoblada y que realmente los dos parecíamos aislados del mundo por una gran muralla.

Antes de ir a la habitación de siempre, Alek me paró en seco.

-Espera aquí un momento.

Estuve de pie en medio del pasillo a oscuras esperando por él. Entonces sus manos rozaron mi cuello y sentí el “clic”. Se trataba de un collar que tenía una cadena de metal unida a él.

-Al suelo y gatea. Vamos.

Antes de hacerlo, me quitó el vestido que tenía en un dos por tres... Por supuesto que estaba desnuda, salvo por las sandalias de tacón.

Caí al suelo y empecé a gatear como él me había ordenado. Él, mientras, sostenía la cadena desde un extremo, ejerciendo cierta tensión, claro, ya que eso significaba que él jugaba con mi respiración. Algo que me gustaba cada vez más.

-Así... Así se hace. Muy... Muy bien.

Me contorneaba, movía las caderas de manera sensual y de vez en cuando giraba para ver qué reacción tenía o la mirada del momento.

Entré en la habitación y esperé a que él lo hiciera. En ese momento, escuché de nuevo una orden.

-Quédate de rodillas frente a mí.

Se colocó frente a mí y se bajó el cierre del pantalón, lentamente, para que no me perdiera ningún detalle.

Soltó la cadena y se sacó su pene y lo colocó frente a mi cara. Tomó mi cara y la sostuvo mientras me daba pequeños golpes en la mejilla. Se sentía duro, caliente y hasta palpitante.

A ese punto estaba desesperada por tenerlo en mis labios y él se fijó en lo desesperada que me estaba poniendo. Jugaba conmigo y eso se resultaba

divertido.

Finalmente dejó que lo chupara y quise que la primera lamida fuera suave y lenta. Deseaba que él viera cómo disfrutaba al hacerlo... Y de hecho así era.

Lo introduje todo en mi boca y traté de introducirlo todo en mi boca, tanto como podía. No era tarea sencilla tener un miembro así pero quería y debía continuar. Así significara que me ahogara.

Un par de arcadas después, el pene de Alek llegó tan profundo en mi boca que acto seguido comenzó a follarme por la boca. Sostenía mi cabeza con ambas manos y trataba de ir más adentro.

-Mírame.

Lo hice con mis ojos llorosos. Alek se veía imponente, como todo un semental. Sentía que mi vulva palpitaba sin parar.

Lo llevó un poco más lejos y lo dejó ahí, quieto. Luego me dio un par de cachetadas suaves hasta que se encontró satisfecho.

-Te gusta, ¿verdad?

Asentí como pude y luego lo sacó, tomó el lado de la cadena y me obligó a ponerme de pie. Tambaleando un poco, me llevó hacia la cama y me tendí sobre ella con las piernas abiertas.

Respiraba agitadamente pero no había tiempo para descansar, aún faltaba entregar un poco más.

Él se acostó sobre mí y llevó sus dedos en mi vagina. Tocaba y palpaba con agresividad. Me masturbaba de una manera increíble, deliciosa.

No paraba de gemir y él pareció que no pudo resistirse porque su boca comenzó a pasearse sobre mi abdomen. Lamía y mordía hasta que llegó a mis pechos. Presionó mis pezones con los dientes hasta que hice un pequeño alarido de dolor. No obstante, era una sensación más que deliciosa.

-Qué rico...

Exclamé entre los estímulos que él me hacía. Hacía con mi cuerpo todo lo que quería.

No esperó mucho para follarme de manera ruda y salvaje. Enterraba sus manos sobre mi carne tan profundo que podía ver cómo me dejaba marcas en todas partes.

Luego pareció que él dejó su instinto Dominante porque se juntó más hacia mi cuerpo, como queriendo sentir más mi calor con el de él.

Fue de rápido y violento a suave y casi delicado. La mezcla de ambos ritmos me tenía al borde del éxtasis. Mientras sostenía sus brazos, los dos nos miramos por una fracción de segundo que se sintió como una eternidad. El azul de sus ojos ya no desprendía esa frialdad tan característica, sino había algo más allá... Algo que no podía describir.

Nos besamos dulcemente y de nuevo volvió a penetrarme con fuerza. Lo hicimos así hasta que nos corrimos al mismo tiempo.

Alek cayó sobre mi pecho y podía sentir lo acelerado que estaba su corazón. Parecía que estaba a punto de salirse de él.

Él se acomodó un poco y quedó sobre mí hasta que se quedó dormido. Yo, por mi parte, acaricié su cabello siempre suave y brillante.

-Me gusta el lugar en donde estoy ahora. –Dije antes de quedarme dormida con el hombre más misterioso que he tenido en mi vida.

XI

-Sí, sí. Entiendo pero aún debemos esperar la respuesta de los proveedores. Aún ni siquiera se ha concertado la reunión que teníamos pendiente y es necesario hacerla porque debemos pautar lo que se necesita hacer y lo que no. Sí, vale.

Alek colgó la llamada y luego giró a verme. Bajaba por las escaleras con suavidad. Él parecía que no podía quitarme los ojos de encima y aproveché la ocasión para seducirlo hasta el último segundo.

-Siempre encuentras la manera de dejarme deslumbrado, Ana. No tengo palabras.

En este punto imagino que se preguntarán que había pasado con mis dudas y cuestionamientos sobre mi situación. Bien, traté de escapar, de hecho. Hubo una noche en donde mi desesperación fue tal que salí por una de las ventanas de la mansión, como si fuera la misma adolescente que huía de su familia.

Por supuesto que Alek había dado conmigo al poco tiempo. Discutimos, peleamos y hasta no nos hablamos en un par de meses. Estaba confundida... Increíblemente confundida.

Al final, en el medio de la sala, entendí que nuestra relación no era como las demás y que no podía pretender tener un cuento de hadas. Quizás eso era lo que no quería para mí.

Nos reencontramos y para mi sorpresa él me recibió con los brazos abiertos. No me hizo sentir mal ni culpable. Más bien todo lo contrario.

-Sé que todo fue muy precipitado para ti y fue un poco injusto de mi parte el no haberte dado tiempo para que procesaras todo lo que sucedía. Soy un cerdo egoísta.

-Vale, vale.

-Quiero estar contigo y quiero que estés conmigo, Ana. Ha sido así desde el principio. Es lo único que he querido siempre. Créeme.

Y cómo no podía creerle. Era imposible no hacerlo. Me miraba casi suplicante y para ser sincera yo también lo estaba. Moría por regresar y besarlo, follarlo, tenerlo sobre mí durmiendo. Casi sentía que no podía

respirar.

Al cabo de un tiempo, regresé a la mansión pero con una mentalidad diferente. Me sentía más decidida a formar parte de su vida y dejar de escapar de ello. Ahora estaba para él en todo momento.

Alek, entonces, me permitió trabajar por mi cuenta. Insistía en que me quería lejos de todo lo que tuviera que ver con sus negocios porque, según él, no era justo para mí. A pesar de tanto insistir, accedí y eso de alguna manera me hizo sentir más libre e independiente, a pesar que sabía que no era de esa manera.

-¿Estás lista?

-Más que lista.

Ahora estaba convertida en una especie de reina de la mafia. Él era el máximo líder de toda la ciudad y más ahora que estaba expandiéndose por todo el país. Su ambición estaba imparable y yo deseaba apoyarlo.

-¿Estás segura de esto?

-Siempre estoy segura contigo, Alek. Recuerda que ahora estoy para apoyarte en lo que sea.

Esa noche nos preparábamos para salir al encuentro de un evento importante. Ya no había cabida para atentados o para conspiraciones para sabotear la reunión... Menos ahora ya que Alek era el jefe de todos.

Llegamos a una gran mansión y nos recibieron gratamente. Los invitados estaban elegantemente vestidos y nos vieron con asombro.

-Saben ahora que somos la pareja más poderosa del lugar.

-Es bueno que lo tengan presente.

Alek me miró con aquella sonrisa maliciosa y caminamos tomados de la mano. Saludando a cualquiera que se nos acercara.

-Bienvenidos. Es grato tenerlos a los dos aquí. En cualquier momento estaremos listos para recibirlos en el estudio y hablar sobre lo que hemos acordado.

Él se quedó junto a mí, en silencio.

-Puede que muchas de las cosas que vayas a escuchar no te resulten

familiares, trataré de ayudarte en lo que pueda.

-No te preocupes, estoy en la mejor compañía posible.

Le miré con la misma sonrisa maliciosa que él solía hacer.

Sacudida por el Dominante

Sexo y Amor con el Padre Soltero

I

-Dime “Señor”.

-Sí, Señor.

-Qué bueno. Aprendes rápido.

El sonido del látigo sobre la piel desnuda produjo un largo gemido.

-¿Más?

-Sí, Señor.

-Claro que te daré más. Por ramera. Por puta.

Otra vez el dolor y el enrojecimiento. El placer. La lujuria.

Klay aún sostenía el látigo. Miraba el objeto de su dominio con el pecho hinchado de orgullo. Era el macho alfa dominando la presa para luego devorarla.

Las pupilas estaban dilatadas y la respiración era pausada, suave, uniforme; al igual que la expresión severa. Una ligera sonrisa, sin embargo, se dibujó en la comisura de sus labios. Era un gesto mínimo en comparación a lo que estaba sucediendo dentro de sí. Le encantaba esa posición de poder. Era adicto a ella.

La chica estaba atada y suspendida. Apenas sus pies eran capaces de sostener el peso del tren superior. Pero ella no pensaba en ello, no pensaba que, de moverse un poco, podría perder el equilibrio. No. Sus pensamientos estaban desconectados de su mente, sólo se concentró en lo que sentía.

Lo cierto es que los dos estaban sumidos en un trance. El ambiente era oscuro, caliente, con jadeos, con la humedad del sudor, de la saliva y de los

fluidos.

Klay siguió con los látigos a lo largo de ese exquisito cuerpo. Las piernas, los delicados muslos, el culo rosáceo, la espalda tonificada. Intercambiaba la intensidad de los látigos con caricias suaves en sus pechos. A esos pechos grandes, redondos, firmes.

Por lo general solía ser más controlado pero aquella mujer la tuvo en la mira por mucho tiempo. Soñaba con ella, con poseerla con furia animal. Así que mandó al diablo los tradicionalismos y se dejó libre esa bestia que vivía dentro de él.

Al agotarse, al sentir que el brazo ya no podía más, al ver el rostro de ella con lágrimas de súplica, soltó el látigo y se colocó detrás. Con una mano sostuvo el cuello, lo apretó con firmeza. La otra extremidad fue hacia el coño que ya se encontraba prácticamente goteando.

Rozó sus dedos, con delicadeza, sobre el clítoris. Ella gimió un poco más. Klay comenzó a hacerlo lento pero luego aumentó el ritmo porque sí, porque le dio la gana.

Ella no paraba de gemir.

-Por favor... Por favor, Señor.

-¿Por favor qué?

-Fóllame.

Volvió a sonreír. Estaba complacido. Sin embargo, quería jugar más estando en esa posición. Así que pretendió lo escucharla. Continuó tocándola como si no hubiera un mañana.

De repente sintió cómo el cuerpo de su amante parecía que se desvanecería en cualquier momento. La sostuvo con fuerza, más junto a su cuerpo y dejó de masturbarla. Más bien le besó el cuello y le mordió un poco los hombros.

La dejó momentáneamente suspendida mientras le desató los amarres. Ella, con las pocas fuerzas que tenía, apenas pudo incorporarse. Klay examinó las muñecas y los tobillos con cuidado. Los besó y tocó para hacerla sentir atendida. Además, esa era la responsabilidad de un Dominante: el proporcionar un poco de tranquilidad y confort.

Ascendió y la tomó por la cintura. Respiró profundo debido a la emoción. Por

fin la tenía entre sus manos. Por fin podía hacer con ella lo que quisiera.

La dejó sobre la cama aún con el pecho acelerado. La miró y sonrió.

-Mírame. –Le ordenó.

Ella se acomodó un poco y observó la forma en la que él se quitaba la ropa. Lo hacía lento. Se veía viril, masculino, sensual. Poco a poco se revelaba la piel morena, los brazos de acero, el abdomen marcado, las piernas tonificadas. Al terminar, se echó un poco el cabello hacia atrás para luego concentrar la mirada de aquellos ojos negros hacia ella, como si fuera el lobo feroz.

Se acercó hacia la cama como una pantera. Su boca fue hacia el coño caliente que lo esperaba. Su lengua no tardó en saborearla a plenitud.

Sí, la lengua de Klay no tenía igual. Era algo fuera de este mundo y ella lo supo desde el primer instante en el sintió el primer roce. Cada lamida, cada chupada la llevaba hacia un nuevo nivel de excitación. Desconocía que hubiera algo remotamente similar.

Continuó chupando para luego dar unas pequeñas palmaditas sobre el clítoris. De vez en cuando se detenía para saber si todo iba bien. Vaya que sí.

Se detuvo justo en el momento en el que ella estaba a punto de correrse sobre sus dedos y lengua. Sin que ella lo advirtiera, sintió el empujón del pene de Klay dentro de ella. Por supuesto, gritó con fuerza y él se adentró aún más. Su pelvis no se detuvo lo que también hizo que él gruñera un poco.

La folló con fuerza, con hambre, con desesperación. Estaba enloquecido e imparable. La mujer, mientras, se sostuvo de las sábanas como temiendo caer en un abismo desconocido. El vértigo la obligó a estar consciente de lo que sucedía en cada momento.

Luego de varias posiciones, más mordidas, más azotes, los dos terminaron sobre la cama, exhaustos. Ella quedó prácticamente dormida y él, agitado. Para calmarse un poco, fue hacia el cajón que tenía cerca y sacó una caja de cigarros. Encendió y dio la primera calada con alivio.

Exhaló el humo y llevó la mirada hacia el techo. El animal que había dejado libre ahora descansaba y poco a poco emergía la personalidad cándida y dulce que tanto lo caracterizaba. Echó una mirada hacia su acompañante, suspiró y se levantó de la cama para prepararse algo de comer.

Le dio risa lo rápido que terminó el deseo de poseerla. Todo desapareció como si nada.

II

Sonó el despertador. Klay lo apagó de mala gana porque aún tenía ganas de dormir un poco más. Terminó la noche anterior hecho puré. Pero bien, las responsabilidades de la vida adulta no se harían solas, así que mientras más terminaba el suplicio de levantarse, menos traumático serían las cosas.

Se sentó al borde la cama y tuvo la tentación de sacar un cigarro y fumarlo. Pero no, también hay que pensar en la salud y más porque ya no era el mismo chaval de antes. Ahora tenía achaques.

Al levantarse, se estiró un poco y bostezó varias veces. Sintió una especie de tirón en el brazo producto de los látigos. Sonrió con esa maldad que emergía de él cuando se transformaba en dominante. Volvieron los ánimos y fue casi feliz hacia la ducha.

Lo cierto es que nadie sospecharía que Klay es un Dominante con años de experiencia y menos con la apariencia que tiene. Es calmado, amable, dulce y compasivo. De hecho, desde joven ha participado en voluntariados para los chicos de la calle, activismo que, por cierto, todavía continúa haciendo. Además, es un poco nerd, ama Star Wars, Rick & Morty, y todo lo que tenga que ver con la ciencia-ficción, por lo que cuenta con una amplia colección de camisetas sobre el tema. Es ordenado y aficionado a la fotografía. Sí, es como un tío cualquiera que podría pasar hasta de ingenuo. Pero las apariencias engañan.

Descubrió el BDSM por casualidad. Un día, mientras estaba en un cibercafé buscando juegos, se topó con un anuncio que le llamó la atención. Se trataba de una chica amarrada, con los ojos vendados y una mordaza. No había ningún tipo de información adicional, salvo por un “haz clic”.

Miró hacia los lados, se aseguró que los pocos presentes estuvieran en lo suyo y así hizo. Ese clic le cambió la vida por completo.

Fotos, videos y hasta audios de sesiones de todo tipo. Mujeres y hombres siendo sometidos ante los dominios de otros tantos que ejercían el poder sobre sus cuerpos. Cada fragmento de información, cada parte, lo hizo sentir tremendamente emocionado hasta llevarlo al borde la excitación. Klay encontró, sin querer, aquello que le daría sentido a su vida.

Al regresar a casa, se percató que tenía que experimentar todo aquello que recibió sus ojos en esa hora y media. Tenía que haber una forma de saber si era puro mercadeo o si realmente había una comunidad que encontraba placer en esas prácticas. Sin embargo, pasaría tiempo para que lo confirmara.

Entró en la universidad con ese escozor que no lo dejó en paz. Cada chica que conoció, cada experiencia sexual que tuvo, no era suficiente. Estaba desesperado por hacer algo que realmente lo hiciera sentir vivo. Fue entonces cuando conoció a Amelia, su primera novia formal y la persona que lo introdujo al BDSM.

Amelia era switch. Sabía ser Dominante como también sumisa. Esa dualidad la encontró perfecta ya que disfrutaba de las dos experiencias y de un mundo repleto de posibilidades.

Desde el primer beso, Amelia le demostró a Klay que podría probar todo y tanto que quisiera. Y así lo demostró la primera noche. Al estar juntos, finalmente, ella se desnudó frente a él. Se veía hermosa, como una diosa. Estaba nervioso a pesar que no era la primera vez con una mujer.

Ella sonrió con gesto paciente y le tomó el rostro. Lo besó y buscó sus manos para que sostuvieran su cuerpo. Klay temblaba por lo que trató de calmarse con unas cuantas respiraciones hasta lograrlo.

-Tócame.

Así lo hizo. Exploró su cuerpo por completo y sin penas. Sus muslos eran deliciosos así como las caderas anchas. Sus pechos pequeños eran suaves al tacto, su boca, tentada por la imagen, buscó los pezones para lamerlos y morderlos. Amelia cedió el poder del sexo ante él.

Siguieron acariciándose hasta que ella le miró los ojos.

-Nalguéame... Sí. Hazlo.

Inseguro, la primera nalgada lo hizo con timidez. Ella esperó ansiosa para que continuara y lo incitó con un par de besos.

-Vamos Sigue.

Continuó hasta que encontró un poco de seguridad a medida que lo hacía. Descubrió que le gustaba hacerlo, que le gustaba el contacto de la piel y el dolor que provocaba. De hecho, hubo un punto en el que ella gritó y suplicó por más. En ese momento se hizo adicto a tener el control.

Aprendió a moderar la fuerza y a usarla apropiadamente. Descubrió el placer de hacer amarres, del juego primal y también la relación entre Daddy y little girl o brat. Entre sus otros placeres, estaban el ver a su sumisa vistiendo lo que él quisiera cuando quisiera. Le sorprendían las veces en donde descubría que encontraba una nueva afición. No le quedaba dudas que el BDSM era un mundo demasiado vasto y diverso.

Los años lo volvieron maduro y experto. Un par de ocasiones tuvo la oportunidad de entrenar sumisas nuevas y hasta de compartir unas cuantas. Luego se percató que ese tipo de situaciones eran complicadas de manejar.

Klay pasó el resto de sus años de universidad alternando sus estudios en Diseño Gráfico y azotes. Fue la mejor época de su vida.

Ahora, que ya era un hombre adulto, se volvió particularmente exigente con las relaciones de este tipo. Prefería las sesiones cortas porque así contaba con la libertad que tanto le gustaba. De vez en cuando tenía algún romance pero nada importante.

Se paró frente al clóset para tomar la ropa. Un par de jeans oscuros, una camisa de rayas, un suéter negro y unos tenis que esperaba estrenar. Esos pequeños placeres de la vida que tanto disfrutaba.

Antes de salir, buscó los lentes como desesperado. Se los colocó y se rió por el cambio de su rostro.

-Soy el Clark Kent de la oficina, tío.

Rió un poco y salió del piso luciendo como el tipo más tranquilo del mundo.

III

Olivia miraba al ponente sin mayor interés. Fingía que estaba interesante en la charla sobre la importancia de ser traductor en un mundo globalizado. Cada tanto, miraba la salida de emergencia que la seducía desde el otro lado del auditorio. Sabía que en cualquier momento podía huir pero no quería. Más bien estaba esperando la próxima intervención para así, finalmente, tener un certificado más que avalaría sus dotes de traductora.

Así pues, pasó gran parte de la mañana, mirando la pantalla con palabras sin importancia, mientras esperaba algo realmente que le interesara.

Una chica de protocolo anunció que era hora de un break. Abrió las puertas ampliamente y dejó que la gente saliera a tomar un poco de café y comiera algunos bollos ya preparados en mesas provistas de un amplio rango de refrigerios.

Olivia tenía la costumbre de esperar que todos saciaran la gula para ella después comer algo. Tampoco era algo que necesitara pero no estaba de más tener un poco de comida en el estómago.

Tomó un pequeño vaso de plástico, se sirvió un poco de café negro y buscó algo dulce para ver si era posible despertarse del letargo.

Se apoyó sobre una pared al mismo tiempo que daba sorbos de la bebida caliente. El sabor amargo se sintió como un abrazo sobre la garganta y que se extendía al resto de su cuerpo. Sonrió y concentró la mirada hacia los asistentes. Parecían aburridos, la verdad: una vieja con aire de sabelotodo, un tío alto de barba con aspecto dudoso, una chica rubia con un escote revelador. Era gracioso cómo un lugar así concentraba a un grupo de gente tan extraño.

Ella se acercó para tomar otro bollo dulce y sentarse en las escaleras a escuchar música. Lo haría para hacer tiempo antes de regresar.

La curiosidad de Olivia por los idiomas comenzó cuando sólo era una niña. Pasaba largos ratos con un par de diccionarios, comparando palabras y significados. A medida que crecía, se le hizo fácil entender los idiomas y supo pronto que era bueno para ellos. De hecho, aprendió inglés casi por sí misma así que quiso aprender más, aunque no tuviera un propósito detrás. Sólo quería saber más.

Ingresó a la universidad para estudiar Idiomas Modernos y se graduó cum laude. Luego, trabajó en una agencia y más tarde en una trasnacional. No obstante, supo que podía tomar el control de su vida profesional sin depender de un empleador. Se aventuró en la vida como freelancer. Con un poco de entrenamiento y organización, su último día en la oficina fue el más emocionante de su vida.

Ya tenía casi dos años cuando se mudó de ciudad y pudo encausar la adultez que tanto le intimidaba. Alquiló un piso pequeño pero iluminado, compró un par de equipos para optimizar su trabajo y, claro, mucho café. Le ayudaba a concentrarse.

Pero no todo era trabajo en su mundo aunque aquello ocupaba gran parte de su tiempo. Olivia gozaba de cierta popularidad por su sentido del humor aunque prefería estar sola.

Los hombres eran un tema recurrente porque ella exudaba una confianza y seguridad que dejaba a cualquiera intrigado. Además, su aspecto era muy atractivo: morena, baja de estatura, caderas y piernas anchas, ojos negros y grandes; y cabello tipo pixie teñido de blanco. Sin duda, tenía una imagen llamativa.

Tuvo un par de novios en la universidad pero la relación más importante para ella fue en los tempranos 20. Conoció un tipo casado que la introdujo en el mundo BDSM.

Siempre fue claro desde un principio. Le advirtió de su relación, de los hijos y de las responsabilidades del trabajo. Cero ilusiones de algo más... Aunque pasó lo contrario.

Olivia entendió que era una sumisa nata. Adoraba la obediencia y disciplina, a pesar de tener una personalidad muy diferente en la vida vainilla. De hecho, su parte favorita eran las humillaciones mientras le daban latigazos en las piernas.

Aprendió a usar el collar así como la importancia de establecer contratos y límites. Disfrutaba también de usar trajes y accesorios de látex, de la privación de la respiración y el sexo anal. Ese hombre le enseñó un mundo de posibilidades hasta el día en que le confesó su amor por él. Esa confesión fue suficiente para poner fin a la relación sin reparos.

Pasó tiempo para que ella entendiera los sentimientos que se manifestaban en

su interior. Y, a pesar del dolor, el BDSM se convirtió en un gusto que se quedó en la piel.

Tuvo compañeros sexuales que le dieron cierto grado de satisfacción pero no lo suficiente. Siempre quiso más.

En ese momento, al terminar de comer una dona con glaseado de fresa, deseó tener un tipo fuerte y seguro, dispuesto a hacerla sufrir como a ella le gustaba.

Anunciaron la entrada al auditorio así que el momento para pensar en tonterías pasó. Justo en ese momento, escuchó el móvil. Era el mensaje de una amiga.

“Vamos a un bar esta noche. Pasamos por ti a las 9. SIN EXCUSAS”.

Miró la pantalla y rió un poco. A diferencia de otros días, no le molestó la idea de hacer algo diferente. Necesitaba salir de la rutina y la idea de unos tragos no parecía mala idea.

... Más tarde se daría cuenta que tenía razón.

IV

Black Grease de The Black Angels sonaba cuando Klay entró al bar repleto. Buscó a sus dos amigos con la mirada. El lugar estaba repleto.

Se abrió paso entre la gente y encontró una botella de cerveza que lo esperaba.

-¡Tío! Has venido. Venga, ya.

Saludó con un par de abrazos a sus acompañantes quienes resultaron ser amigos de la infancia.

-Es un milagro que estés aquí. Pensamos que no vendrías.

-Pues, he venido. Así que ahora pueden creer en los milagros.

Brindaron y celebraron. Sería una noche interesante.

Aproximadamente unos veinte minutos después, Olivia y sus amigas llegaron al bar. Esta vez, sonaba Young Dead Men.

-Buena música, eh.

-Te van a encantar los tragos. Sé que te hacen falta.

-También vienen tíos buenos... Muy buenos.

Olivia fue por el alcohol y para pasar un buen rato. Así que no le prestó mucha atención a esas palabras.

Se sentaron en una mesa apartada del bullicio y pidieron tragos apenas apareció un mesero. Esperaron ansiosas hasta que bajó una gran bandeja negra frente a sus ojos.

-Yo vivo por esto –Dijo una tomando un shot de tequila.

-Joder, qué bueno está esto.

La noche pasó entre tragos y risas. Olivia estaba animada porque salió de la rutina y porque se estaba divirtiendo de verdad.

-Voy a por un trago. ¿Alguien quiere algo?

-Creo que estamos bien por ahora, Liv. Apúrate que estamos hablando de la boda de María y Agustín.

-Ja, ja, ja. Vale, vale.

Se levantó un poco mareada y fue hacia la barra. Le pareció increíble que llegaran más personas desde que entró. Trató de no sentirse incómoda hasta que percibió la presencia de alguien que estaba junto a ella.

-Hola. –Dijo un rostro sonriente y amable.

-Hola. ¿Cómo estás? –Trató de responder con naturalidad.

Ella estaba aún con ganas de decir alguna frase inteligente pero no pudo. La imagen de ese tío la dejó fría.

-¿Te soy sincero? Te vi desde que entraste y he estado tomando fuerzas para hablar contigo. Así que, cuando te levantaste, mis amigos que están por allá. Sí. Esos de allá. Me empujaron para aquí y así hablar contigo. Pero temo que la chica más genial de este sitio rechace una cerveza.

Olivia sonrió halagada. Era la primera vez que le pasaba algo similar.

-Estaré encantada.

Ella se sentó en la barra y lo vio hacer los pedidos. Admiró la estructura ósea de su mentón, el cabello negro y liso, los ojos del mismo color, la voz grave y el vaivén de la manzana de Adán. Esos detalles minúsculos que conformaban el universo de su rostro atractivo.

-Creo que ya podrás pavonearte con tus amigos, ¿no?

-Por supuesto. Aunque ya estaba preparado para una negativa.

La miró con una intensidad que la hizo temblar un poco en la silla.

-Pu-pues, fíjate que has tenido un resultado más favorable, ¿no?

Chocaron las botellas como señal de celebración. La noche dio un giro inesperado.

Los dos permanecieron pegados a los asientos de la barra sin darse cuenta que sus acompañantes estaban suplicando por su atención. Al final, se rindieron y prefirieron dejarlos solos.

Olivia estaba, a ese punto, un poco animada por el alcohol, así que trató de calmar el impulso carnal de lanzarse sobre ese hombre tan atractivo. Respiraba profundo y cada tanto tomaba un puñado de maní rancio en un bol sobre la barra.

-¿Sabes? Me he dado cuenta que no sé cómo te llamas. Tenemos casi dos horas hablando y no sé si me has dicho tu nombre.

Klay pensó lo mismo pero eso le convenía. ¿La razón? Ciertamente como había dicho, miró a Olivia desde que entró. Se sintió atraído por el cabello corto y blanco, por las piernas y las caderas anchas, los ojos negros y la carcajada que era capaz de escucharse desde el otro lado del local. De cerca, pilló un diente roto cuando hablaba, los labios gruesos y la forma en cómo se tocaba el cuello cuando la notaba nerviosa. Le gustaba cómo se expresaba, la propiedad que tenía sobre las ideas aun estando un poco alcoholizada... Porque era obvio.

Ella se quedó muda luego de esa pregunta. Tenía el rostro que indicaba expectativa.

-Lo sé.

-¿Lo sabes?

-Correcto.

A media que hablaban, Klay sintió la necesidad de tomarla, llevarla a su casa y follarla como nunca. Aunque no sería la primera vez, no sabía muy bien cómo abordar el tema.

-Sí. Lo sé. Me gusta eso, ¿sabes? Es como una especie de juego.

-No entiendo.

Klay pensó en responder pero sintió que era mejor tomar acción. Dejó la botella sobre la superficie y la miró fijamente. Ella alzó una ceja con aire de incertidumbre. Siguió mirándola y el mundo se detuvo de repente. Se acercó a su rostro, cerró los ojos y la besó. Sus labios sabían a maní salado, cerveza agria y algo dulce quizás proveniente del labial que tenía.

Por un momento fue delicado pero luego fue más intenso. El ruido de la gente hablando, de la música, de las botellas y las carcajadas enmudecieron. Sólo se escuchaban los labios y las lenguas comulgando entre sí.

Olivia no reaccionó inmediatamente, sino más bien se dejó llevar por ese hombre que se sentía tan cálido, tan masculino.

En algún momento se sostuvo de esos brazos fuertes que ya estaban sobre ella. Le gustaba cómo la tomaba y cómo la besaba. Le gustaba sentir la

respiración de él agitándose al igual que la de ella.

Por un momento, él se separó justo en el instante en el que ella quería más.

-Ven conmigo... Ven.

-Pe-...

-Deja de pensar.

Volvió a besarla con fuerza.

-Vámonos.

Encontró el bolso y la cartera cerca, sus amigas le hicieron el favor por si las cosas salían bien... O mal. Él no tenía mucho que llevar así que sólo se levantó para esperarla.

La tomó por la cintura y le besó el cuello en cuanto salieron. Esas maneras de él la tenían como hipnotizada.

-Ven, mi coche está por aquí.

Caminaron media calle y se montaron en la camioneta de Klay. La costumbre de Olivia de inspeccionar todo se vio interrumpida por un agarrón que le hizo él y que la dejó un poco desconcertada. Si pensó que era intenso dentro del bar, no tuvo palabras para describir cómo era en ese momento.

Su boca parecía más determinada en explorar cada parte de su cuerpo. Ella le sostuvo la cabeza y sintió el calor de su aliento entre sus pechos. Exclamó unos cuantos gemidos al mismo tiempo que sus extremidades parecían ceder ante la pasión envolvente de él.

-Lo siento, estoy un poco ansioso...

Ella sólo pudo reír por el sarcasmo del comentario y volvió a buscar el calor de su lengua. Se fundieron en un intenso abrazo durante un rato.

-Si no paro te comeré aquí mismo y creo que podría ser un problema para los dos.

-Ja,ja, ja. Vale.

Arrancó el coche y se encaminaron por una calle concurrida. El tráfico estaba un poco denso y a los dos se les notaba las ganas de volverse a tocar.

Olivia, quien solía ser reservada para las aventuras, estaba a punto de tomar

una decisión que iría en contra de sus costumbres. Miró fijamente a Klay quien parecía un poco desconcertado, se quitó el abrigo y se juntó hacia él. Acarició suavemente su entrepierna y bajó el cierre del pantalón.

-¿Está bien?

-Hazlo.

Esa voz de mando le resultó familiar... Y le gustó más de lo que pensó. Mordió sus labios y procedió a descubrir lo que se había aventurado a tocar.

Tomó el pene de él y comenzó a acariciarlo lentamente. Se sentía duro, muy duro. Klay, por otro lado, parecía concentrado en mantener la vista al frente. Sin embargo, cada cierto tiempo, la excitación lo dominaba por lo que trataba de controlar la respiración.

-Chúpalo. –Dijo con la voz un poco entrecortada.

Olivia masajeó un poco más hasta llevar la boca hasta el glande. Era rosáceo y, además, estaba húmedo. Dio una primera lamida, suave, lenta; luego fue más y más profundo. Era grueso por lo que le costó un poco tenerlo completamente dentro de su boca. En ese punto, fue cuando sintió la mano de Klay sobre el cabello sujetándolo con fuerza.

Iba adentro y afuera en un movimiento armonioso, delicioso. La fijación oral de Olivia encontró el máximo placer al tener ese miembro entre sus labios.

Klay, por otro lado, casi estuvo a punto de enloquecer con ese calor que sentía gracias al aliento de ella. Su lengua, la saliva, todo en conjunto le producía sensaciones exquisitas. Tanto, que tomó el volante con ambas manos y aparcó en una acera desconocida. Sólo deseaba concentrarse más en la felación que recibía en ese momento.

Olivia tomó los testículos y los masajeó lentamente a la vez que lo estimulaba con la boca. Esto también lo hacía con el resto del cuerpo del pene. Por momentos, besaba y lamía el glande y su mano hacía movimientos ascendentes y descendentes sobre el resto del miembro.

El sonido de ella chupándolo y la respiración agitada, le indicaron a Klay que, de querer continuar, era mejor plan irse de allí y dirigirse a su casa lo más rápido posible. No sabía hasta cuándo aguantaría todo aquello.

Volvió entonces a tomar el volante con decisión y comenzó la marcha hacia el edificio que estaba a un par de kilómetros de allí. Su mente hacía todo lo

posible por mantener el control de la situación. Luego se encargaría de hacerle a ella todas las torturas posibles.

El coche se detuvo en un estacionamiento subterráneo. Olivia se dio cuenta por las luces que se reflejaban en el tablero. Paró e hizo una mirada como queriendo hacer una pregunta pero al mismo tiempo no.

-Ven. Vamos.

Se incorporó lentamente, limpió sus labios con delicadeza y acomodó un poco su ropa. Sintió que él la miraba con una sonrisa en el rostro.

-Ya me apuro.

-Sólo pensaba en las formas de quitarte la ropa más rápido.

Ella rió un poco y se dispusieron a salir del coche. Caminaron hacia un elevador con diseño moderno. Además que todo se veía impoluto, algo que ella no estaba acostumbrada, por cierto.

Apenas las puertas se cerraron, las manos de él fueron hacia sus caderas. Se acercó al rostro y comenzó a besarla apasionadamente. De repente, llegaron al piso y tuvieron que acomodarse por si se topaban con algún testigo inesperado. Ambos se miraron como siendo cómplices de un juego de niños.

Klay sacó las llaves del pantalón y abrió de inmediato. Olivia pasó con cierta timidez para no verse invasiva. Se encontró con un piso no demasiado grande pero sí agradable.

Las paredes blancas estaban decoradas con fotografías a color y en blanco y negro. Los temas eran variados: desde escenas familiares hasta arquitectura. También se encontró con pósters de películas de ciencia ficción y unas cuantas pesas tiradas en una esquina de la sala. Eso le dio la pista del por qué esos brazos tan deliciosamente fuertes.

-¿Te apetece algo? –Interrumpió él con voz amable.

-Sí, eh, un vaso de agua, por favor.

-Vale.

Salió de la cocina y le extendió el vaso. Luego, se sentó sobre el apoyabrazos del sofá que tenía cerca. Mientras bebía, Klay seguía observándola. Cada vez más estaba ansioso por probar su piel. Internamente temía que el impulso de dominarla podría asustarla.

Esperó un poco más hasta que ella dejó el vaso sobre la mesa de madera. Se miraron fijamente. Él no pudo más y se acercó con fuerza, tomó el cuello de ella con ambas manos y la besó. La intensidad fue aumentando al igual que sus ganas de explorar su cuerpo, así que comenzó a sostener las caderas, a acariciar sus pechos a apretar, a dominar. Estaba dejando la amabilidad y dulzura para dar paso a su ser controlador y ávido de poder.

Olivia estaba suspendida en sus brazos, entregada a la excitación que la hacía sentir cada vez más dispuesta a ceder su voluntad. Cada gesto que él tenía con su cuerpo, ella deseaba que fuera más lejos. En un momento, decidió aventurarse en decirle algo que no sabría cómo lo tomaría él:

-Haz conmigo lo que quieras.

Las palabras retumbaron en la cabeza de Klay. Aquella mujer desconocida le pidió que tomara el control de ella.

Lo miró con expresión suplicante, sentía que no podía más. En un instante, se preocupó porque quizás esas palabras lo descolocarían... Pero no fue así.

Él abrió bien los ojos. No respondió de inmediato porque le pareció una coincidencia maravillosa el que ella le pidiera eso. Esos fragmentos de segundo le parecieron increíbles. La sostuvo con más fuerza para responderle:

-¿Segura?

-Sí... Por favor.

No hubo más palabras después de eso. Con ambas manos apretó sus glúteos hasta hacerla exclamar un largo gemido. Siguió tocándola hasta que se cansó de esperar, poco a poco, fue desvistiéndola para dejar al descubierto ese cuerpo tan apetecible. Ya no era fantasía, ahora era palpable.

Su piel era exquisita: suave, tersa, al igual que el brillo que desprendía. El color tostado del sol más todos los matices que estaban en diferentes partes, lo hizo flipar. Además, quedó encantado al ver las piernas gruesas, los pechos pequeños y firmes, los brazos finos, las nalgas grandes y el coño que le provocaba una desesperación increíble. Ansiaba tocarlo, comerlo, poseerlo.

La llevó contra la pared, alzó sus brazos y juntó sus muñecas con la mano. Mientras, la besaba y mordía.

-Sí, quédate quieta.

Ella sólo gemía mientras era devorada por él.

Los dedos de Klay descendieron por el torso de Olivia hasta llegar a la punta del clítoris. Se detuvo un momento y la miró a los ojos. Alimentó el suspenso hasta que comenzó a acariciarlo con suavidad y luego con un poco más de fuerza.

Olivia cerró los ojos, abrió un poco la boca y sintió el calor que emanaba esa parte de su cuerpo y que irradiaba además a todas sus extremidades. Era más fuerte, más intenso. Por si fuera poco, escuchaba la respiración de él. Cercana, muy cercana.

En un punto, él quiso decirle algo pero la verdad es que no era necesario. Todo estaba allí: el temblor de su cuerpo, los gemidos, la forma en cómo se mordía los labios y esos flashes en donde abría los ojos y se encontraban en una sola mirada.

Todo se volvió poderoso. Klay tomó la oportunidad de llevarla a su habitación para continuar.

Caminaron lentamente hasta que la tendió sobre la cama. Le abrió las piernas. Se encontró con el coño listo para él. Los labios eran gruesos, oscuros y con brillantes por la humedad. Volvió a acariciar el clítoris con el pulgar. Los movimientos eran circulares y lentos, ella sólo le restó aferrarse de las sábanas con las pocas fuerzas que le permitió su cuerpo.

La lengua de Klay entonces se adentró en la vaina de ella. Antes de eso, la miró y sostuvo el gesto hasta que la penetró.

El calor de su órgano, la forma en cómo se movía dentro de su coño, el contraste de texturas. Todo la hizo sentir que quedaba envuelta en un manto de placer que nunca había experimentado antes. O al menos no con esa intensidad. Por momentos perdía la noción del tiempo y hasta de sí misma. Su cuerpo se separaba de su espíritu y este parecía flotar hasta traspasar las paredes y el techo. Se volvió elástica, grande, chica, de todas las formas y colores. Le pareció extraño pero no quiso racionalizar algo que encontraba delicioso.

Dejó de lamerla hasta colocarse cerca de su rostro.

-¿Puedo amarrarte?

-Hazlo, por favor.

-La próxima vez que te pregunte algo, dirás “Señor”. ¿Entendido?

-Sí, Señor.

Complacido con la facilidad con la que se prestó a seguir su juego, le indicó que se colocara un poco más centrada y que extendiera los brazos. A pesar de su experiencia en este tipo de cosas, se le hizo imposible no sentirse un poco nerviosa. De hecho, el corazón latía como una locomotora.

Ante la expresión de temor, Klay se acercó a ella y la besó dulcemente.

-Si te sientes incómoda, avísame.

A ella le sorprendió el cambio de personalidad tan drástico. Como si un lobo y cordero compartieran el mismo cuerpo.

-Sí, Señor.

Klay trató que los amarres no la lastimaran pero que sí fueran lo suficientemente firmes para que no se deshicieran tan fácilmente. Luego de hallarse satisfecho por el resultado final, se colocó de pie y comenzó a desvestirse.

Las capas de ropa, que cayeron lentamente sobre el suelo de parquet, revelaban el cuerpo apetecible de Klay. Su piel morena pareció el perfecto envoltorio de semejante contextura. Aquellos brazos, aquel abdomen, los muslos... Cada parte lucía como una escultura perfectamente tallada.

Luego su mirada se centró en su pene: grueso, de venas marcadas y un glande grande y ligeramente oscuro. Ella sonrió internamente.

Finalmente desnudo, subió a la cama y avanzó hacia ella hasta que dejó el pene a la altura de sus labios.

-Chúpalo.

Ella abrió la boca instantáneamente y permitió su entrada. Se sentía tan duro, tan caliente. Él, por su parte, empujaba con lentitud para que su miembro entrara tanto como fuera posible.

Un rato después, la boca de Olivia se convirtió en el lugar más delicioso que existiera. Era cálido y húmedo, además, a él le gustaba ver cómo movía la cabeza y su cuerpo en un movimiento suave y muy sensual.

Aquella imagen lo tenía tan excitado que la tomó por el cuello para controlar el ritmo y también como parte del control que quiso ejercer sobre ella. Para

su sorpresa, Olivia respondió muy bien el impulso, por lo que mantuvo esa posición por bastante tiempo.

Klay estaba a punto de correrse cuando se le vino a la cabeza una idea que pondría las cosas un poco más interesantes. Se alejó poco a poco de esa boca divina y procedió a buscar un par de objetos en el clóset.

Ella permaneció en silencio, también a punto de desfallecer hasta que lo vio con una venda negra y una cadena. No comprendió bien cuál era las intenciones de ese tío desconocido pero no había marcha atrás. Ya se había entregado a él casi inmediatamente.

Se acercó de nuevo y le acarició el rostro con suavidad. La miró por unos segundos, le dio un beso y le enseñó la venda. No dijo nada y fue cuando procedió a teparle los ojos. Seguidamente, sintió una cinta de un material que identificó como cuero sobre su cuello. Más tarde confirmó que esta estaba unida a la cadena que vio antes. Ahora todo cobró sentido.

El silencio y la quietud le tenían en ascuas. Esperó ansiosamente hasta que sintió una palmada sobre su vaina. Otra más. Y otra más. Después, él frotó su mano para estimularla aún más.

Después de los gemidos, percibió un jalón de la cadena que la obligó a separarse un poco de la cama. La sensación de firmeza de ese gesto, quedó en un segundo plano cuando el pene de Klay se adentró entre sus carnes con una fuerza tal que sus gritos retumbaron entre el silencio del piso.

Una primera embestida violenta para luego sentir ese ritmo tan exquisito. No podía creer que era posible mojarse como lo estaba. Su vientre palpitaba sin parar.

El rebote de los pechos, el color de la piel que parecía fundirse con la suya, las piernas gruesas que lo abrazaban, el sudor y las lágrimas de esa mujer, las mejillas encendidas así como los labios gruesos que servían de vía de escape de esos ruidos tan excitantes, era un conjunto que tenían a Klay en un trance de lujuria. Halaba la cadena con fuerza, observaba que la respiración de ella se entrecortaba un poco pero no demasiado, sólo lo suficiente para hacerle entender que él era quien mandaba y que por lo tanto debía someterse a su voluntad. Más allá de esas sensaciones, el calor abrasador del coño de Olivia lo empujaba hacia el abismo de un orgasmo que presentía sería intenso.

Con la mano que tenía libre, dio unas cuantas palmadas y se dio cuenta que el

resultado era como el esperado. Ella se excitó aún más, como si eso no fuera posible.

Él también estaba que no podía más así que fue hacia su oído.

-Apuesto que quieres correrte...

-Sí, Señor... Oh sí.

-Bien, entonces lo harás cuando diga, ¿vale?

-Sí, Señor.

Esas respuestas cortas que demostraban docilidad, lo volvían loco. Así que no tardó mucho tiempo en ordenarle que lo hiciera.

-Córrete para mí, vamos, ramera.

La voz dulce y suave contrastó con esa oración tan fuerte. Esa mezcla detonó lo último que hizo falta para que ella se dejara vencer por la excitación. En cuestión de minutos, comenzó a temblar casi violentamente e hizo un alarido proveniente de sus entrañas. Ahora le tocaba a él.

Siguió penetrándola con fuerza. Se sostuvo de la cadena que la servía de unión entre su mano y el cuello de ella. Continuó hasta que una especie de electricidad le hizo perder el control de las piernas. Sacó el pene del coño de Olivia y expulsó su semen sobre el torso. El orgasmo fue tan intenso que hubo algunas gotas que se esparcieron sobre el rostro y boca... Ella después comería los restos de los flujos de su amante sin nombre.

Klay dio un salto para limpiarse y algo para limpiarla a ella. Entró al baño, encendió la luz y por un instante, miró su reflejo en el espejo. Le sorprendió encontrarse sonrojado y con el pecho aún acelerado. Abrió la llave de agua fría y se echó un poco en la cara como para terminar de pisar tierra. No quería tardar demasiado porque aún había un par de amarres que desatar.

Tomó una toalla y salió para encontrarse con esa figura desnuda sobre su cama. Se detuvo en el marco para verla un rato más. Detalló la manera en cómo la respiración se normalizó. Adoró por un momento más esa piel que por unas horas fue suya.

Se acercó lentamente por lo que Olivia respiró de alivio. Sólo en ese momento se detuvo a pensar las consecuencias de acostarse con un tío que ni siquiera sabía el nombre. Se tranquilizó aún más cuando sintió que la

desamarraban con paciencia.

Él acarició las muñecas y los brazos para ayudar un poco la circulación.

-¿Te sientes bien?

-Sí, gracias.

Le quitó la venda y abrió lentamente los ojos. Encontró el rostro sonriente de él mientras le limpiaba el torso y parte de la cara. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para intentar el calor de las mejillas.

-¿Tienes hambre? Puedo ordenar una pizza.

Estaba sorprendida, parecía una persona diferente.

-No, no te preocupes.

Hubo una especie de momento incómodo. Klay no supo qué hacer y menos Olivia. Sin embargo, él extendió la mano.

-Hola, mucho gusto, me llamo Klay.

Las carcajadas de ella le hicieron sentir un poco menos preocupado.

-El placer es mío, Klay. Me llamo Olivia.

Se estrecharon la mano y sonrieron por un rato.

V

No hubo pizza y no hubo una conversación profunda después. De hecho, luego de presentarse, los dos se vistieron. A pesar de los ofrecimientos de Klay para llevarla a casa, Olivia prefirió un Uber.

-Al menos déjame pagarlo.

Después de verla marchar. Klay se arrepintió casi inmediatamente el no haberle pedido el número. La idea de salir corriendo tras el coche, le pareció un poco exagerada así que permaneció allí en el medio de la noche y el frío.

Luego de extender el billete y esperar el cambio, Olivia salió con una sensación extraña. No es que no estuviera acostumbrada al sexo casual pero, siendo sincera consigo misma, esto era diferente. Amarres, el control y la sumisión casi automática ante él. Por si fuera poco, esa dualidad de Klay... Klay.

El nombre aún hacía eco en su mente hasta que escuchó el sonido de sus llaves. Entró al piso y la recibió el sonido de la nada.

Dejó el bolso en una silla que compró en una venta de pulgas y fue a la cocina. Lo cierto es que sí había engañado a Klay. El estómago no paraba de rugir.

Encontró una caja pequeña con pizza fría en su interior. Decidió que el mejor maridaje era una Coca-Cola así que se sentó en la ventana para ver cómo el tráfico lento de la madrugada.

Luego de pensar que la pizza fría era uno de los grandes placeres de la vida, volvió recordar el cuerpo y el sexo de ese hombre. “Divino”, fue lo primero que se le vino a la cabeza. Hacía tiempo que no se sentía de esa manera.

De repente, todo el cansancio de la salida, los tragos y el sexo rudo hicieron que sus párpados se sintieran increíblemente pesados. Comió el último trozo y bebió el último trago de la gaseosa. Se levantó y fue hacia la habitación.

Al caminar, no podía dejar de pensar en las manos de él rodeándola, los labios besándola. Se lamentó el no haberle dado el número.

-Al menos la pasamos bien.

Se quitó toda la ropa y se dejó caer en su cama.

VI

El tamborileo del bolígrafo significó una cosa: no podía concentrarse por más que quisiera. La pantalla de la iMac estaba en blanco aunque InDesing estuviera listo para usar. Pero no, nada, las ideas simplemente estaban escondidas bajo piedras o muy lejos. No hubo forma.

Como Director Creativo, Klay tenía un sinfín de responsabilidades. Por suerte, siempre tuvo un sentido de la responsabilidad y del deber muy alto en el trabajo, así que nunca tuvo problemas con horarios no cumplidos o entregas medio hechas.

No obstante, en un día tan ajetreado como este, en donde necesitaba su mente aguda, más bien seguía pensando en la lustrosa piel morena de Olivia

¿Qué estará haciendo?

¿Se acordará de mí?

Esas preguntas daban vueltas sin cesar.

Siguió allí hasta que se levantó de la silla y salió de su oficina para buscar un poco de café. Por supuesto, se encontró con el ruido de todos los días. Los chicos de contenido corriendo para hacer textos pendientes, los otros de diseño peleándose entre sí, y el resto de metido en audífonos enormes al ritmo del teclado y el mouse.

A pesar del caos, estaba acostumbrado y aparte estaba pensativo ya que trataba de encontrar la forma de retomar el contacto con ella.

Fue a la cocina ignorando que una de las jefes de departamento lo llamaba desde el marco de la puerta.

-¡KLAY!

-¿¡QUÉ!?

-Tío, te estoy llamando desde hace rato pero parece que vives en Narnia.

Lamentó la distracción y trató de excusarse con alguna tontería.

-Vale, te informo porque vendrá un equipo para poner en marcha lo de la página web para el cliente de la concesionaria. Ya tienes el diseñador asignado pero me gustaría que estuvieras allí por las dudas.

-Es la misma página que se hará en inglés, ¿no?

-Sí. El contenido está hecho pero tiene que traducirse. Por suerte, uno de los chicos de aquí se contactó con una tía que es freelancer y que parece que hace esto desde hace bastante tiempo. Ella también asistirá pero sólo por esta vez.

-¿Por qué una traductora?

-Es un contenido técnico que debe ser redactado con sentido. –Se acercó como buscando un poco de complicidad- Además, sabes que aquí no están muy pulidos que digamos en eso. Mejor para nosotros y así no perdemos este cliente. Ya después nos la arreglaremos.

Aunque la idea le pareció una pérdida de tiempo y dinero, asintió mecánicamente para no entrar en discusiones. Luego de un par de palabras más sobre otros asuntos sin importancia, salió con una taza de café caliente y un bollo dulce con la esperanza que al menos tuviera la energía suficiente para comenzar a trabajar.

Tres horas después, estaba en la sala de conferencias, ayudando a arreglar la mesa con los menesteres necesarios para la reunión. Justo al terminar, escuchó el ruido de un grupo de voces que parecían acercarse hacia donde se encontraba.

Alisó rápidamente su camisa blanca y ajustó los lentes para verse listo para la ocasión. Sonrió apenas entraron las personas hasta que se topó con un rostro familiar: Olivia.

Los dos se quedaron congelados. Hasta que ella le dijo:

-¡Hola!, ¿cómo estás?

-¡Ho-hola!, pues, muy bien, ¿y tú?

El ambiente se tornó un poco incómodo así que trató de comenzar la reunión sin dar oportunidad para las preguntas necias.

Apenas se sentó, su compañera tomó palabra. El cliente asintió con naturalidad y uno de sus subordinados tomaba notas sin parar. Mientras, Olivia se sentó en un extremo de la mesa con aire de nerviosismo. Trató de esquivar la mirada de Klay al abrir el bolso y tomar una libreta y un lapicero. Él, por su parte, parecía que lo absorbió una especie de agujero negro. Por más que lo intentó, el verbo iba hacia ella, como si no existiera nadie más.

Al final, las cosas no salieron tan mal. El cliente se fue pero el resto del equipo se quedó para afinar detalles.

-A ver, Olivia. Estaremos enviándote la información esta misma tarde para que comiences de lleno. Revisé los archivos y son unas cuantas cosas pero creo que eso no representará problema para ti.

-Perfecto. Comenzaré desde ya.

-Por cierto, creo que no será necesario que vengas, a menos que surja un inconveniente, cosa que dudo. ¿Te parece?

-Ah, pues, me parece estupendo. Gracias por la oportunidad.

Klay no dijo nada, más bien estaba concentrado en ella, en la forma en cómo estaba vestida, en la manera de hablar.

Le gustó la franela negra de mangas largas, el pantalón gris de cuadros y los Dr. Martens rojo oscuro. El pelo blanco se veía como si emanara una especie de brillo. Tenía un maquillaje sencillo que resaltaba su hermoso rostro. Al final, el concluyó que se vería bien con lo que fuera.

-Klay, ¿tienes algo que agregar?

Salió de sus pensamientos y fingió la falta de concentración.

-Ehm, pues, bienvenida al equipo. Estaremos a tus órdenes cuando lo necesites, ¿vale?

-Vale, muchas gracias.

No se esperó esa sonrisa. Se sintió como un golpe bajo.

-Vale, entonces quedamos así. Pondremos esto en marcha.

Klay vio cómo todos se levantaron de la mesa así que vio esto como una oportunidad para encontrarse con ella.

-Hola... Es una sorpresa tenerte por aquí.

-Lo mismo digo, casi me da un infarto.

-¿Tienes prisa?

-Un poco, sí.

-Vale, no te quitaré mucho tiempo. Necesito que me des tu número, creo que no fue muy inteligente de mi parte el no habértelo pedido con anterioridad.

Ella sonrió y le extendió el teléfono.

-Escríbelo. Luego te repicaré para que guardes el mío.

Se miraron y se dieron cuenta que las cosas no murieron esa noche, más bien presintieron que había algo más.

-Listo, aquí está. Que no se te olvide llamarme, eh.

-Para nada. Espero que nos veamos pronto.

La acompañó hasta el área de elevadores. Cuando se abrieron las puertas. Sorprendentemente, él la tomó de la cintura y le dio un lento beso en la mejilla. Sonrió y la dejó irse.

Al regresar a la realidad, pensó que todo lo que le estaba pasando era demasiado nuevo. Por lo general, no solía tener la necesidad de ver a la cita de una noche. Sin duda, Olivia tenía algo diferente y estaría dispuesto a descubrirlo.

Regresó a la oficina y sintió como la mente pareció regresar a la lucidez de siempre. Movi6 el mouse y enseguida comenzó a diseñar. No obstante, la imagen de ella seguía en él como grabada a fuego.

Olivia tomó el subterráneo aún con la sorpresa en el pecho. El instante en que lo vio, el piso se le movió debajo de sus pies. Se veía tan bello, tan sorprendido como ella. Sonrió sola mientras su cuerpo era sacudido por el impulso del tren.

Se sostuvo del poste de metal frío pero sus extremidades estaban calientes. Aunque no lo pareció, durante la reunión tuvo la oportunidad de ver con más detalle la estampa de Klay. Sí, verdaderamente su altura lo hacía ver imponente. También se percató del buen gusto que tenía para la ropa y que las prendas parecían calzarle a la perfección. Le encantó ver el grosor de los brazos disimulado por la camiseta de Star Trek y el jersey. Los jeans oscuros acentuaban las piernas y de vez en cuando, podía ver las venas de sus manos. Cosa que, por cierto, le daba mucho morbo.

Al salir del tren, el calor que comenzó a percibir camino a casa, se volvió más intenso. Por más que lo evitara, era constante. Sintió su vagina palpar, su cerebro le ordenó darse prisa. No podía esperar más.

Por mala suerte, sus botas eran una monada pero resultaron el peor accesorio para andar con rapidez. Así que, para aprovechar el tiempo, volvió a recordar

la noche en la que estuvieron juntos. Deseó como nunca el sentir el aliento cálido de él sobre su vaina en el instante en el que se preparaba para comerla.

Finalmente llegó al piso. Después de saludar velozmente a la conserje y esquivar a un perro que no paraba de ladrar, abrió la puerta con desesperación. Dejó el bolso en la misma silla de siempre, soltó el abrigo en el sofá y fue a la habitación.

Se echó sobre la cama y miró el techo. El calor seguía consumiéndola y pensó que si no hacía algo pronto, iba a desfallecer. Cerró los ojos, abrió el pantalón y tocó la superficie de su ropa íntima. Efectivamente, estaba tan caliente como lo supuso.

Procedió a quitarse todo lo que tenía debajo de la cintura para abrir las piernas más cómodamente. Los dedos índice y medio rozaron su clítoris y sintió esa deliciosa electricidad que se distribuyó en el resto de la vagina. Suave al principio, lento, dulce como su emulara el movimiento de la punta de la lengua de Klay.

Continuó tocándose hasta que decidió hacerlo un poco más fuerte. Fue allí cuando comenzó a gemir de verdad. Con la mano que le quedaba libre, apretó uno de sus pechos. Las dos cosas al mismo tiempo, era como estar en el paraíso.

De vez en cuando se mordía los labios, gemía su nombre, deseaba el cuerpo sobre el suyo. Lo ansiaba más que nunca. El momento de cumbre, fue el recordar los ojos de él mirándola, atravesándola. No pudo más.

De los gemidos a los gritos, Olivia dejó que su cuerpo se apoyara tanto como fuera posible sobre la cama ya que sintió que todo se oscureció de repente.

Luego del temblor violento de los muslos y del dolor que sintió por el roce violento de los dedos dentro de su coño, ella dejó salir el fluido del orgasmo sobre las sábanas. La oscuridad comenzó a desvanecerse poco a poco hasta que abrió los ojos.

-Joder, he mojado todo.

VII

Klay dejó las llaves en la encimera y las miró por un rato. Aún no había encendido las luces como hacía de costumbre.

Se sentó en el sofá y buscó el móvil. Había el repique de un número desconocido.

-Olivia. Se dijo.

Guardó el número e inmediatamente comenzó a escribirle.

“Quiero verte”.

Más nada.

Dejó el móvil sobre la mesa de madera y esperó un rato. Hizo un poco de tiempo al sacar un cigarro del bolso. Inhaló y exhaló en la espera y la oscuridad. Un ligero pitido le indicó que había recibido un mensaje.

“Yo también. ¿En dónde nos vemos”.

Luego de la euforia y la emoción, respondió velozmente.

“Iré a por ti. Dame la dirección y te busco en media hora”.

Volvió a dejar el móvil sobre la mesa. Salió corriendo al baño para tomar una ducha rápida.

Al salir, buscó algo rápido de usar y de quitar, por supuesto. Un par de jeans, una camiseta un poco vieja y unos tenis en las mismas condiciones. Avisó a Olivia que estaba en camino. Estaba ansioso por verla.

Por otro lado, ella también se preparó para él. A pesar del frío, se puso unos shorts vaqueros que ya le quedaban flojos, una franela de mangas largas como para pretender que le preocupaba el frío de la noche, un par de zapatos deportivos. En el bolso guardó un par de prendas más por pura precaución.

Se miró en el espejo y notó que estaba un poco sonrojada. La sola idea de pensar en él la hacía sentir entre apenada y excitada. Sonrió y tomó el móvil. Klay estaba a unos cinco minutos de distancia.

Apagó todas las luces y salió para no hacerlo esperar y tampoco ella. Por suerte, pudo evadir las miradas de los vecinos chismosos. Apoyó parte de la

espalda en una de las columnas y se dispuso a esperar.

Unos minutos después, observó el brillo de la camioneta de Klay. El nerviosismo se le manifestó repentinamente, provocándole un acelerón en el pecho. Fue hacia el coche cuando vio que esa figura alta avanzando en su dirección. No supo qué hacer así que siguió el impulso de sus pies.

-Hola, yo...

Él no respondió sino más bien tomó su cintura, la miró un par de segundos y fue directo a sus labios. Ella sintió que sus rodillas no sostendrían su cuerpo por mucho tiempo.

Se aguantó de los brazos tan fuertes de él y le respondió con la misma pasión con el que él fue a saludarla. Entonces se unieron en un beso intenso, delicioso. El mundo quedó fuera.

-Estaba ansioso por verte.

-Yo también.

Otro beso más.

-¿Nos vamos?

-Sí.

La tomó de la mano y fueron hacia el coche. Luego de montarse, retomaron un par de caricias más, como si hubiera pasado demasiado tiempo sin verse.

Olivia volvió a experimentar el calor de hacía horas. Estaba emocionada por las cosas que harían en la noche. Permaneció callada puesto que la excitación no se lo permitía.

-Me gustan mucho tus piernas.

Ella se mordió los labios.

-Gracias.

Pararon en un semáforo en rojo. Klay pareció transformarse y fue en ese momento en el que ella supo que también debía adoptar la actitud de sumisa que tanto le gustaba. Esperó ansiosamente escuchar las órdenes:

-Quítatelo.

Hizo referencia a los shorts. Bien, no hizo falta demasiado para que ella lo

hiciera. Cuando pasó, él giró la cabeza y observó el coño. Una de sus manos dejó el volante para ir hacia ese lugar tan exquisito.

Primero posó la palma y los dedos. La acarició por completo con paciencia. Ella se echó un poco para atrás, como dejándose llevar por las sensaciones.

Klay dejó de acariciar e introdujo un par de dedos dentro de ella. Esa sensación de calor abrasador lo hizo sentir tan excitado que pensó que el botón del pantalón iba a salir disparado.

La penetró con los dedos. Lo hacía con suavidad y a veces con rudeza. Y, cada vez que podía, la miraba. Tenía los ojos cerrados, mordiéndose la boca.

Esa escena le despertó unas ganas terribles de frenar, desnudarla y someterla. Pero no, poco a poco. Tampoco podía irse desbocado porque la experiencia no sería tan buena como quería.

-Mírame.

Olivia abrió los ojos entre la excitación y la agitación. Él tenía esa expresión sombría que le intimidaba pero que también le atraía.

Klay sacó los dedos y los llevó a su boca para chuparlos.

-Mierda, qué buen sabor tienes.

Ella sonrió y sintió de nuevo los dedos dentro de su coño que la volvían a penetrar. Siguió así hasta que llegaron al estacionamiento. Los dos se arreglaron rápidamente y bajaron del coche como si el tiempo les estuviera pisando los talones.

Entraron al piso y enseguida comenzaron a comerse a besos. Los brazos de Klay mantenían a Olivia prisionera aunque ella le pareció más que genial.

-Tíralo al piso, no importa. –Logró decir él en el medio del jaleo.

Finalmente fueron a la habitación y fue en ese momento en el que él comenzó a controlar más la situación al tomar la iniciativa de quitarle la ropa a ella y en hacerla acostar boca arriba. Los pechos, el torso y las piernas anchas lo llamaban. Y sí, se veía hermosa.

La acomodó para que la cabeza quedara al borde la cama. Luego de estar conforme con la posición, llevó su entrepierna por encima de la boca de Olivia. Bajó el cierre y desabrochó el necio botón que parecía peligrar desde que estaban en el coche. El pantalón descendió hasta sus pies. El pene de él

quedó expuesto sólo para ella.

-Ya sabes qué hacer.

-Sí, Señor.

Ella abrió la boca y recibió el miembro duro de Klay. Sus labios se amoldaron rápidamente sobre la superficie venosa. Estaba caliente y con el glande húmedo. Él tomó el cuello de ella con una mano y comenzó a follarle la boca. Desde su perspectiva, pudo observar cómo se adentraba hasta la garganta.

-Quieta...

Cada tanto lo sacaba para que ella pudiera respirar un poco. Le gustaba ver cómo los hilos saliva rodeaban su pene y los cuales también caían sobre el rostro de ella, especialmente, sus labios. Esos labios gruesos y hábiles.

En un punto, incluso, la tomó con fuerza y lo metió aún más profundamente. Lo dejó ahí adentro por lo que pudo ver los ojos llorosos de ella y el rostro enrojecido.

Lo sacó con rapidez y Olivia tosió un poco al mismo tiempo que sonrió para él.

-Pequeña ramera...

Le dio una ligera bofetada.

-Ahora acomódate y extiende tus manos sobre la cabeza.

Luego de recuperar un poco el aliento, ella reubicó el cuerpo de tal manera que su cabeza quedó sobre las cómodas almohadas. Klay se acercó a ella con unas cuerdas negras.

-¿Cómoda?

-Sí, Señor.

Le dio un beso luego de terminar. Él apoyó sus rodillas sobre la cama, alzó las piernas de ella para dejar expuesto el coño. Se veía tan delicioso desde ese ángulo que no se pudo resistir. Dio una largar y lenta lamida. De hecho, la punta de la lengua llegó a rozar el ano. Esto hizo que ella se estremeciera un poco.

-Uy, Dios...

-No... Es tu Señor.

Lo dijo con un tono autoritario para que lo quedara duda que todas esas sensaciones de las producía él. Él era el dueño de sus deseos, de sus fantasías, de su cuerpo.

Siguió chupándola hasta que se sintió preparado para follarla. Alzó su torso y tomó su pene con una de sus manos ya que con la otra, controlaba los tobillos de ella. Se masturbó un poco tomando el fluido del coño de Olivia. Con su glande, frotó su clítoris y ella no tardó en gemir. Así pues, cuando menos lo esperó, Klay la penetró. La follaba como un animal, como el macho alfa que era.

Para tener más impulso, apretó uno de los muslos de ella. Olivia, en su trance, no paraba de gemir.

-Esto es... Oh...

Esas palabras que salieron arrastradas de su boca, le produjeron un orgullo inmenso. Le gustaba sentirse poderoso, animal y más con una mujer que tanto le gustaba. Porque sí, ella le gustaba muchísimo.

Siguió penetrándola hasta que sintió que las piernas y la pelvis comenzaron a molestarle. Entonces cambió de posición. Abrió las piernas con ambas manos y llevó la cabeza hacia la entrepierna. Volvería a comerla.

La punta de la lengua la detuvo sobre el clítoris. Hizo un par de movimientos suaves y lentos hasta que la penetró. Los labios le ayudaron a crear una especie de vacío que le permitió intensificar las sensaciones que le estaba provocando a Olivia. Ella, mientras, estaba en otro lado de la galaxia.

Mientras la chupaba, recordó algo que quiso probar con ella. Así que le dejó de nuevo y se desapareció en la oscuridad de la habitación. Más tarde se reunió con ella con una vela y un encendedor.

El rostro de sorpresa le valió una respuesta rápida:

-Quiero que probemos un poco de esto. ¿Qué dices?

-Sí, Señor.

Le agradó saber que ella no había salido del trance ni de la concentración. La miró extendida sobre la superficie de su cama y le agradó la idea de tenerla allí. Sometida a él.

Encendió la vela y se acercó a ella lentamente. La luz le permitió verla mejor. Lucía un poco asustada pero también excitada:

-Sé que esto te va a gustar y mucho.

Esperó un momento hasta que se acumuló una cantidad interesante de esperma de vela. Esperó un poco más hasta que giró la muñeca y esparció un poco del líquido caliente sobre los muslos de Olivia.

Escuchó como una mezcla entre un suspiro y un gemido. Algo que no pudo identificar con claridad pero que le dio la respuesta que quería: le gustó y mucho.

Hizo lo mismo con el resto de su cuerpo: brazos, torso y unas cuantas gotas en los pechos. Nada muy agresivo puesto que podría tener un resultado adverso.

Olivia nunca había experimentado un dolor de ese tipo, uno que se fundía con el placer y que la llevaba a rincones inexplorados de la excitación. Mantuvo los ojos cerrados con las ganas de aferrarse a aquello que invadía su cada centímetro de sí.

-¿Te gusta?

-Mucho, Señor.

Dejó de echarle cera caliente y puso la vela sobre la mesa de noche más cercana que tenía. Sonrió un momento a ver las pequeñas marcas enrojecidas que se hacían cada vez más notables.

Un par de palmadas fuertes sobre la vagina para luego seguir follándola. Estaba listo para retomar la faena.

Desató los amarres de las muñecas, las acarició un poco y la besó con fuerza. Después le tomó la mano y se acercaron a un sillón que estaba en la esquina, cerca de un ventanal.

Klay se sentó y le hizo el gesto de que lo hiciera también pero sobre él. Sostuvo su pene con una de sus manos y ella descendió poco a poco hasta que entró en ella. Gimió un poco porque la posición le permitió sentir aún más el grosor de ese miembro tan delicioso.

Puso sus manos sobre los hombros de él y comenzó a moverse lentamente. Se sentía tan bien, tan caliente. Las manos de Klay fueron hacia sus nalgas para

ayudarla a dar pequeños saltos y también para acelerar el movimiento.

Continuó hasta la tomó por el cuello, apretándolo y mirándola.

-Quiero que te corras teniéndome dentro de mí.

-Sí... Sí, Señor.

La folló con fuerza, tanta que por un momento pensó que no podría aguantar más. Todo se volvió más oscuro, los brazos perdían fuerza, las piernas estaban a punto de desplomarse. Justo en ese momento una especie de corriente eléctrica recorrió su cuerpo hasta residenciarse en su coño. Tuvo un orgasmo intenso a tal punto que Klay la tuvo que sostener en brazos para que no aterrizara en el suelo.

Él, sonriente, le tomó el rostro y la besó con dulzura.

-Sabes que ahora me toca a mí, ¿cierto?

Permaneció así un rato hasta que pudo recobrar fuerzas y se levantó. Ella notó que el pene de Klay aún estaba muy duro y húmedo. Entonces se arrodilló lentamente hasta que sus labios se encontraron el glande de él.

La primera chupada fue lenta porque ella todavía estaba un poco atontada, sin embargo, pudo recobrarse cuando comenzó a tener un poco más de confianza al hacerlo.

Concluyó en ese momento que le encantaba tenerlo dentro de su boca y le gustaba el sabor de su cuerpo. Pero, lo que sin duda le volvía loca, era la forma en la que él la veía. Su mirada siempre lograba hacerla sentir aún más vulnerable y expuesta pero, por alguna razón, se sentía plenamente en confianza. Como si no era necesario tener miedo de él.

Las chupadas se volvieron más intensas y supo que iba bien porque Klay posó sus manos sobre su cabeza y cuello.

-Joder... Qué rico.

Le encantó escuchar esas palabras que denotaron una falta completa del control. Era mínima, claro, pero suficiente para seguir.

Klay estaba a punto de volverse loco hasta que no pudo más. La agarró con más fuerza y se corrió dentro de su boca.

Luego de vaciar su excitación entre los labios, se apartó un poco para ella fuera al baño a limpiarse... Pero no. Olivia le devolvió la mirada de lujuria

para luego tragarse todo lo que tenía en la boca. Al terminar, sonrió.

-Gracias, Señor.

Quedó frío. No supo qué decir inmediatamente. Ella se levantó del suelo y él finalmente la trajo hacia su cuerpo. Volvieron a besarse y acariciarse.

Acabaron entonces sobre la cama, mirando el techo. Klay tomó una cajetilla de cigarros cerca y le preguntó a Olivia:

-¿Fumas?

-Sí.

Un par de cigarros después y una rápida encendida, por fin encontraron un momento en donde pudieron relajarse después de una sesión intensa.

-Nunca probé lo de la cera de vela. Es... Delicioso.

-Tenía un poco de miedo en probarlo contigo. Pero no lo pude evitar.

Se quedaron en silencio un momento.

-Quiero que sigamos probando cosas.

-Yo también.

Se miraron para luego llevar los ojos al techo, echar unas últimas caladas para dejarse vencer por el cansancio.

Olivia despertó exaltada. Abrió los ojos con un poco de esfuerzo y dolor. La luz del sol era más intensa de lo que esperaba. Se incorporó con lentitud hasta que se dio cuenta que no había nadie junto a ella.

Un pequeño hilo de miedo se asomó en su estómago. Pensó todo lo peor hasta que vio una nota de en la mesa al otro lado de la cama. La tomó algo temerosa y comenzó a leer:

“Tuve que irme inesperadamente. Lo siento. Tómate el tiempo que quieras. En la cocina hay suficiente comida y, sobre la encimera, están las llaves del piso. Te llamaré pronto”.

No quiso pensar demasiado así que volvió a echarse sobre la cómoda cama para volverse a dormir.

VIII

Dejó de hacer calor y la temperatura volvió a sentirse agradable. Antes de eso, Olivia ya se había levantado y hasta arreglado la cama. A pesar de haber quedado con el sabor amargo del abandono de Klay, estando allí bajo su confianza, la hizo sentir menos intrusa.

Luego de lavarse y tomar una rápida ducha, se colocó en el marco de la puerta a observar la vista de la habitación. Era amplio, iluminado y con pocos muebles. No vio ropa en el suelo ni una pila de papeles. Se trataba de un tío ordenado y limpio.

Salió y fue hacia la cocina ya que sus tripas sonaban sin parar. Quiso prepararse algo rápido así que sólo tomó unas cuantas rebanadas de pan, mantequilla de maní y unas fresas. Se sentó en la encimera, vio las llaves y volvió a hacer lo mismo que en la habitación pero ahora en la sala. Observaba en silencio en un microuniverso que era Klay.

Le llamaron la atención las fotografías. Algunas no eran suyas, otras sí. Había más sobre una mesa de madera y otro mueble de estilo industrial moderno. Se acercó un poco y se trató de imágenes más bien íntimas: familia, amigos, fiestas, reuniones. En todas, se veía la sonrisa amplia y dulce de Klay. Era como si viera a una persona diferente.

Luego de comer, siguió explorando. El color de los muebles, el blanco brillante de las paredes que cedían ante las muestras de fotografía, un abrigo ligero sobre una silla y varias ventanas despejadas, amplias, que daban paso a la luz del sol.

Cada esquina decía algo sobre él, algo contundente. Olivia tocaba ciertos objetos y dibujaba una sonrisa en el rostro. Estaba cayendo en una especie de vacío sin darse cuenta.

Miró el reloj de su móvil y pensó que era mejor irse. Tomó el bolso, guardó la ropa usada y echó un último vistazo para asegurarse que no había dejado nada allí.

Pasó una temporada desde esa última vez que se vieron. Por suerte, el montón de trabajo acumulado la habían distraído lo suficiente. Pudo cumplir con todas las responsabilidades en tiempo récord. Sin embargo, entre entregas y

tecleos violentos, se preguntaba cuándo lo volvería a ver.

Un día, mientras tenía el rostro pegado a la pantalla, escuchó el móvil. Lo ignoró como solía hacerlo al trabajar. El nivel de concentración que podía alcanzar, era impresionante.

Luego de una jornada intensa, se levantó de la silla y se dirigió hacia la cocina para prepararse algo para comer. No había demasiadas alternativas así que no quiso perder tiempo cavilando al respecto. Acarició un poco la sien y se decidió por una pasta con manteca y queso parmesano.

El agua rompió el hervor cuando volvió a escuchar el teléfono. Era Klay. Una rápida maniobra le permitió resolver el asunto de la pasta y tomar la llamada. El corazón le dio un brinco apenas escuchó su voz.

-Hola, guapa. ¿Cómo estás?

-¡Hola! Vaya, siento que no hemos hablado en años.

-Ja, ja, ja. Me pasa lo mismo. Me alegra escuchar tu voz.

Estas palabras eran sinceras y no producto de un formalismo. Klay realmente estaba contento por escucharla. De hecho, en el fondo estaba apenado por haberla dejado como la dejó pero la urgencia de la voz de una de sus jefas lo hizo saltar de la cama y tomar un avión.

En el camino, sólo pensaba en ella y esa situación se le hizo particular. Más sorpresa le dio el darse cuenta que la había dejado en su piso y con las llaves a disposición. ¿Acaso no era una locura?

Podría decirse que sí pero ella no le daba mala espina. Más bien todo lo contrario. Se sentía cómodo con ella, como si pudiera ser él sin presiones de ningún tipo.

A ese punto, pensó que era buena idea aquello de poner cierta distancia entre los dos para ver si esa euforia se disiparía con el paso del tiempo.

-Son cosas de chavales, hombre.

Se cansaba de repetírselo a sí mismo. Esos sentimientos, sin embargo, no eran producto de un espejismo. Al final, Olivia le hizo una sacudida a su vida de hombre soltero empedernido.

Cuando tomó la decisión de llamarla, estaba en un nivel que decir que la extrañaba, era quedarse corto. Era algo más que eso. Así pues, al escuchar su

voz, tuvo una sensación agradable, reconfortante.

-A mí también... ¿Qué tal está el trabajo allá?

-Pues, ajetreado. No he parado desde que llegué pero por suerte terminaremos pronto. Espero regresar en un par de días.

Un par de días sonaban a que serían más. Olivia cruzó los dedos para que pudieran encontrarse pronto.

-Por cierto, ¿harás algo esta noche?

-Eh, la verdad es que creo que nada. Debo terminar de traducir un documento y creo que estará listo esta noche si me apuro un poco.

-Bien. Avísame cuando estés lista para volverte a llamar. Por cierto, ¿tienes pinzas de ropa vieja y velas?

Esa pregunta no le hizo adivinar de inmediato las intenciones de Klay.

-Uy, no lo sé. Creo que sí.

-Entonces tienes tarea. Asegúrate de tener eso. Cuando te llame en la noche, lo sabrás.

Ella no era muy receptiva con las sorpresas pero tenía el presentimiento de que esta ocasión sería diferente.

-Vale. Quedamos así entonces.

-Te dejo, ya me están llamando. Pendiente del móvil, eh.

-Vale, vale.

Al colgar tuvo el presentimiento que en unas horas tendría una especie de velada interesante.

Pasó el resto del día frente a la computadora. Se levantó estirándose y sonando los huesos de la espalda. Miró su rostro en el reflejo de la pantalla y sintió que era hora de tomar un baño.

Abrió la llave de agua caliente y luego fría, jugó un poco con el contenido que salía y luego hizo que su cuerpo recibiera esa especie de manto cálido que acariciaba su piel. Sonrió.

No supo exactamente qué hora era pero sabía que pronto volvería a escuchar la voz de él. Le resultó gracioso que ella, una persona que odiaba las

conversaciones telefónicas, se encontrara tan entusiasmada por una.

Un rato después, ya vestida cómodamente y con los objetos que solicitados anteriormente, Olivia esperó la llamada de Klay que no tardó demasiado tiempo en manifestarse.

-¿Aló?

-¿Tienes todo lo que te pedí?

La voz le cambió por completo. Ya no sonaba cordial o amable. Ahora tenía esa entonación propia de su ser Dominante. Ella ya estaba lista para ello.

-Sí, Señor.

-Bien, entonces ve a un sitio cómodo ya que necesitarás estarlo. No olvides lo que te pedí.

¿Qué se traería entre manos?

Se acostó sobre la cama despejada a sus anchas. En la otra mano tenía un par de ganchos de ropa de madera que encontró por mera casualidad, y una vela vieja que sobró de alguna cena romántica fallida.

-¿Me has extrañado? –Preguntó él con la voz casi en un susurro.

-Sí... Mucho, Señor

-Falta poco para que nos veamos. Ahora, Olivia, quítate toda la ropa. Avísame cuando estés lista.

Las órdenes de Klay, claras y sencillas, ya estaban haciendo efecto sobre su excitación. De hecho, comenzó a sentir su coño húmedo.

-Ahora quiero que te toques suavemente.

Tomó sus dedos y los llevó a su clítoris. Ese primer roce le causó un ligero gemido. Luego tuvo más confianza en tocarse, en acariciar los labios gruesos. Klay, desde el otro lado del teléfono, la escuchaba en la soledad de su habitación de hotel. Tenía una mano frotando su pene mientras que la otra sostenía el móvil. Hacía un esfuerzo por controlarse y mantener el juego.

-Extraño comerte el coño. Extraño abrirte las piernas, tocarte como me da la gana, hacerte mía con mi lengua, mis dedos y mi polla. No sabes las ganas que tengo de devorarte.

Las palabras de Klay hicieron que su excitación fuera más intensa.

-... Así, ahora hazlo un poco más fuerte. Quiero escuchar cómo lo haces.

El aumento del ritmo hizo que ella apoyara la cabeza y el cuerpo sobre la cama. Deseó que fuera él que lo hiciera pero supo que sería así. Sólo tenía que esperar un poco más.

-Bien, Olivia. Creo que estás preparada para el siguiente paso. Quiero que tomes dos pinzas y coloques una en cada pezón.

Dejó de masturbarse y buscó el par que justamente tenía. Suavemente los colocó según lo pedido y una corriente de dolor la hizo estremecer.

-Si el dolor es insoportable, quítate los.

-No, no, Señor. Estoy bien así.

-Muy bien. Muy bien. Sigue tocándote que no te he dicho que pares.

-Sí, Señor.

Lo hizo y se sorprendió de que la estimulación que tenían sus pezones, ya bastante duros, más el que hacía su mano sobre su coño, la llevaran casi al punto de la locura. Estaba en un trance delicioso... Sin embargo, faltaba algo más.

Minutos después, entre los gemidos suaves de Olivia y las palabras rudas de Klay, este le indicó finalmente.

-Veo que te gustó lo de las pinzas. Ahora hagamos esto más interesante, ¿qué te parece?

-Sí, Señor.

-Enciende la vela y espera que se acumule suficiente cera caliente.

-Sí, Señor.

Asintió como si él estuviera de frente. Mordió sus labios y se acomodó un poco para seguir con las instrucciones. Tomó el encendedor que tenía cerca y se hizo luz en cuestión de segundos. Esperó un momento y sostuvo la vela entre sus manos.

-Creo que está listo, Señor.

-Entonces, Olivia, ¿qué crees que deberías hacer ahora?

-Echármelo en las piernas, Señor.

-Muy bien. Hazlo.

Un primer chorro cayó sobre su muslo derecho. Inmediatamente hizo un largo alarido que la dejó privada momentáneamente.

-Oh Dios mío...

-En la otra pierna. Vamos.

Repitió el movimiento y volvió gemir con fuerza. La cantidad de líquido caliente que cayó sobre su cuerpo la hizo sentir como si estuviera en otro planeta. Era algo nuevo pero sumamente placentero.

La cera, las pinzas y su mano al mismo tiempo sobre ella. La voz de Klay era otro estímulo que la conectaba la realidad.

-Por favor... Por favor.

-¿Tienes ganas de correrte? Claro que lo sé. Espera un poco. Quiero seguir escuchando cómo lo haces.

-Sí, Señor.

-Aprieta una de las pinzas. Quiero que sientas un poco de dolor. Venga.

-Sí, Señor.

Apenas podía hablar y ahora, después de ese requerimiento, se le hizo más difícil. Sintió que no podía más.

-Ahora, ramera, mi ramera. Córrete para mí.

-Sí... Oh sí...

No paró de tocarse ni de apretar sus senos. Más fuerte, más intenso hasta que por fin dejó libre el éxtasis. Por unos segundos, casi sintió que las endorfinas irradiaban cada para de ella sin dejar una sola parte. Agotada, se dejó vencer.

Klay, quien también se corrió pero sin que ella se diera cuenta, descansaba sobre la cama hecho pedazos. Los tonos de la voz de Olivia, los altibajos, los gemidos, las respiraciones, todo eso formaron un conjunto delicioso que le ayudó a determinar que debía darse prisa para poseer esa mujer de nuevo... Y todas las veces que fuera posible.

-¿Estás bien?

Ella logró recuperar un poco el aliento.

-Sí... Sí... ¿Y tú?

-También. No sabes lo mucho que extrañaba esto. De verdad.

-Y yo igual. ¿Falta mucho para que vengas?

Esas palabras con un dejo de súplica, lo hicieron sentir aún más desesperado.

IX

A pesar de los planes que tenía en mente, Klay tuvo que darse unos días más. Lo que empezó como una asesoría de imagen, terminó en montajes, limpieza, impresión y cualquier trabajo que se pueda imaginar. Por las noches, apenas lograba escribir algunas palabras para Olivia para luego quedarse dormido en cuestión de minutos. Su característico rostro sonriente, desapareció para dar lugar a uno cansado y con bolsas debajo de los ojos.

Fue por ello que celebró el día que le dijeron que todo había quedado estupendo y que ya podían regresar a casa. Casi todo el equipo reservó un vuelo para el mismo día, menos Klay. De hecho, se tomaría un día para buscar un regalo que llevarle a Olivia. Con respecto a esto no quiso pensar demasiado porque el gesto de por sí era algo muy raro en él.

Se levantó tarde, comió un copioso desayuno y salió a caminar por el centro de la ciudad para relajarse un rato y ver qué podría encontrar.

Las tiendas eran pintorescas y sobre todo enfocadas a los turistas. Los souvenirs eran cliché pero aun así le pareció divertido. Siguió caminando y hubo un aviso que le llamó la atención. Era un pequeño cartel de madera con un círculo rojo en el medio. Sin letras.

Tomó el camino para ir al sitio y terminó en un callejón oscuro. Le pareció un poco extraño y más en pleno día. Ignoró el hecho cuando reconoció finalmente el mensaje detrás de ese aviso: se trataba de una tienda BDSM.

Sonrió para sí mismo porque se dio cuenta de lo ingenioso de la situación. Quien estuviera familiarizado con los términos y símbolos, sabría de qué se trataba ese lugar e iría. De lo contrario, sólo sería un cartel mal colgando en una pared de ladrillos en medio de las olas de turistas.

Entró y sonó una campanilla. El sitio era amplio e iluminado. Había consoladores, collares de todo tipo, cuerdas y máscaras de látex, cuero y otras telas. Tomó una que parecía cubrir sólo la parte de los ojos y con estilo sencillo pero elegante. Pensó que Olivia se le vería bien.

Siguió paseándose y tomó unas pinzas para pezones con una fina cadena de metal que las unía.

-Esa es ideal si la chica es primeriza. No hay demasiada presión y le permitirá

adaptarse poco a poco al dolor. Pilla, esto permite regular lo que te mencioné. Quien lo atendió era una chica alta y corpulenta. Tenía una blusa que destacaba sus grandes pechos y su pequeña cintura. El cabello negro y largo, estaba peinado hacia los lados. Los ojos verdes, grandes y vivaces, lo miraba con entusiasmo.

-¿Qué te parece?

-Pues, está genial. Me gusta.

-Allá hay más para ver. Es la parte más nueva de la tienda. Cualquier cosa que necesites, aquí estaré.

-Vale, gracias.

Luego de pensar en el atractivo de la chica, Klay fue hacia donde le habían indicado. Era un área más iluminada y con objetos para placeres más específicos. Arneses, látigos, trajes de látex enteros y máscaras con motivos especiales para el pony play. Caminó un poco más para encontrarse con buttplugs con colas de zorro y gato. Aunque le pareció increíblemente sexy, no era eso lo que quería con Olivia. Más bien deseaba algo diferente.

Nada le llamó la atención hasta que vio un traje escolar pero talla adulto. Se acercó al perchero y lo tomó. Estuvo pensativo un rato y fue allí que tuvo una especie de revelación: quería convertirse en el Daddy de Olivia.

Bien, la idea pareció estupenda pero no sabía cuál sería la reacción de ella. ¿Le parecería tonto? ¿Diría que no? Cada vez más surgían preguntas que no le encontraba respuesta pero todavía no quería desechar el plan.

Sacó el traje y lo examinó con cuidado. Se trataba de una falda corta color azul marino y una blusa azul pálida con una pequeña corbata roja. Se imaginó las curvas de Olivia, las piernas anchas enmarcadas por los tablones de la falda. Sí. No había dudas que lo compraría.

Fue a la caja a pagar.

-Buena elección, eh.

-Ya lo sé. –Hizo un guiño.

Tomó la bolsa y salió casi dando pequeños brincos. Ya no podía esperar lo que estaba a punto de darle a ella.

X

Un envase de ramen instantáneo vacío, una cajetilla de cigarros a punto de terminar, una botella de Coca-Cola pendiente por abrir. Así era el ambiente que tenía Olivia a su alrededor cuando trabajaba.

En los primeros días de ser freelancer, solía trabajar en pijamas y pantuflas, el cabello recogido y la cara sin lavar. Pero, con el paso del tiempo, entendió que seguía siendo un trabajo y que debía darle un tratamiento más serio. Así pues cambió la forma de vestir y hasta se cortó el cabello, aunque esto fue más por cuestiones de practicidad y porque ansiaba algo diferente para lucir. Con el paso del tiempo, desarrolló una rutina interesante: se levantaba, tomaba un baño, se ponía un par de jeans y alguna franela, luego iba a la cocina a hacerse un café y, mientras esperaba, encendía la laptop religiosamente puesta sobre un escritorio que dispuso en la sala. Ya no lo haría en la habitación por respeto a su espacio de descanso.

Una libreta y un portaminas se convirtieron en los otros accesorios que complementarían la escena. Estos objetos constantes los acompañaría con comida, restos de galletas, cigarros y algún papel arrugado. De resto, así pudo perfeccionar su trabajo y llevarlo a otro nivel.

Se levantó cansada y dio unos pasos sobre la sala. Pensó que sería buena idea invitar a Klay a comer algo. Vaya... Invitarlo a comer.

Apoyó la cabeza sobre la ventana mientras seguía pensando en él. Recordaba las sensaciones que tenía cuando estaban juntos, la forma en cómo la trataba, la manera en cómo la veía. Cada detalle, cada cosa que tenía que ver con Klay le gustaba cada vez más.

Entre todas las cosas, le gustaba la sensación de seguridad y protección que tenía con él. Como si nada en el mundo pasaría mientras estuviera entre sus brazos. En ese punto, pensó que ser su sumisa (aunque ambos no hablaron de hacerlo formal), era algo que se quedaba corto con lo que realmente quería. Pero no sabía exactamente cuál sería la dinámica ideal para los dos.

El día se esfumó sin que ella se diera cuenta. Tuvo la noción de que cayó la noche cuando sintió que se había quedado sin luz. Restregó un poco los ojos y fue a la cocina para buscar un poco de agua. Pensó que sería buena idea

seguir un poco más pero no. El cansancio era demasiado.

Fue a tomarse una ducha caliente con la esperanza de que Klay la llamara. Justo cuando se hundió en el agua, escuchó el móvil. A lo mejor era la respuesta de un cliente ante el envío del material. No le prestó atención así que tomó una bomba de baño, una esponja y Norah Jones para tener un ambiente más agradable.

Casi una hora después, salió con los dedos arrugados y con las tripas haciendo una sinfonía. Tomó una toalla para sacarse. Mientras lo hacía, se dio cuenta que el tinte se le estaba cayendo y que en cualquier momento tendría que ir a la peluquería.

En medio de sus pensamientos banales, volvió a sonar el móvil y esta vez sí lo tomó porque ya le había ganado la curiosidad. Para su sorpresa, se trató de Klay.

-Acabo de llegar y quiero verte. ¿En dónde estás?

No pudo creer su buena suerte así que respondió de inmediato.

-Ven a mi casa. Creo que no está muy lejos del aeropuerto. ¿Qué dices?

Dejó el aparato sobre la encimera cerca del lavamanos y esperó un rato. Pareció que tenía una especie de motor entre las manos.

-Vale. Dame la dirección y estaré allá en poco tiempo. Tengo algo para ti que espero te guste.

-Seguro que sí.

Dio unos cuantos brincos de emoción.

Permaneció un rato mirando el clóset observando las opciones para recibir a Klay. ¿Un vestido? ¿Falda? ¿Ropa deportiva? No encontraba nada que fuera de su agrado. Así que decidió ser un poco aventurera. Tomó un kimono de seda como única prenda que llevaría para recibirlo. Se colocó las cremas de siempre y un perfume que había comprado recientemente. Peinó su cabello hacia atrás y pintó sus labios ligeramente. Todo muy natural. Entonces, luego de decirle claras instrucciones de cómo llegar a su casa, se sentó en el sofá para esperar a que tocaran la puerta.

Klay aparcó la camioneta en una estrecha calle según Olivia le indicó. Era un vecindario concurrido a pesar de ser un día de semana. Bajó con el bolso de

mano y caminó hacia el edificio. Estando allí, esperó subir al elevador y sacó el trozo de papel en donde escribió el piso y el apartamento.

Se bajó y el completo silencio del recinto le resultó abrumador. Sobre todo después de tener un primer contacto con el ruido y el caos de la calle hacía minutos.

-602...-Dijo en un susurro y tocó el timbre.

Escuchó el chirrido de la puerta y encontró a Olivia con una sonrisa. Otro detalle que también observó fue que sólo vestía una bata.

-Esto es perfecto. –Respondió para sus adentros.

-¡Hola! Ven, pasa, pasa. Debes estar cansadísimo.

-Hola, guapa.

-Si quieres, deja el bolso en esa silla. Es una especie de perchero barato. Adelante, por favor.

Klay se sintió a gusto casi inmediatamente. El hecho de que estuviera en su piso le hizo sentir que los dos habían alcanzado cierto nivel de confianza.

-¿Te apetece algo?

-Sí. Agua, por favor.

-Vale.

El bolso lo dejó sobre el sofá y él caminó hacia el ventanal en donde tenía una vista amplia de la ciudad. Giró un poco la cabeza y miró el escritorio con la laptop apagada, un cuaderno y un portaminas, más algunos papeles pegados alrededor de la mesa como recordatorios de tareas por hacer.

-Ten.

-Gracias.

Se miraron y se dieron un beso.

-Te he extrañado mucho, eh.

-Yo también. Si quieres darte una ducha. Ve por ese pasillo y allí encontrarás el baño.

-Vale, te haré caso. De verdad que estos días han sido de locos. Por cierto... Tengo algo que creo que te gustará.

Dejó el vaso sobre una mesa cerca y buscó el traje que había comprado en la tienda misteriosa. Lo tomó y se lo mostró.

-Quiero verte con esto.

Aunque tenía la expresión tranquila, en realidad estaba preocupado. No sabía cómo ella tomaría esa petición. Respiró profundo y esperó.

Olivia hizo una amplia sonrisa. Le pareció curioso que por fin encontrara la dinámica que podría ajustarse mejor a ellos. El juego de Daddy/baby-little girl (hasta brat) le pareció una buena opción y el uniforme se lo indicó.

-Vale. Está bien... Es mejor que te apures para que veas cómo me queda, ¿no?

Él abrió bien los ojos, casi eufórico, por lo que había dicho ella.

Nunca sintió una necesidad tan grande como la de ese momento para terminar algo. Por un lado, quería darse el tiempo para prepararse bien y por otro la ansiedad lo iba a matar. Cada minuto se sentía como una eternidad.

Olivia tomó el uniforme y descubrió que justamente esa era su talla. Le parecieron interesantes las habilidades de observación de Klay para dar con una información tan específica como esa. Bien, tocó la tela y le percibió suave al tacto. Tomó las prendas y las llevó consigo hacia la habitación.

Al llegar, todavía se escuchaban las gotas de agua proveniente de la ducha. Así que se desató las cintas de seda de la bata y la dejó caer sobre el suelo. Su cuerpo desnudo fue cubierto de nuevo por lo que tenía entre sus manos. La blusa se ajustó bien así como la falda, salvo por el detalle de que era bastante más corta atrás gracias a sus prominentes nalgas y anchas caderas. Se miró en el espejo y miró hacia la puerta esperando a Klay a que saliera.

El sonido del agua cesó y se escuchó cómo él se preparaba para salir. Unos segundos más, sólo unos más. Luego vino el clic de la puerta y él salió con el rostro tranquilo, con la intención de decirle algo pero que no pudo terminar en cuanto la vio. Sintió como si algo lo golpeará en la cara.

Esas piernas grandes, bronceadas, las caderas y la cintura, todo enmarcado en ese trajecito que exudaba inocencia y sexualidad al mismo tiempo. Dejó caer la toalla porque perdió la concentración y porque sus manos deseaban sostener ese cuerpo.

Ella sonrió desde su lugar.

-Supongo que te gustó, ¿verdad?

El impulso de sus pies lo llevó hacia ella. Le tomó el rostro con ambas manos y le dio un beso lento y suave. Cuánto extrañaba esos labios, esa lengua. Ella se sostuvo de puntillas porque Klay era increíblemente alto. Le dio risa la diferencia de estaturas.

Él dejó de besarla para hablarle de sus otras intenciones.

-Ven, siéntate aquí. –Le indicó que fuera sobre sus piernas.

-¿Estás seguro?

-Sí.

Ella asintió un poco asustada y dejó caer su cuerpo sobre esos grandes y fuertes muslos. Instintivamente, sostuvo sus manos sobre el cuello de él y así quedaron con sus rostros muy juntos, solamente separados a pocos centímetros.

-Cuando estuve de viaje, hubo algo que recordé y era esa sensación de querer protegerte y cuidarte sobre todas las cosas. No sé, llámalo una locura pero así es...

Para Olivia aquello le sonaba más familiar de lo que podía creer.

-... Antes de regresar, pasé por la tienda en donde te compré esto. Si supieras, tuve una especie de revelación cuando vi esto. –Dijo tocando uno de los tachones de la falda-. Esto era lo que estaba esperando. Eso que me dijera lo que tenía y quería convertirme para ti. ¿Entiendes lo que te digo?

-Creo que tengo una noción. ¿Tiene que ver con ser mi Daddy?

Llevó su mano y con esta acarició su mentón suavemente.

-Sí... A eso me refiero.

-Es lo que más deseo en todo el mundo.

Se miraron fijamente y se fundieron en un solo beso. Estando así, parecía que las cosas tenían sentido. Como si hubieran tomado la decisión de sus vidas.

Siguieron besándose pero esta vez con más fuerza. Ya en ese punto, Klay podía escuchar los gemidos de Olivia. Así que no tardó mucho tiempo en que su pene se pusiera tan duro como una piedra.

Su mano fue directo a sus piernas. No hubo necesidad de ordenarle que las

abrieras, el sólo gesto fue suficiente para que ella se entregara a él inmediatamente. Estando allí, se dio cuenta que no tenía nada debajo.

Con el pulgar acarició desde el clítoris hasta la entrada al paraíso. Suavemente, de arriba hacia abajo hasta que finalmente se decidió por introducirlo. Olivia no pudo dejar de gemir. Aquello se sentía tan bien, tan delicioso.

Sacó el dedo e hizo que ella lo chupara. Ella primero pasó la lengua y luego se lo metió completamente. Ese gesto hizo lo que él pensó que nunca sería posible: excitarse aún más.

-Venga, ahora apóyate sobre la cama y abre bien las piernas. Esta vez vas a saber quién manda.

-Sí, Daddy.

Esa voz medio aniñada que asumió ella, casi lo llevó al borde de la locura. Se levantó entonces y respiró por un momento. Al ver esas nalgas así como estaban, se mordió la boca. Qué redondas y apetecibles nalgas, parecían un fruto jugoso y delicioso.

Entonces, sin querer darle más largas al asunto, dio una primera nalgada. No pudo resistirse en que esta fuera fuerte, intensa. Casi inmediatamente, Olivia se quejó del dolor que le había dejado el impacto. Eso, por otro lado, no fue suficiente para detener las ansias de Klay. Hubo muchas más después.

Él llegó al punto en que la mano le dolía. Las nalgas de Olivia estaban rojas, muy rojas y en algunas partes era posible observar la marca de la palma y los dedos. Se veían increíbles.

Sabía que podría seguir así toda la noche a pesar de la molestia y a pesar de los ruegos de ella que más bien escondían el hambre de más. Se detuvo, aún tenía tiempo y quería disfrutar de más cosas.

Llevó dos dedos a su boca y los mojó. Con estos penetró el coño de Olivia aunque este ya estuviera empapado de fluidos. Se sostuvo de una de sus caderas y la penetró allí.

-Daddy...

-Dime.

-Por favor...

-Espera. Sé buena niña y espera.

-Sí, Daddy.

Los gemidos y gritos volvieron al poco tiempo. La vista de Klay era cómo el ruedo de la falda enmarcaba las nalgas de ellas y las marcas que había dejado allí. El movimiento de su brazo los hacía rebotar un poco, además.

No, no pudo aguantarse más. El pene estuvo a punto de explotar y ya pedía estar entre las carnes de Olivia. Sacó sus dedos para humedecer un poco el glande que ya estaba cerca de entrar. Un par de nalgadas más, un par de agarrones más y fue hacia adentro como el semental que era.

La tenía tomada desde la caderas, las apretaba como queriéndose fundir en ellas. Ella, mientras, trataba de reprimir los gritos al hundir el rostro sobre el colchón. Lo hizo solamente para evitar que el escándalo traspasara la barrera de las paredes pero sabía que era casi imposible ya que, cuando lo hacía, él parecía follarla con más fuerza.

Klay no imaginó lo mucho que la extrañaba. A pesar de hablar con ella y de tocarse por ella, estar así le confirmó que poseerla era su primera necesidad.

Entonces siguió penetrándola hasta que le dijo:

-Arrodíllate y chúpalo.

-Sí, Daddy.

Esa palabra lo hacía ir a mil por hora. Casi lo vuelve loco.

Olivia se arrodilló frente a él y tomó su pene con ambas manos. Ese rostro dulce y sensual le hizo querer acariciarle el cabello.

Primero besó el glande, luego lamió todo el cuerpo del pene desde los testículos hasta la punta, finalmente se lo introdujo por completo. Se quedó quieta por un momento y comenzó a realizar un movimiento ascendente y descendente para mojarlo con su saliva. Se sentía tan duro, tan increíblemente duro. No pensó que aquello fuera posible.

Klay la acariciaba o la ahorcaba un poco. En otras ocasiones tomaba la cabeza y hacía que ella fuera más profundamente. Luego veía las pequeñas arcadas que le producía esa acción al mismo tiempo que se dibujaban los hilos de saliva. Algunas gotas, incluso, cayeron sobre esa blusa azul pálido.

Continuó chupándolo hasta que él no pudo más. Fue más y más rápido y fue

así cuando su boca recibió un chorro de semen caliente. Con la mirada de niña complaciente, se tragó todo.

Cualquiera quedaría exhausto con algo así... Pero no él. A diferencia de otras ocasiones, Klay no quedó completamente agotado ya que aún tenía fuerzas para continuar.

La tomó del cuello y la llevó hasta la cama, lanzándola sobre ella. Olivia se limpió un poco la boca y abrió las piernas esperando por él.

-Quiero que mi Daddy me bese aquí- Dijo señalando su coño.

-¿Cuánto lo quieres?

-Mucho, muchísimo.

Klay se subió a la cama y levantó un poco la falda. La imagen del clítoris y de los labios que se abrían era para no perder el tiempo. Se inclinó y primero dio un beso. Luego otro. Luego otro más que abrió más la boca para abarcar más esa deliciosa superficie.

Ella inmediatamente acarició su cabello mientras gemía. Apoyó su cabeza sobre la almohada y cerró los ojos como deseando que ese momento no se le escapara de las manos.

-Esto... Esto es... Daddy.

-¿Mi niña quiere más? Entonces le daré más.

Puso su lengua rígida para penetrarla. Ella tomó las sábanas con fuerza, como para no perder el control.

Sintiendo la boca cansa, Klay se incorporó y abrió las piernas de Olivia de par en par. Por supuesto que estaba listo para follarla. Rozó un poco su vagina con su glande y con la ayuda de la pelvis, empujó el pene dentro de ella. A diferencia de otras ocasiones, lo hizo con paciencia y suavidad.

Al hacerlo de esta manera, prácticamente podía sentir cada parte de ella. El calor, la humedad así como la textura de su coño. Era la ambrosía de los dioses.

Se inclinó de tal manera que quedó sobre el cuerpo de Olivia. Las manos de ella las sintió sobre sus hombros y parte de los brazos. La veía fijamente. Y de vez en cuando la besaba.

En esa misma posición siguió penetrándola hasta que sintió que las piernas

de ella comenzaron a temblar violentamente.

-Córrete conmigo adentro.

-Sí, Daddy.

Su pelvis comenzó a hacer movimientos más intensos y fuertes y en cuestión de minutos sintió la contracción de los músculos internos del coño de Olivia. El calor de antes, ahora se sentía como un fuego que lo envolvió por completo. Ella llegó como él le dijo.

Olivia quedó agotada por el dolor y placer, sin embargo sabía que debía complacer a su dueño. Siguió dentro de él hasta que vio en su rostro las ganas de correrse también.

-No sabes... No tienes idea de cuánto te extrañé.

Ella lo besó y le mordió los labios. Al final, Klay comenzó a hacer ruidos cada vez más fuertes hasta que sacó su pene y arrancó los botones de la blusa para correrse sobre el torso y los pechos de Olivia. Apenas tuvo tiempo para hacerlo.

Con su mano pudo controlar el impulso de su pene, aun así, algunas gotas cayeron en el cabello y parte del brazo. Olivia rió un poco.

El cuerpo agitado de Klay cayó sobre el suyo y ella lo recibió con los brazos abiertos. Acarició su cabello, le besó el cuello y trató de calmarlo con sus gestos dulces y atentos.

-Déjame limpiarte, ¿sí?

-No... Quédate tranquila. Déjame hacerlo yo. Recuerda que es mi misión ahora.

-Klay, no estamos en una sesión.

-Lo sé. Pero es lo que quiero. Déjame hacerlo, por favor.

-Vale.

Sonrió y miró su cuerpo desnudo y sudoroso, levantarse. Se dirigió al baño y buscó unas cuantas toallas húmedas para ella y para él.

Se reunieron al poco tiempo y Klay comenzó a limpiarla lentamente. Entre tanto, le daba besos y caricias. Con suavidad, le quitó lo que quedó de la blusa que ya estaba bastante rota. Para su alivio, la falda permaneció intacta.

Dejó las prendas o lo que quedaba de ellas, dobladas y acomodadas sobre la mesa de noche. Así pues, Klay y Olivia se quedaron completamente desnudos.

Aunque él quería seguir penetrándola, mordiéndola, hacerla suya de todas las formas posibles, estaba cansado. Cuando quiso hablar con ella, notó que tenía los ojos cerrados y que ya emitía un sonido muy parecido a un ronquido.

Sonrió y la tomó entre sus brazos. Miró a la ventana que estaba cerca y observó el brillo de las luces de los coches. A pesar de lo ajetreado que parecía el mundo exterior, allí, en donde estaba, encontró una paz como no había conocido antes.

Respiró profundo y cerró los ojos. No tardó demasiado tiempo en quedarse dormido.

XI

Olivia se despertó sintiendo una molestia en un costado. Cuando se levantó para revisarse, se dio cuenta que era un chupón que le había hecho Klay la noche anterior. No se dio cuenta en el momento porque la euforia y la adrenalina tomaron control de su mente y cuerpo.

Al sentarse sobre la cama no lo encontró. Supuso que se trataría de otro viaje o cualquier excusa. Sin embargo, percibió el olor de café recién colado proveniente de su cocina. ¿Sería un sueño?

Se levantó y buscó la bata de seda la cual se encontraba olvidada en una esquina de la habitación. Se le colocó y caminó sin querer hacer ruido.

Encontró a Klay semi vestido y con la cara bastante seria hacia el sartén con huevos fritos. Era una imagen que le enterneció.

-Hola. ¿Muy ocupado?

-¡Hola! Vaya, sí. Aunque soy un maestro de los huevos fritos, parece que esto no me está saliendo muy bien. Pero bien, no le prestes atención. Mejor ve y siéntate. Esto estará listo pronto.

Olivia se sintió como niña consentida. Dio unos pequeños brincos y se sentó en la silla de la minúscula mesa. Movía los pies como si sonara una canción cuando más bien no era así. Desde donde estaba lo veía con la cara de ilusión, como si no hubiera nada mejor en el mundo que ser objeto de sus cuidados.

-Aquí viene...

Vio descender en sartén pesado sobre un soporte de silicón en forma de flor. Miró la obra de arte de huevos fritos, salchichas y tomate asado.

-Qué pinta tiene esto, eh.

Él se mostró orgulloso.

-Pues, te sorprenderás de mis habilidades culinarias.

Un trozo de pan de centeno y un par de vasos para servir jugo fresco de naranja. No hizo falta más para vivir un momento tan perfecto como ese.

Por un lado, Olivia veía la sonrisa amable de Klay que variaba cada vez que contaba alguna anécdota. En ese rato en que estuvieron juntos, se dio cuenta

que él era aprendió a vestirse bien gracias a su padre, que la cocina fue un hobby que lo ayudó a sobrevivir los años precarios de la universidad y que durante su adolescencia, siempre tuvo consigo un cuaderno en el que dibujaba cualquier cantidad de cosas. Prefería la Coca-Cola sobre cualquier otra gaseosa y la carne término medio. Los detalles de ese hombre cobraban forma para convertirse en algo más que un amante ocasional. Olivia tuvo entonces que esconder esa sensación extraña que no supo definir.

Klay hizo lo mismo con ella. Más allá de lo que notó en un primer momento, ella le resultó una persona sumamente inteligente con un sentido negro del humor. Su ropa, mayormente de color negro, no era por pretensiones de ningún tipo, más bien era producto de su gusto personal. Su forma de hablar y de gesticular cuando lo hacía, le hizo concluir que era una persona muy expresiva. Además, nunca vio a nadie sentirse tan bien a ver huevos fritos (y menos presentados de una manera tan rústica). En conjunto de todo, le hizo sentir lo que ya sospechaba hacía tiempo, ella era más que una aventura. Pero bien, siendo una persona racional y particularmente cuidadosa, prefirió guardar sus sentimientos un poco más. No deseaba irse de bruces.

-¿Qué harás más tarde?

-No lo sé. Creo que tengo que ir a la oficina a revisar algunas cosas. ¿Por qué? ¿Tienes planes en mente?

-Pues, es posible.

El coqueteo de Olivia le pareció dulce a Klay.

-Vale, entonces te avisaré más tarde cómo va todo.

-Vale.

Se besaron como si se trataran de una pareja cualquiera. De nuevo, esa sensación extraña de Olivia se manifestó. ¿De qué se trataba?

Luego de hacer el amor sobre la mesa en la que acababan de comer, Klay tuvo que recoger sus cosas a la velocidad del rayo. Lo vio partir desde el marco de la puerta de entrada y se despidió de él con un tímido gesto con la mano.

Cerró la puerta y regresó a ella ese escozor desconocido pero ahora de una manera abrumadora. Miró el reloj de la cocina y se le ocurrió la idea de tomar una ducha, necesitaba un poco de claridad.

Abrió las llaves de agua con lentitud para obtener la temperatura adecuada. Lo comprobó con sus dedos y poco a poco entró ante la cortina de gotas de agua. Su cuerpo quedó envuelto en esa sensación agradable que ayudó a relajarla en cuestión de minutos.

No pensó en nada más salvo en lo bien que se sentía. Pero no pudo escapar de lo que la acosaba por mucho tiempo. La imagen de Klay se le dibujó en la mente. Abrió los ojos con el deseo de disiparlo pero no pudo. Esto era señal de que las evasivas eran completamente inútiles.

Se sentó en la bañera mientras el agua seguía cayendo. Recordó sus relaciones y en las veces en la que se sintió que todas fueron un fracaso. Aún no tenía muy claro si se debió a ella o que el tío con el que estaba era un completo idiota. Era un porcentaje que estaba casi igual.

El verlo preparar el desayuno, la conversación casual y el sexo sobre la mesa la hicieron sentir más confundida que nunca. No se esperó el hecho de que se sintiera más cómoda en su soledad y que el involucrarse con él la sacaba por completo de su zona de confort. Hundió el rostro entre las manos. No sabía qué hacer.

Después de un largo rato, el agua dejó de correr y se levantó con cuidado para no resbalarse con los restos de jabón. Salió y tomó la toalla más cercana, buscó la bata de seda, la misma que usó para seducir a Klay, y la amarró sin ánimos de sensualidad. Su estado de ánimo era apuesto a eso.

Mientras buscaba aplicarse la crema de siempre, se miró en el espejo. Ya no era la Olivia sonriente ni entusiasmada por ver a Klay. Más bien era una mujer con miedo que no sabía si estaba tomando la dirección correcta y que no tenía claro si estaba preparada para tener una relación.

Salió de allí con una decisión cada vez más clara. Sería mejor para ella y para él que se tomaran un tiempo. Lo cierto es que las cosas sucedieron demasiado rápido y no tuvo tiempo para procesar las emociones que habían vivido desde el primer día.

Sí, eso tenía sentido. Sí, esa era la solución más adecuada.

Olivia se convenció de ello mientras se colocó los jeans.

Hablaría con él para decirle. Se sujetaba las trenzas de sus New Balance de color rojo.

Terminó de vestirse y miró el móvil. Necesitaba toda la fuerza posible para la conversación que ya imaginaba en su mente.

No sería fácil.

XII

La pantalla encendida y el café enfriándose. El ruido de los internos que peleaban por las planillas que debían firmarse para validar sus pasantías. Las luces blancas de la oficina que daban ese aire a hospital que a veces le resultaba molesto. La libreta de apuntes estaba allí, sin una nota escrita. La ventana dejaba pasar la luz del sol y el calor del día. El micro modelo del Halcón Milenario, regalo de una de sus jefas para hacerlo molestar, estaba sobre la mesa y cerca del mouse.

Klay miraba todas esas cosas que le recordaban la rutina de todos los días. La misma de siempre. Para variar, InDesing estaba abierto como era usual pero el puntero se encontraba en medio de la hoja de trabajo similar a una isla en el inmenso mar.

Para colmo, comenzó a sonar en alguna parte de la oficina, El Tesoro de Él Mató a un Policía Motorizado. Se sintió más miserable todavía.

-Necesito un poco de espacio... Lo siento.

Aún podía recordar las palabras de Olivia que le cayeron encima como una cascada de bloques de cemento. Aún podía recordar la mirada de incredulidad de tuvo cuando la escuchó. No sabía si se trataba de un mal chiste... Pero no fue así. Los ojos de Olivia decían tristeza pero también decisión, así que no le quedó de otra que aceptar la petición de ella.

Apoyó la cabeza sobre una de sus manos mientras miraba el horizonte. Luego de dejar el piso de ella esa mañana, anduvo por la calle con una sonrisa de tío feliz y triunfador. Sí, no era claro el tipo de relación que tenían pero era obvio que estaba surgiendo algo más.

A pesar del miedo y de su política personal de no involucrarse más de lo necesario, se dejó de rodeos y asumió que la chica era genial: le gustaba el arte, tenía buenos temas de conversación y lo hacía sentir bien consigo mismo. Todo era demasiado bueno para ser verdad.

Aunque había pasado un par de semanas desde esa conversación tan desagradable, el corazón le dolía y la piel extrañaba el cuerpo de ella. No sabía qué hacer.

Miró el móvil que estaba a un lado y la idea de llamarla comenzó a tontear en

la cabeza. Probablemente no tendría sentido hacerlo.

Suspiró y comenzó a trabajar más por obligación que por el gusto de siempre. No se quería imaginar los gritos de su jefa ni los reclamos de los chicos de Diseño porque bueno, un regaño les caería a todos.

Terminó lo que tenía que hacer a duras penas. Miró el reloj de la pantalla. Eran las 6:00 p.m. Dejó los audífonos para buscar algo que tomar en la cocina. Al salir, notó que había pasado demasiado tiempo dentro de su oficina.

El lugar estaba casi desierto salvo por unos cuantos chicos de programación que tenían las caras casi pegadas a las pantallas. Seguro resolvían algún problema del servidor o quizás estaban envueltos en algún juego en línea.

-Casi no te he visto hoy. –Escuchó detrás de él.

-Ah, sí, sí. Tú sabes, ocupado y eso.

-Vale. ¿Estás bien? Parece que no has dormido.

Efectivamente así era. Entre todos los males, estaba el de no haber pegado un ojo en varios días. Algo que, por cierto, también lo tenía al borde del malhumor.

-Sí... He tenido problemas con eso.

-Anda a casa, tío. Piensa en tu salud, eh.

-Sólo me faltan unas cosas.

-Uhhh, vale.

Tomo una lata de Coca-Cola helada y fue hacia su refugio para dejar de lado las charlas sin sentido y los consejos no solicitados.

La pantalla en blanco y el cuaderno ahora con algunas observaciones. Un trago para dejar la efervescencia recorrer la garganta.

-Joder...

Se hizo las 9 cuando Klay tomó sus cosas con el cansancio a cuestas. A diferencia de unas horas, el sitio estaba completamente oscuro salvo por la luz roja titilante cerca de la puerta. Antes de salir, introdujo la clave y caminó por el pasillo desierto.

La idea de querer comunicarse con ella regresó a él con violencia. Pasó

demasiado tiempo para su gusto y, la verdad, es que no era justo para su paz mental. En la conversación que tuvieron, no tuvo la oportunidad de decir todo lo que quería. En parte porque sólo quería escucharla y en otra porque ese día sus cuerdas vocales se congelaron.

Pero esta vez las cosas eran diferentes. Esta vez tenía una lista frases y oraciones pendientes que necesitaba que ella las escuchara.

Caminó más rápido, quitó la alarma del coche y se sentó en el cómodo asiento de cuero. Tomó el móvil que tenía en uno de los bolsillos internos de la chaqueta y marcó en número de Olivia. Luego, llamar.

Un repique, dos... Tres. Quizás ella quería evadir la responsabilidad de enfrentar la situación. Estuvo a punto de rendirse cuando escuchó que tomó la llamada.

-Hola...

-Quiero que hablemos. Tengo algo que decirte y la verdad es que todo esto se me hace infantil. ¿Crees que deberíamos seguir en esto? No me importa si estás ocupada. Es importante que tratemos el asunto. Ya no puedo más.

Vomitó todas esas palabras construidas desde la indignación. Se sorprendió su reacción tan visceral pero tenía sentido porque había pasado tiempo reprimiéndolas como si todo aquello fuera producto del error.

Esperó un momento ya que sólo podía escuchar la respiración pausada de Olivia.

-Está bien. Pienso que es necesario.

Estaba preparado para una tajante negativa. Aun así, decidió seguir con el contraataque.

-Voy saliendo para tu casa. Estaré allí, no sé, quizás 10 minutos. ¿Vale?

-Vale.

Trancó y encendió los motores. Se detuvo un momento y notó que los dedos le temblaban.

-Estoy muy viejo para estas cosas, hombre.

Echó el coche para atrás y se enrumbó hacia el piso de ella. A pesar de la adrenalina, se sintió aliviado de que por fin las cosas estaban tomando otra dirección.

XIII

Olivia, después de colgar, buscó un cigarrillo con la intención de relajarse un rato. Por un lado, se sintió relajada porque por fin lo vería después de unas semanas pero no pudo evitar fruncir el entrecejo. Sin embargo, era consciente que aquella voz temblorosa y las palabras cargadas de indignación, tenían sentido.

Apagó el cigarrillo y se levantó para vestirse con un poco más de formalidad. Al menos la conversación lo ameritaba.

Un par de jeans viejos, una camiseta de mangas largas de color negro y unas zapatillas deportivas del mismo color. Se miró en el espejo al terminar y notó que se le notaban las raíces y que el blanco ya había perdido el brillo de los primeros días. Ahora era algo indefinible.

También se descubrió con ojeras y el rostro pálido. Le pareció gracioso porque era algo que no era común en ella.

-A ver qué sale de esto...

Un rato después, ya Klay estaba sentado en el sofá de la sala con un vaso de agua en frente. Cuando Olivia abrió la puerta, tuvo que reprimir la emoción al verla además de las ganas de saltarle encima y llenarla de besos. Luego de un saludo incómodo, los dos se colocaron uno frente al otro para hablar.

Klay finalmente alzó la mirada para concentrarla en el rostro de ella. Olivia le respondió el gesto y se atrevió a preguntarle.

-¿Cómo estás?

-Sin poder dormir.

Agachó la cabeza con pena.

-Lo siento.

-La última vez que nos vimos, no dije nada porque no supe qué hacer. Me sentí tan confundido que fue reciente esto de salir de este trance. La verdad es que me acostumbré a estar solo, a no tener relaciones que fueran algo más que en un par de encuentros casuales.

>>>Pero te conocí y las cosas tomaron un rumbo desconocido. Tanto que hubo

veces en que me sentí como si convertía en otra persona. Pero no me malinterpretes, me pareció interesante y divertido. No lo vi como algo negativo. Entonces, de repente, me lanzaste esa bomba y ahora hago lo mismo contigo ahora. Te juro que esto es como tener una locomotora dentro de mí.

-Me sentí abrumada por todo. No supe cómo reaccionar y me fui por lo fácil.

Volvieron a quedarse en silencio. Al menos se habían sincerado lo suficiente.

-Quiero que estemos juntos.

Olivia se quedó fría con las palabras y con los ojos suplicantes de Klay. Entonces se levantó despacio y fue hacia él. Sus manos le rodearon la cintura y apoyó la cabeza sobre el torso de ella.

-Yo también.

Esa noche siguieron hablando de sus sentimientos con toda la sinceridad posible. La sorpresa, para ambos, fue que pudieron hablar sin agredirse y con el respeto mutuo. Luego, se acostaron esa noche y cayeron rendidos como no había pasado desde algún tiempo.

Klay se encontró en la oficina con la música en los audífonos a todo dar. El creativo estaba al máximo así como la concentración. Dos latas de Coca-Cola y un paquete de galletas de chispas de chocolate, fue el combustible necesario para acelerar todo el trabajo pendiente.

Hubo una intención detrás de todo esto. Olivia le comentó que tenía una sorpresa para él y que se la daría en la noche. Acordaron verse en la casa de él. Se despidieron esa mañana y desde el momento en que salió, los posibles escenarios de lo que ella tendría preparado le hacían vueltas en la cabeza.

Llegó finalmente el momento por lo que guardó todo y apagó la luz. Se fue tan rápido que no logró escuchar claramente las últimas palabras que le dirigió uno de sus jefes.

Olivia abrió la puerta con cierta timidez. Esperó unos segundos para luego entrar con un poco más de seguridad. El piso de Klay estaba oscuro así que asumió que aún tenía tiempo para prepararse.

Fue directamente a la habitación y dejó el bolso que cargaba consigo, sobre la cama. Abrió el cierre y, entre la muda de ropa, tomó la misma falda que él le compró más una blusa nueva estilo escolar que iba acompañada con una

corbata negra muy fina.

Lo dejó a un lado y ahí mismo extrajo lo último que le faltaba, un buttplug de cola de zorro. De hecho, en secreto, estaba entrenando su ano porque deseó probar el sexo anal.

Fue al baño y comenzó a desvestirse, salió desnuda y se colocó el traje de jovencita estudiante. Después se introdujo el plug y, mientras lo hacía, gimió un poco. Estaba más que lista para hacerlo allí.

Los frenos del coche de Klay sonaron con un fuerte chirrido. Bajó dejando atrás el bolso con sus cosas, la emoción no le permitió mantener la calma. Por suerte, las inmediaciones del edificio estaban desiertas.

El paso acelerado dio como resultado la frente y casi todo el rostro repleto de sudor. Subió a los elevadores y tamborileó los dedos hasta que las puertas se abrieron en el piso correspondiente.

Giró la manecilla y entró. La sala y la cocina estaban a oscuras, sin embargo, vio una especie de resplandor que salía de su habitación. Fue hacia allí y se encontró con una imagen simplemente gloriosa. Era Olivia con un traje escolar, con medias blancas y altas, mocasines y el rostro con expresión inocente.

-Hola, Daddy.

Antes de responder, se dio media vuelta y vio algo que salía de la falda corta. Dedujo que se trataba de un buttplug con cola de zorro. Ella le sonrió al verle la cara de sorpresa y de lujuria.

Klay se limpió un poco el sudor y se acercó hacia ella.

-Parece que te has portado mal, eh.

-Sí... Así es, Daddy.

La colocó sobre la pared y alzó la falda con lentitud, como si fuera un regalo. Entonces vi sus prominentes nalgas más la cola que salía entre ellas. Se mordió los labios y se colocó muy junto a ella desde atrás.

Una... Dos... Tres... Perdió la cuenta de las nalgadas que le dio.

El chillido de ella le hizo sonreír con ese gesto de macho dominante.

-Ahora vamos a jugar en serio, mi niña. Ahora sí.

“*Bonus Track*”

— Preview de [“*La Mujer Trofeo*”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como

ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufá y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario
— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de esta colección?

Gracias.

NOTA DE LA AUTORA

Espero que hayas disfrutado de la colección. MUCHÍSIMAS GRACIAS por leerla, de verdad. Significa mucho para nosotros como editorial. Con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado de la lectura y llegado hasta aquí, le dediques 15 segundos a dejar una **review en Amazon**.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado el libro, ayudarás a que otros también lo lean y disfruten. Los comentarios en Amazon son la mejor y casi única publicidad que tenemos, y ayuda a que sigamos publicando libros. Por supuesto, una review honesta: El tiempo decidirá si esta colección merece la pena o no. Nosotros simplemente seguiremos haciendo todo lo posible por hacer disfrutar a nuestras lectoras y seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de nuestras obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíanos un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)

www.extasiseditorial.com/unete

www.extasiseditorial.com/audiolibros

www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo – Laura Lago](#)

*[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)
[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)*

[Esclava Marcada – Alba Duro](#)

*[Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso](#)
[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)*

[Sumisión Total – Alba Duro](#)

*[10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo](#)
[\(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!\)](#)*

